Para Leer en Libertad (CDMX).

El fin del principio Hacia la segunda etapa de la 4T.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando (2022). *El fin del principio Hacia la segunda etapa de la 4T*. CDMX: Para Leer en Libertad.

Dirección estable: https://www.aacademica.org/armando.bartra/27

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/Dy2

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

@ **Armando Bartra**
México 2022

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de portada e interiores: Daniela Campero.

Descarga éste y más de 250 libros en formato PDF gratis desde:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

El fin del principio

Hacia la segunda etapa de la 4T

Armando Bartra

Índice

La Cuarta Transformación como transición hegemónica.....9
Hacia el 3er Congreso Nacional Ordinario de Morena.

Por una Revolución de las conciencias en situación.....21

Luces y sombras de un congreso 39

Energía y soberanía 47

Alternativas agroecológicas para el campo mexicano.....56

Carestía alimentaria y conversión agroecológica.....74

Avatares, tribulaciones y reivindicación del campo chilango.. 79

Heidegger y los zapatos de las campesinas.....88

Verde tumulto.....92

Propiedad territorial y pueblos originarios.
Lo que va de *Semlia i Volia a Lu´um yetel Almahenil*.....98

Una propuesta revolucionaria.
El reordenamiento territorial de México
según El Nigromante.....104

Enrique González Rojo: dos caminos hacia la concreción.....119

Rosario Ibarra de Piedra: una militancia ecuménica.....130

Muerte por fuego. Un agravio canónico.....137

Nuestra América va.....144

La gente del desierto.....151

Palabra saharaui.....157

Raíz y razón del negacionismo frente a la crisis
ontológica por la Covid-19.....163

Los rumbos de la revolución en el arranque del siglo XXI..... 179

Muerte y resurrección de la historia.....200

Al concluir mi período de gobierno el 30 de noviembre próximo, me aislaré de toda actividad política, retirándome por el tiempo que sea necesario a la isla de Cozumel… estimando que así seré más útil a mi país.

Lázaro Cárdenas del Río, *Apuntes 1913-1940*

La Cuarta Transformación como transición hegemónica*

> *Croce prescinde del momento de la lucha, del momento en que se elaboran y agrupan y alinean las fuerzas en contraste, del momento en que un sistema ético-político se disuelve y otro se elabora en el fuego y con el hierro, en el que un sistema de relaciones sociales se desintegra y decae y otro sistema surge y se afirma.*
>
> Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel*

"La hegemonía de la Cuarta Transformación" es el tema que se nos propone en este coloquio gramsciano y dado que el pensamiento de Antonio Gramsci no es sociológico positivista sino histórico político entiendo que no se nos pide reflexionar sobre una situación dada sino sobre un proceso, sobre un curso prolongado que va de la resistencia al poder, de la oposición a la construcción, de la contrahegemonía a la hegemonía.

Lo que tenemos hoy en México es una mudanza, una transición no lineal ni homogénea pero clara en su direccionalidad que es justiciera y libertaria; mudanza por la que pasamos del predominio de un bloque histórico dominado por el gran capital y las trasnacionales al progresivo predominio de otro bloque histórico encabezado por las clases subalternas, por los trabajadores, por el 99%.

Lo que llamamos la 4T es un cambio de régimen político, es una reforma en curso del orden social y es también la paulatina deconstrucción del modelo de desarrollo neoliberal, tanto de sus instituciones y políticas como de las estructuras económicas en que se materializó. Todo esto encuadrado en lo que Gramsci llamó "una reforma intelectual y moral", que nosotros llamamos "revolución de las conciencias".

La señal más clara de que estamos en una transición hegemónica es la airada resistencia a los cambios que protagonizan los privilegiados del viejo orden y sus personeros. La estentórea alharaca de la cleptoburguesía latrofacciosa y las trasnacionales predadoras, de los mercenarios medios de comunicación por ellos controlados, del siempre conservador poder judicial, de los partiditos políticos del viejo régimen y sus titiriteros…

Que hubo un quiebre y hay un nuevo curso lo documenta por sobre cualquier otra señal el clamor de las derechas: tanto de la clase dominante paulatinamente acotada como de sectores subalternos que habían encontrado acomodo en el viejo bloque histórico y que hoy defienden sus módicos privilegios incluyendo el de tener el monopolio de la crítica ilustrada.

El tránsito hegemónico en curso, su direccionalidad, sus tensiones no se explican sin su historia; la cercana y la remota. Pensar en términos gramscianos es pensar en hegemonía y contrahegemonía, en dominación y resistencia, en poder y contrapoder. Lo que supone analizar la correlación de fuerzas y sus mudanzas.

Cambios que por lo general se despliegan en tiempos largos, en procesos históricos dilatados pues, aunque en

las crisis se pueden modificar abruptamente las relaciones de resistencia y dominación, el tránsito de un bloque histórico a otro resulta de cursos prolongados en que se suceden avances y retrocesos, momentos de quiebre y períodos de estabilización.

Así las cosas, intentaré responder a la pregunta por la hegemonía de la 4T exponiendo en grandes trazos el lento derrumbe del viejo régimen, la caída en cámara lenta del orden que empezó a construirse en la posrevolución y que se mantuvo por una centuria. Trataré de describir en pocas líneas el progresivo desgaste de una hegemonía que por décadas parecía no tener fisuras, el paulatino aflojamiento de los amarres clasistas que mantenía unido al viejo bloque histórico. Una dislocación que se dio a través de sucesivas crisis de hegemonía que lo sacudieron una y otra vez sin lograr derrumbarlo… Hasta que llegó la debacle política definitiva, dramatizada por la elección del primero de julio de 2018 en que 30 millones de mexicanas y mexicanos votaron por la esperanza, concepto generoso pero impreciso que puede leerse como un nuevo régimen, un nuevo orden social, un nuevo modelo de desarrollo, una nueva ética y una nueva cultura ciudadana.

Para que con la elección de 2018 diera inicio una cuarta etapa de la historia de México cimentada en una nueva hegemonía y presidida por un emergente bloque histórico fueron necesarios las luchas y esfuerzos acumulados de cuando menos dos generaciones. El ocaso del viejo régimen duró medio siglo y estuvo marcado por la acumulación de rupturas sucesivas que fueron

carcomiendo sus cimientos sociales, políticos y morales, es decir desgastando su hegemonía; impactos que iban debilitando las bases de un orden cada vez más injusto y autoritario pero que por décadas se proclamó heredero de la revolución de 1910.

1968. *Crisis moral*. Desde fines de julio de 1968 los jóvenes estudiantes de la Ciudad de México salieron a la calle agitando demandas democráticas. El 2 de octubre fueron masacrados por el ejército y la policía mientras celebraban un mitin en la Plaza de las Tres Culturas. El "movimiento del 68", representa la primera gran crisis de hegemonía que conmovió al viejo régimen, su estrepitosa derrota moral. Responsable confeso de la masacre, el presidente Gustavo Díaz Ordaz dio rostro al descrédito de la "revolución institucionalizada", pues un gobierno que asesinaba a los jóvenes no podía reclamarse heredero de la gesta libertaria iniciada en 1910. Después del dos de octubre el viejo régimen ya no recompuso su imagen y el desafecto moral de los subalternos no dejó de incrementarse: "Dos de octubre no se olvida".

1970-1988. *Crisis social*. Empezando por la revolución de 1910, los movimientos sociales tachonaron el siglo XX y desde la tercera década de la pasada centuria los gobiernos posrevolucionarios fueron sacudidos por rebeldías populares. Sin embargo, el despliegue de luchas obreras, campesinas, magisteriales y de colonos que durante los años setenta y primeros ochenta retaron a los gobiernos del PRI provocó el desgaste y descrédito de la base gremial que mantenía a los trabajadores del campo y de la ciudad encuadrados dentro del viejo régimen.

Fueron electricistas, telefonistas, ferrocarrileros, mineros, petroleros… que reivindicaban salarios y condiciones laborales, pero también libertad sindical; fueron campesinos que exigían tierra; fueron colonos que reclamaban vivienda y servicios; maestros que se movilizaban por sus condiciones de trabajo y por democracia gremial. Siempre fieles al PRI y obedientes al gobierno las grandes organizaciones gremiales forjadas en la posrevolución siguieron ahí, pero las llamadas "insurgencias" pusieron en crisis la hegemonía del gremialismo corporativo al mostrar que podía haber un gremialismo libre.

1986-1988. *Crisis Política*. Desde el principio de los ochenta el pensamiento llamado "neoliberal" que en nombre del libre mercado preconiza la apertura comercial irrestricta, la desregulación de la economía, la privatización de los servicios públicos y el achicamiento del Estado cobró fuerza dentro del PRI desplazando a quienes reivindicaban el legado cardenista definido por el crecimiento hacia adentro y la inclusión social impulsados por políticas públicas nacionalistas. División que en 1988 condujo a la fractura política del viejo régimen y a una crisis de la dimensión política e ideológica de su hegemonía que se había cimentado en el nacionalismo revolucionario.

En 1986 los herederos de la herencia cardenista formaron la Corriente Democrática (CD) del PRI que propuso a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato a la Presidencia de la República en la elección de1988. Descartado éste por los tecnócratas, la CD abandonó el PRI en 1887 y a través de un Frente Democrático Nacional (FDN)

lanzó formalmente la candidatura del hijo del general. A ella se sumaron en el transcurso de 1988 las izquierdas históricamente opositoras que para entonces estaban integradas en el Partido Mexicano Socialista.

Sin organización previa, sin dinero y con los medios de comunicación en contra, el FDN desarrolló una campaña exitosa, entre otras cosas, porque su candidato era el hijo de Lázaro Cárdenas, tenido por muchos como el mejor presidente de la posrevolución. Y todo indica que el retador ganó la votación de modo que tuvo que "caerse el sistema" para que los resultados favorecieran a Carlos Salinas. La fractura del partido del gobierno en 1987 y el descalabro electoral de 1988 representan la crisis de la hegemonía político electoral del viejo régimen y para los opositores una lección: al PRI se le podía ganar en las urnas.

1988-2018. *Crisis del modelo de desarrollo*. Las recetas del Fondo Monetario Internacional: ajuste macroeconómico, desregulación, privatización y apertura comercial irrestricta adoptadas por el gobierno desde fines de los ochenta del pasado siglo produjeron una economía empobrecedora y al servicio de las empresas trasnacionales, a lo que se añadió el progresivo desmantelamiento del Estado social que mal que bien atendía algunas necesidades de la población. Y con el neoliberalismo apareció la resistencia al neoliberalismo: movimientos sociales que junto con el mal comportamiento de la economía provocaron el temprano descrédito de un modelo de desarrollo que prometió prosperidad y trajo más pobreza y más desigualdad.

El primero de enero de 1994, coincidiendo con la entrada en vigor del tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), un alzamiento indígena sacudió a Chiapas y al país entero. Como durante la Colonia, pero ahora visibilizados por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), los pueblos originarios llegaron a contradecir ya no al colonialismo sino al neoliberalismo.

Nueve años después nacía el Movimiento "El campo no aguanta más", que el último viernes de enero de 2003 tomó la ciudad de la República con cien mil campesinos que denunciaban "la devastación del agro mexicano a causa de las políticas de ajuste estructural y libre comercio" y exigían un cambio de rumbo en el campo y en el país.

Y no fueron los indígenas y los campesinos los únicos en rebelarse contra el rumbo que estaba tomando México, también lo hicieron en diferentes momentos telefonistas, electricistas, trabajadores universitarios, deudores de la banca.

Las promesas de prosperidad primermundista explican en parte el que por unos años los conceptos, valores y sentires del neoliberalismo fueran parte de la hegemonía que daba sustento al viejo orden, efímera manipulación ideológica que pronto cedió ante la multiplicación y radicalización de las resistencias.

1988-2018. *Crisis del sistema electoral.* Desde 1988 las leyes electorales han tenido sucesivas modificaciones. Pero el progresivo descrédito del sistema con que se elegía a los gobernantes no se debió tanto a las insuficiencias de la ley como a las prácticas viciadas: a la forma torcida como en 1988, 2006 y 2012 se manipularon

los comicios para favorecer o frenar a ciertos candidatos. 1988, 2006, 2012, tres momentos cruciales de la prolongada campaña de las oposiciones de izquierda contra la imposición. Largo combate por los votos y la forma de contarlos que culminó en 2018 cuando el mecanismo perverso fue desbordado en las urnas.

En 1988 vimos que al partido de Estado se le podía ganar con votos, pero por tres veces trataron de convencernos de que el esfuerzo electoral era inútil pues el triunfo de la izquierda nunca sería reconocido. El nocaut comicial de 2018 echó por tierra la última mentira del viejo régimen —su invencibilidad electoral— y con ella terminó simbólicay políticamente una hegemonía que había durado exactamente cien años.

Desde mediados del siglo XX numerosas grietas iban debilitando la antes robusta estructura del viejo régimen: el movimiento juvenil de 1968 mermó su capital simbólico, las insurgencias populares de los setenta y ochenta desgastaron su base social gremial, la elección de 1988 fue un golpe a la invencibilidad del PRI, los alzamientos y resistencias desatadas a fines del siglo XX y principios del XXI desacreditaron al modelo neoliberal, los cuestionados comicios de 1988, 2006 y 2012 exhibieron las sucias prácticas electorales de los partidos del sistema. El viejo orden estaba tocado, pero no cedía… hasta que el primero de julio de 2018 cedió.

Esa noche los más de 30 millones de mexicanas y mexicanos que sufragaron por López Obrador, celebraron en calles y plazas el triunfo de un sueño compartido, la realización de una esperanza por muchos años poster-

gada. Lo que se celebraba era el último episodio de una transición que parecía interminable; el esperado final del derrumbe en cámara lenta del viejo régimen y de la progresiva acumulación de fuerzas políticas, sociales y morales que finalmente lo hizo posible. Lo que se celebraba era el fin de una hegemonía, el ocaso de un bloque histórico y el inicio de una nueva época en el devenir de México. Sólo el inicio, apenas el inicio. La elección de 2018 fue fin y principio; fue el parteaguas… nada menos, pero nada más. Banderazo de salida de una etapa histórica inédita cuyo desarrollo dependerá de nosotros, de todos nosotros.

"El moderno Príncipe —escribió Gramsci— debe ser y no puede dejar de ser, el abanderado y organizador de una reforma intelectual y moral". Es decir que no puede haber 4T sin una "Revolución de las conciencias" que transforme profundamente las ideas, valores y sentires de las mexicanas y los mexicanos.

Después de la revolución de 1910 y por 70 años vivimos en un orden autoritario, clientelar y corporativo, rasgos que pese a su indudable respaldo popular también estuvieron presentes durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. En los 30 años del neoliberalismo a estas lacras se añadieron aculturación, individualismo, consumismo... Rasgos nefastos del viejo régimen que fueron sentido común durante casi un siglo y calaron profundamente en nuestras conciencias. Cambiar los modos de pensar, valorar y sentir rutinarios e inerciales por otros generosos, solidarios, críticos y propositivos es tarea

mayor de la 4T y principalmente del "nuevo Príncipe" de por acá: de Morena.

La "reforma intelectual y moral" de la que hablaba Gramsci y que nosotros llamamos Revolución de las conciencias, es permanente y sus contenidos específicos dependen de la fase del proceso de transformación en que nos encontremos.

La Revolución de las conciencias necesaria para derrocar electoralmente al viejo régimen se fue desarrollando cuando menos desde el parteaguas moral que fue el movimiento de 1968 y se materializó en los 30 millones de votos que tuvo López Obrador en 2018.

La Revolución de las conciencias necesaria para ir desmontando el viejo orden y sentando las bases de la 4T se ha ido desarrollando en los últimos años y se muestra en el respaldo de 60 o 70% que tiene el gobierno del cambio verdadero.

La Revolución de las conciencias necesaria para llevar adelante la nueva etapa de la 4T que comenzará en 2024 con las reformas de segunda generación que pueblo y gobierno tendremos que impulsar en el segundo sexenio de Morena, tenemos que irla construyendo desde ahora.

Antes de 2018 la tarea era resistir al viejo régimen, de 2018 a 2024 la tarea está siendo desmontarlo, de 2024 en adelante la tarea será construir algo nuevo… y el talante intelectual y emocional propio de cada etapa es distinto, de modo que la Revolución de las conciencias ha de ser una revolución permanente.

Las transformaciones que están sentando las bases de la 4T y que deben consolidarse en lo que resta del

sexenio se impulsan desde arriba y desde abajo: desde el Estado y desde la sociedad. Unas son tarea del gobierno, las otras son tarea de todos, pero principalmente del partido, de los gremios y en general de la ciudadanía organizada.

López Obrador sintetizó su tarea transformadora con una metáfora: "mover al elefante reumático" que es el Estado mexicano. Y pienso que lo está moviendo en la dirección correcta. Pero la "elefanta reumática" que siguiendo la metáfora sería la sociedad mexicana, se ha movido muy poco. Salvo por un rato el feminista, los movimientos de resistencia se oenegeizaron y a excepción del Sindicato Nacional de Trabajadores Minero Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana y el de la General Motors, los gremios tanto de la ciudad como del campo están pasmados. Y no se debe a que el neoliberalismo los desarticuló, como buscan explicarlo algunos, pues pese a la represión y la falta de respuesta con los gobiernos autoritarios y antipopulares había más movilización que ahora. Perdimos las calles y corremos el riesgo de que las gane la derecha acompañada por la izquierda despistada; como ya ocurre aquí con los amparos judiciales que bloquean las políticas del gobierno y como ocurre y ha ocurrido en algunos países latinoamericanos.

Cuando la izquierda llega al poder lo habitual es que la iniciativa pase de los movimientos y partidos de oposición que la habían tenido al nuevo gobierno que ahora la asume, deriva indeseable que sin embargo se repite en casi todos los "gobiernos progresistas" de Nuestra América. Y México no ha sido la excepción. Pero el

cambio social profundo es el que se hace abajo y está pendiente. Por décadas nos organizamos y movilizamos para resistir, y *contra* los gobiernos, ahora tenemos que organizarnos y movilizarnos para construir *junto* con el gobierno. Y no sabemos bien cómo se hace.

Pasar de contrahegemónicos a hegemónicos, de resistentes a constructores, de reactivos a proactivos, del no al sí… requiere de una Revolución de las conciencias que, sin duda han cursado López Obrador y quienes lo acompañan en el gobierno, pero que no se ha dado en la sociedad y que Morena tampoco impulsa.

Algunos piensan que el gobierno no está haciendo todo lo que debería hacer. Quizá. Pero lo que es seguro es que la sociedad no está haciendo todo lo que debería hacer. Y esto no es culpa del gobierno sino culpa nuestra, culpa de las y los de a pie.

La combinación de principios, conceptos, valores y sentires que conforman la nueva hegemonía es un curso, un proceso mayormente plebeyo que se impulsa desde abajo. Dejemos atrás la queja y hagamos nuestro trabajo.

Leído en el "Coloquio Internacional Hegemonía en México: estudios gramscianos".

Hacia el 3er Congreso Nacional Ordinario de Morena. Por una Revolución de las conciencias en situación *

> *El moderno Príncipe debe ser, y no puede dejar de ser, el abanderado y organizador de una reforma intelectual y moral.*
>
> Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*

Preámbulo: dos y medio millones

En dos días, entre el 30 y el 31 de julio de 2022 ratificaron su afiliación o se afiliaron a Morena dos millones y medio de personas, un acontecimiento político nunca antes visto ni en México ni en el mundo. Un hecho inusitado… o no tanto porque Morena acostumbra hacer milagros políticos: se funda en 2014 y cuatro años después en 2018 gana las elecciones con 30 millones de votos.

En 553 centros de votación establecidos en los 300 distritos federales se eligió a tres mil congresistas que primero nombrarán a los 32 comités ejecutivos estatales y después participarán en el III Congreso Nacional a realizarse el 17 y 18 de septiembre de 2022, donde además de una posible reforma a los estatutos se elegirá al Consejo Nacional y al Comité Ejecutivo Nacional, menos a su presidente y a su secretaria general que seguirán en

el cargo hasta 2024. Para esto y puesto que no había un padrón confiable fue necesario implementar el atípico procedimiento de inscribir sobre la marcha a los que quieren ser de Morena y así ejercer el derecho a elegir o ser electos como congresistas.

"El partido abrió las puertas a los ciudadanos" dijo Tomás Pliego, presidente de Morena en la Ciudad de México. Tiene razón y la apertura fue un gran acierto, pero el procedimiento también facilitó la operación de la derecha, que trató de infiltrarse para sabotear, y el arribismo de quienes se mueven por intereses personales o de grupo y no por causas sociales. Hubo acarreo, coacción del voto, relleno de urnas y, en algún caso, violencia lo que obligó a reponer las asambleas en 16 distritos de 7 estados, poco más del 5% del total.

Hubo otro fenómeno indeseable. La información disponible sugiere que donde gobierna Morena una alta proporción de los electos congresistas fueron impulsados por los grupos afines a los gobernadores, presidentes municipales y alcaldes dándoles a estos el control de un partido que debiera ser independiente de quienes cumplen alguna función gubernamental. Germen del nefasto corporativismo que, sin embargo, es explicable e incluso puede verse como una buena señal: para la gente del común y más para quienes están con nosotros, la 4T no encarna en el Partido, sino en López Obrador y por extensión en quienes con él gobiernan, de modo que cuando eligen a quien debe representarlos escogen personas cercanas a estos funcionarios o a los propios funcionarios —en los casos en que estos se candidatearon—

como sucedió con los titulares de las siete alcaldías que gobierna Morena en la Ciudad de México.

Uno esperaría que los electos hubieran sido mayormente lideres agrarios, sindicalistas, dirigentes estudiantiles, aguerridas feministas, organizadoras barriales, activistas de la sociedad civil, científicos, artistas… lo que quizá hubiera ocurrido si en los últimos años el activismo de quienes gobiernan hubiera estado acompañado del correspondiente activismo político y social de Morena. Pero no ocurrió: salvo en elecciones y un par de campañas, en los últimos cuatro años Morena estuvo ausente, se desdibujó o tiene mala imagen, de modo que con algunas excepciones sus cuadros no son opción.

El problema de fondo que, subyace tras el excesivo peso que quienes gobiernan tuvieron en la pasada elección y por tanto en el partido, es que tanto en México como en los países de Nuestra América donde gobierna o ha gobernado la izquierda, la interacción directa con la sociedad de los presidentes carismáticos (Chávez, Lula, Evo, Cristina, Correa…) suple y desplaza a las organizaciones políticas que los llevaron al cargo. Lo mismo sucedió ya en nuestro país con el gobierno de Lázaro Cárdenas, quien siendo presidente tomó en sus manos la tarea de organizar y movilizar a la sociedad. Personalismo que tiene raíces en nuestra historia y por un tiempo resultó útil, pero que más pronto que tarde deviene una debilidad porque los líderes callan como esfinges, se mueren, los meten a la cárcel, se desgastan, los exilan o se van al rancho.

Y claro, como era de esperarse los corifeos de la derecha y algunos *morenos* resentidos que por lo visto

no quedaron de congresistas, descalifican e impugnan la elección. Es cierto que el sábado y el domingo hubo mano negra de la derecha, intervenciones políticas inconvenientes y conductas inadmisibles que deben ser sancionadas. La crítica y autocrítica son indispensables, pero no se vale tratar de opacar el que sin duda es un acontecimiento político inédito y alentador: la afiliación multitudinaria a Morena de dos millones y medio de potenciales militantes.

De los que participaron, cerca de 300 mil ya estaban en el viejo padrón, de modo que sólo se reafiliaron y ciertamente hubo arribistas, chapulines y oportunistas de toda laya. ¿Cuántos le calculan?, ¿diez mil, cien mil o ya exagerando quinientos mil indeseables acarreados? Aun así, quedarían dos millones de ciudadanas y ciudadanos honestos y bien intencionados que ese fin de semana se afiliaron al partido en el que quieren militar y a quienes se ofende suponiéndolos borregada política y descalificando la elección.

De la derecha no debiera sorprendernos: en los comicios de medio camino, cuando con una ayudita de sus aliados Morena ganó 11 de 15 gubernaturas y conservó la mayoría legislativa la derecha dijo que había sido una terrible derrota de la izquierda; de la consulta sobre enjuiciar o no enjuiciar a los expresidentes en que 6.5 millones (el 98% de los participantes) votaron porque se les juzgara y castigara, la derecha dijo que era un fracaso; cuando se preguntó a la ciudadanía si López Obrador seguía de presidente o debía renunciar y 15 millones (el 90% de los participantes) votaron porque continuara, la

derecha clamó: "¿Dónde están los 30 millones de 2018? Ya no te quieren López, ¡Renuncia!"; y ahora que la gente hace cola para afiliarse a Morena que en dos días pasó de tener un padrón verificable de menos de 300 mil afiliados a tener uno de dos millones y medio la derecha habla de opacidad, fraude, manipulación… Y lo mismo hacen algunos *morenos* agraviados que confunden la pertinente crítica y autocrítica con el escándalo mediático y la peligrosa judicialización (ya sabemos cómo se las gasta el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación); crítica de sepulturero la llamábamos antes.

Dos millones y medio de afiliados, la mayoría nuevos. Menudo reto para un partido que desde 2018 ha sido incapaz de poner a militar a sus militantes. Pero a la vez una extraordinaria oportunidad para —ahora sí— hacer de Morena en un partido-movimiento capaz de ganar las elecciones de 2023 y las de 2024, capaz de apoyar la política de López Obrador y sobre todo capaz de operar la 4T a nivel de piso: capaz de organizar, concientizar y movilizar a la sociedad mexicana.

Para hacer esto posible se requiere voluntad y convicción: una nueva Revolución de las conciencias; una profunda transformación de las ideas, los valores y los sentires no intemporal y abstracta sino situada; una Revolución de las conciencias que mire al futuro, pero también a la coyuntura, al aquí y al ahora. Sería imperdonable que por desidia o incapacidad permitiéramos que estos dos y medio millones de potenciales militantes se fueran a su casa sin tareas organizativas y políticas: "¿votas y te vas?"

Como aporte a la reflexión sobre estos desafíos propongo el siguiente decálogo:

1. No puede haber 4T sin una Revolución de las conciencias que transforme profundamente las ideas, valores y sentires de las mexicanas y los mexicanos.

Después de la revolución de 1910 y por 70 años vivimos en un orden autoritario, clientelar y corporativo, rasgos que pese a su indudable respaldo popular también estuvieron presentes durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. En los 30 años del neoliberalismo a estas lacras se añadieron aculturación, individualismo, consumismo... Rasgos nefastos del viejo régimen que imperaron durante casi un siglo y calaron profundamente en nuestras conciencias. Cambiar los modos de pensar, valorar y sentir rutinarios e inerciales por otros generosos, solidarios, críticos y propositivos es tarea mayor de la 4T y principalmente de Morena. Las lecciones de ética, historia, política y cuanto hay que a diario se imparten desde el Salón Guillermo Prieto de Palacio Nacional son valiosísimas… pero no bastan.

2. La "reforma intelectual y moral" de la que hablaba Gramsci y que nosotros llamamos Revolución de las conciencias es permanente y sus contenidos específicos dependen de la fase del proceso de transformación en que nos encontremos.

La Revolución de las conciencias necesaria para derrocar electoralmente al viejo régimen se fue desarrollando cuando menos desde el parteaguas moral que fue

el movimiento de 1968 y se materializó en los 30 millones de votos que tuvo López Obrador en 2018.

La Revolución de las conciencias necesaria para ir desmontando el viejo orden y sentando las bases de la 4T se ha ido desplegando en los últimos años y se muestra en el respaldo de 60% que, pese al agobiante entorno mundial: pandemia, guerra, inflación… conserva el gobierno del cambio verdadero.

La Revolución de las conciencias necesaria para llevar adelante la nueva etapa de la 4T que comenzará en 2024 con las ambiciosas reformas de segunda generación que pueblo y gobierno habremos de impulsar en el segundo sexenio de Morena, tenemos que irla construyendo desde ahora.

Antes de 2018 la tarea era *resistir* al viejo régimen, de 2018 a 2024 la tarea está siendo *desmontarlo*, de 2024 en adelante la tarea será *construir* algo radicalmente nuevo… y el talante intelectual y emocional propio de cada etapa es distinto, de modo que la Revolución de las conciencias ha de ser una revolución permanente.

3. La Revolución de las conciencias es una —sólo una— de las tres dimensiones fundamentales del cambio social: *organización, movilización* y *concientización*. Dimensiones que son inseparables: no es posible transformar las conciencias sin renovar al mismo tiempo el modo de organizarse y de movilizarse. Si no está inserta en la acción colectiva y ordenada que debiera impulsar el partido, la presunta concientización no será más que instrucción política y adoctrinamiento, quizá formativos pero descontextualizados y, por tanto, políticamente inocuos.

Revolucionar la conciencia, revolucionar la organización, revolucionar la acción y hacerlo simultáneamente… ésta es la trinidad revolucionaria.

4. La coyuntura que hoy vivimos en el país y en el partido define las tareas inmediatas y urgentes de organización, movilización y concientización. A dos años del fin del sexenio lo más importante en lo nacional es consolidar los cambios que sientan las bases de la 4T, evaluar críticamente lo que hemos hecho y definir las transformaciones que habremos de realizar en la segunda etapa.

Nueva fase en la que habrá continuidad con lo realizado hasta ahora, aunque también cambios. El compromiso es mantener el rumbo estratégico, pero corrigiendo lo que mostró debilidades, desechando lo que de plano no funcionó e impulsando las trascendentes reformas de segunda generación que en la primera etapa eran imposibles mientras que ahora son indispensables. Cambio de etapa y avance que sólo será viable si construimos la correlación de fuerzas política y social que se requiere para transitarlo: mayorías legislativas, acompañamiento político partidista, respaldo social organizado, masiva aprobación ciudadana…

5. Para Morena la coyuntura es la misma pero sus tareas son específicas. Y la primera es desarrollar la 4T a nivel de piso. Las transformaciones que están sentando las bases de la 4T y que deben consolidarse en lo que resta del sexenio se impulsan desde arriba y desde abajo: desde el Estado y desde la sociedad. Unas son tarea del gobier-

no, las otras son tarea de todos, pero principalmente del partido, de los gremios y, en general, de la ciudadanía organizada.

López Obrador sintetizó su tarea transformadora con una metáfora: "mover al elefante reumático" que es el Estado mexicano. Y lo está moviendo en la dirección correcta. Pero la "elefanta reumática", que siguiendo la metáfora sería la sociedad mexicana, se ha movido muy poco. Salvo los obreros cercanos al Sindicato Nacional de Trabajadores Minero Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana y otros como los de la General Motors, los gremios tanto de la ciudad como del campo están pasmados.

Y no se debe a que el neoliberalismo los desarticuló, como se justifican algunos, pues pese a la represión y falta de respuesta, con los gobiernos autoritarios y antipopulares había más movilización que ahora. Perdimos las calles y corremos el riesgo de que las gane la derecha acompañada por la izquierda despistada. Como ya ocurre aquí con los amparos judiciales que bloquean las políticas del gobierno y como ocurre y ha ocurrido en algunos países latinoamericanos donde la derecha ha logrado posicionarse en el espacio público.

Que cuando la izquierda llega al poder la iniciativa pasa de los movimientos y partidos de oposición a los nuevos gobernantes, es algo indeseable que sin embargo se repite en casi todos los "gobiernos progresistas" de Nuestra América. Y México no ha sido la excepción. Pero el cambio social profundo es el que se hace abajo y en gran medida está pendiente.

Por décadas nos organizamos y movilizamos para *resistir* y *contra* los gobiernos, ahora tenemos que organizarnos y movilizarnos para *construir* y *junto* con el gobierno. Y no sabemos bien cómo. Pero, así como en los años veinte y treinta del pasado siglo en el contexto de la 3T surgieron infinidad de organizaciones obreras, campesinas, de mujeres, de inquilinos, de artistas, de estudiantes… así en la 4T deberían proliferar los sindicatos, las organizaciones rurales de productores, los grupos culturales, las redes temáticas, las asociaciones civiles, las cooperativas…

Pasar de contrahegemónicos a hegemónicos, de resistentes a constructores, de reactivos a proactivos, del no al sí… requiere de una Revolución de las conciencias que sin duda realizaron desde hace años López Obrador y quienes lo acompañan en el gobierno, pero que no ha ocurrido en la sociedad y que Morena tampoco impulsa.

6. La otra gran tarea de Morena en los dos años que le quedan al sexenio es definir y preparar los cambios que habrá que realizar en la siguiente etapa de la 4T. En primer lugar, diseñando de manera participativa y consensuada las reformas de segunda generación que darán contenido estratégico al programa de gobierno del próximo sexenio. En segundo lugar y paralelamente construyendo la fuerza social y las alianzas políticas necesarias para ganar las elecciones que siguen, en particular la decisiva de 2024, y para operar desde la sociedad y de común acuerdo con el nuevo gobierno morenista los cambios que darán contenido a la segunda etapa de la 4T.

El programa general del próximo sexenio y la fuerza para sacarlo adelante: dos tareas prospectivas inseparables que no le tocan al gobierno saliente ni al candidato o candidata de Morena a la Presidencia, sino al partido y sólo al partido.

La definición de la candidatura se hará por encuesta, de modo que quienes aspiran tienen que placearse y buscar apoyos desde ahora si quieren avanzar en esta primera fase del proceso. Y el asunto despierta pasiones porque elegir internamente a quien muy probablemente va a gobernar el país es de gran importancia. Pero obsesionarse con ello resulta frívolo y politiquero si no se encuadra en la construcción colectiva del que será su programa general de gobierno y en la organización, concientización y movilización de las fuerzas sociales y políticas necesarias para que quien sea elegido o elegida pueda ganar y gobernar.

Además de insuficiente, apostarlo todo a que quede quien uno considera que es el mejor o la mejor es extremadamente peligroso, pues conduce casi inevitablemente a la división del partido y quizá a la derrota. En política las personas importan, y mucho, pero más importan el programa con el que se comprometen al ser postulados por Morena y las fuerzas sociales que participaron en la construcción de ese programa, que votarán para que gane y que exigirán que se cumpla.

Sin proyecto y base social, ya en la Presidencia el mejor candidato pierde rumbo, mientras que el menos bueno estará acotado por el programa comprometido, la demandante sociedad organizada y el partido que

lo postuló, de modo que tendrá que hacerlo bien. El presidente Ávila Camacho se pudo desviar del rumbo trazado por el gobierno anterior porque los gremios y fuerzas sociales organizadas que habían acompañado al presidente Lázaro Cárdenas no se lo impidieron, ¡vaya, ni siquiera metieron las manos! Con el gobierno de Lenín Moreno Ecuador regresó al neoliberalismo, porque el partido Alianza País, creado por su antecesor, Rafael Correa, no supo o no quiso oponerse a la restauración y algunas fuerzas sociales anticorreístas como la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador al principio apoyaron al traidor. Nunca hay plenas garantías, pero con programa, partido y sociedad organizada el riesgo de desviaciones es menor.

7. Morena tiene dos años para hacer la tarea: por una parte consolidar desde la sociedad los cambios que están sentando las bases de la 4T, encargo que en gran medida está pendiente, pues salvo en lo electoral y en la formación política, después de 2018 el partido se pasmó; por otra parte formular de manera participativa el proyecto general y estratégico en que habrá de encuadrarse el programa de gobierno del candidato o candidata, construyendo al mismo tiempo las fuerzas sociales y las alianzas políticas necesarias para volver a ganar la elección y operar desde abajo y junto con el nuevo gobierno las reformas de segunda generación.

Después de cuatro años de parálisis en lo tocante al trabajo de organización, movilización y concientización social, la tarea parece difícil de realizar, si no imposible. Pero en realidad las condiciones son hoy mucho más

favorables que antes pues, como acostumbra, Morena acaba de hacer magia sacándose del sombrero no un conejo sino dos millones y medio de potenciales militantes. No podemos mirar para otro lado, están ahí y son muchos, hicieron cola —a veces durante horas— para afiliarse y votar, y la gran mayoría esperan que se les convoque para algo más.

El problema que tenemos es que estos dos millones y medio de afiliados son esto, afiliados no militantes, pues para serlo no basta estar en el padrón, tener credencial y en las elecciones votar por los candidatos de Morena. Para ser militante de un partido movimiento de izquierda como Morena hace falta militar. Y así como han marchado hasta ahora las cosas nada garantiza que los dos millones y medio se vayan a activar como verdaderos protagonistas del cambio, ni siquiera es seguro que permanezcan en el partido una vez que su emblema, López Obrador, se regrese al rancho.

Tomar los acuerdos necesarios para que los nuevos y viejos afiliados se conviertan en verdaderos militantes y Morena pueda proclamar que tiene dos millones y medio de agremiados efectivos es responsabilidad mayor del III Congreso. Evento decisivo en el que se encontrarán los tres mil congresistas que el 30 y 31 fueron elegidos precisamente por esos dos millones y medio de potenciales militantes; afiliados a quienes —quieran que no— representan, y cuya integración efectiva al partido deben procurar a través de sus acuerdos.

Una posibilidad sería agruparlos en comités de base a los que el Instituto Nacional de Formación Políti-

ca daría una capacitación básica que culminaría con un somero diagnóstico de su entorno territorial y/o sectorial y un plan de trabajo para incidir en él coordinados por el Comité Ejecutivo de Morena en su estado y orientados por las secretarías con incumbencia en sus temas.

Se dice fácil, pero es una tarea gigantesca. Gigantesca e insoslayable, pues si no aceptamos el desafío la historia nos juzgará. En 2006 había que darles tareas a los cientos de miles de mexicanas y mexicanos indignados por el fraude electoral y López Obrador convocó un imposible megaplantón sobre la avenida Reforma, que fuera del Zócalo a la Fuente de Petróleos… y lo montamos.

8. En el III Congreso habremos de elegir parte de la dirigencia y aprobar la reforma de los documentos básicos. Pero por importante que esto sea no es el principal cometido de una reiteradamente pospuesta y trascendente reunión cuya responsabilidad mayor será definir y acordar las vías para que los nuevos y los viejos militantes militen y los acarreados, oportunistas y trepadores sean eliminados, pues si algo no le gusta a esta fauna nociva es la militancia de base. Vías que de trazarse y transitarse pueden, en el corto plazo, hacer de Morena el partido-movimiento que siempre quiso ser.

Y esta reactivación general es necesaria para que Morena emprenda sin dilación y con ganas las tareas que antes enuncié:

I.- Trabajar intensamente durante los dos años que le quedan al sexenio en las labores de organización, concientización y movilización sectorial y territorial que se precisan para que una sociedad cada vez más crítica,

exigente y propositiva —es decir, más participativa—, sea la efectiva contraparte de las acciones del gobierno. En breve: mover a la reumática elefanta social como ya se mueve el ex reumático elefante estatal.

II.- Esto es necesario para terminar bien el sexenio; en la perspectiva del próximo, de lo que se trata es de que ese mismo trabajo de organización, concientización y movilización sirva para ir poniendo en pie la fuerza social y política que se precisa para ganar con sobrada mayoría la elección presidencial de 2024, y para acompañar al nuevo gobierno de Morena en la tarea de sacar adelante las reformas que le darán contenido a la segunda etapa de a 4T.

III.- Formular de manera participativa y concertada el programa general de la segunda etapa de la 4T, en el que nuestro candidato o candidata deberá encuadrar su proyecto sexenal de gobierno. Mario Delgado, presidente del partido habló de una Comisión de Programa, cuya tarea, pienso, no será encerrarse y formularlo, sino abrir el debate sobre la prospectiva a toda la militancia y a las organizaciones sociales, movimientos, asociaciones civiles e intelectuales afines a la 4T. Debate que deberá incluir la severa crítica y autocrítica de lo que hasta ahora hemos hecho como sociedad y como gobierno, que no todos los cuestionamientos son de derecha y sin un buen balance no puede haber una buena propuesta. Necesitamos que el programa de la segunda etapa de la 4T tenga el amplio y meditado respaldo que nace de haber colaborado en su formulación. Respaldo informado y consciente que se transformará en apoyo y exigencia

cuando nuestro candidato o candidata sea presidente de la República.

9. Si queremos sacar adelante las dos primeras tareas y hacer de Morena un verdadero partido-movimiento con dos y medio millones de militantes para empezar, es indispensable que el III Congreso tome medidas para organizar en comités de base a todos los miembros del partido, viejos y nuevos. No sólo para que puedan responder con eficacia a las acciones electorales y coyunturales que nos esperan, sino también y principalmente para hacer de Morena un organizador, educador y movilizador social.

Hace unas semanas, en una plática en *corto*, López Obrador dijo que sería bueno que en todos los municipios del país Morena convocara asambleas abiertas para que la ciudadanía planteara sus problemas, propusiera soluciones y emergieran dirigentes… Fue sugerencia, no instrucción. Tan así que no se ha hecho, pero a mí me pareció muy pertinente, aunque retadora, pues como hemos visto, en toda convocatoria abierta se cuelan los caciquillos, oportunistas y trepadores, además de los provocadores de la derecha. Pero quedarse en casa para que no haya alborotos no es opción, de modo que tomándole la palabra a Andrés Manuel formulé la siguiente propuesta:

"Además de prepararse para las movilizaciones electorales y coyunturales, es necesario que Morena organice una *Campaña permanente de vinculación, organización y movilización social*, que se desarrolle tanto en lo territorial

como en lo sectorial. Una campaña que movilice conforme a sus capacidades y posibilidades a todos y cada uno de los militantes y simpatizantes del partido, cada quien en su sector y/o región. Una campaña que partiendo de someros diagnósticos establezca objetivos particulares, metas y plazos definidos participativamente y por los propios militantes. Una campaña coordinada centralmente por la Presidencia o la Secretaría General, pero en cuya definición, operación, seguimiento y evaluación participen las dirigencias de los estados y todas las secretarías con incumbencias sectoriales. Una campaña que puede empezar planeando, organizando y realizando una o más asambleas populares abiertas en todos los municipios del país de las que surjan necesidades, demandas, propuestas y compromisos, tanto del partido como de la sociedad progresivamente organizada".

Algo así podría plantearse en el III Congreso.

10. Las propuestas que aquí he venido haciendo demandan una Revolución de las conciencias. Y no sólo de las conciencias, también de las formas de organización y movilización, primero de Morena y después de la sociedad mexicana toda.

En los próximos días habrá que realizar un Congreso y ahí nombrar dirigencias y reformar estatutos; habrá que ganar las elecciones en Coahuila y el Estado de México; habrá que elegir por encuesta a nuestro candidato o candidata a la Presidencia de la República en 2024. Pero, siendo estas tareas muy importantes, no son las más importantes. Y es que sin un partido de verda-

deros militantes, sin una sociedad organizada, concientizada y movilizada, sin un proyecto consensado para el próximo sexenio, la 4T se quedará en los cimientos que está poniendo López Obrador. Y no queremos eso.

Ganarle al sistema y deshacernos del viejo régimen por la vía electoral no fue fácil. Y sin embargo lo hicimos. Lo que sigue es aún más retador, pero entre todas y todos lo conseguiremos. No faltaba más.

*Texto leído el 9 de agosto de 2022 en la inauguración del ciclo "Conferencias Magistrales del Instituto Nacional de Formación Política de Morena".

Luces y sombras de un congreso

Morena es un partido-movimiento
de izquierda y antineoliberal.
Estatuto de Morena aprobado
en el 3er Congreso Nacional Ordinario

Siete años después del segundo, que tuvo lugar en 2015, el 17 y 18 de septiembre de 2022 Morena pudo realizar por fin su tercer Congreso Nacional Ordinario. El evento fue exitoso: llegaron cerca del 90% de los tres mil congresistas y se desahogó sin problema el orden del día: aprobación de los documentos básicos reformados, elección del Consejo Nacional (CN), elección del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) y ratificación de quienes ocupan la Presidencia y la Secretaría General, que permanecen en sus cargos.

El reencuentro fue fraterno, entusiasta, festivo y alcanzó su propósito. Algo faltó, sin embargo: salvo los 40 minutos en que se escucharon opiniones a favor y en contra de la propuesta de reforma a los documentos básicos, no hubo debate. El Congreso fue resolutivo, mas no deliberativo y decidir sin deliberar es democracia a medias.

Después de siete años de abstinencia, en que entre otras cosas, pasamos de ser oposición a ser gobierno, se hubiera esperado un intercambio de ideas, un debate

político… que no existió. No es que hubiera unanimidad, en algunos puntos de los documentos básicos fue obvio que había diferencias y éstas se externaron. Pero no fueron discutidas en busca del consenso, simplemente se expusieron y se votó.

Y es que el Congreso no estaba diseñado para favorecer el auténtico debate. El punto seis del orden del día: "Discusión y aprobación de la reforma a los documentos básicos", fue de aprobación, sí, pero no de discusión. Al tener que votar en bloque la propuesta del CEN, la opción para los congresistas era sólo sí o no, a favor o en contra. Lo que significaba tener documentos básicos actualizados o no tenerlos… y naturalmente casi el 80% de los congresistas votó "sí", aunque ciertos artículos no les parecieran y les disgustara la innecesaria sobre argumentación que sus autores hicieron de la propuesta. Tan fue rígido el formato, que algunas de las objeciones más incisivas al documento las formuló una compañera de Veracruz que, sin embargo, se apuntó para hablar a favor y votó en ese mismo sentido.

Pudo haberse buscado primero aprobar los documentos en lo general, para después discutir y quizá modificar los artículos polémicos, como el 37 Bis de los Estatutos —que establece que la elección de la Presidencia y la Secretaría General de los comités ejecutivos podrá hacerse por encuesta abierta—, el 37 —que establece que la Presidencia del CEN propondrá a quienes habrán de presidir la Secretaría de Organización y la Secretaría de Finanzas—, y el 17 Bis —según el cual el CEN determinará en qué municipios hay condiciones para elegir

comités ejecutivos municipales. Pero al establecer que la votación sería en bloque (pese a que se hizo la propuesta de que fuera punto por punto) se evitó la discusión y eventual modificación de los artículos que generaban discrepancias. Y uno se pregunta ¿por qué?

Si vemos cuáles son los asuntos que —aunque se cuestionaron— se evitó que fueran puntualmente discutidos y quizá modificados, resulta evidente que se trata de artículos como el 37 y 17 Bis, que le dan más poder al CEN y a su Presidencia, y como el 37 Bis que busca inhibir los choques por candidaturas a la Presidencia y Secretaría General recurriendo a las encuestas abiertas (un procedimiento mediante el cual, quienes no son de Morena, determinarían quiénes deben dirigir Morena). Estos artículos, que junto con la propuesta de que quienes ocupan la Presidencia y Secretaría General del CEN se mantengan en sus cargos hasta 2024, buscan reforzar la conducción centralizada del partido y evitar las confrontaciones que lo pudieran dividir. Un acotamiento de la democracia interna que se justifica con el argumento de que nos aproximamos a las cruciales elecciones de 2024 y es vital mantener la unidad.

Sin duda es indispensable mantenernos unidos si queremos que siga la 4T. Pero, ¿para mantener la unidad se necesita acotar la democracia? Algunos piensan que sí, y tienen buenas razones: en los últimos cuatro años, desde que ya no tenemos al frente del partido a López Obrador, Morena no ha podido resolver atinadamente sus problemas internos, se ha visto forzado a emplear procedimientos anómalos para elegir a su dirigencia, la

definición de las candidaturas a puestos de elección ha generado conflictos y, con frecuencia, la pertinente crítica a las malas prácticas se ha mezclado con el resentimiento y la queja estéril o mal intencionada. Sin embargo, evitar el debate y darle atribuciones discrecionales a la dirigencia no resuelve los problemas, los pospone… Y quizá es pertinente posponerlos y buscar salidas provisionales mientras superamos el complejo trance de la próxima elección, en la que se juega el destino del país. Quizá…

La falla que yo encuentro en salidas como ésta es el diagnóstico del que parten: en Morena no nos ponemos de acuerdo porque es una suma de corrientes diversas por un tiempo unificadas por el líder, porque entraron al partido y tratan de tomarlo grupos a los que sólo les interesan los cargos públicos y el poder, porque así de rijosas han sido siempre las izquierdas… Pero hay otra explicación de nuestras dificultades que no niega las anteriores aseveraciones, pero las ubica en su contexto: Morena fue movimiento social y cívico electoral, pero desde que ganamos las elecciones se paralizó.

Un partido que pasó de la oposición al poder tendría que estar impulsando abajo, a nivel de suelo los cambios sociales que demanda una 4T que no se agota en el accionar del gobierno. Pero salvo las (por lo general) exitosas campañas electorales y un par de movilizaciones coyunturales convocadas por López Obrador, Morena se pasmó: no impulsó la democratización y creación de sindicatos que la nueva Ley del trabajo facilita, no impulsó la formación de las organizaciones campesinas produc-

tivas necesarias para potenciar las políticas rurales del gobierno, no impulsó desde las comunidades el reconocimiento constitucional de los derechos de los pueblos originarios que promueve el Instituto Nacional de Pueblos Indígenas (INPI), no impulsó la participación de los pueblos del sureste en el diseño de proyectos que los favorecen como el Tren Maya y el Corredor Transístmico, no impulsó la organización de los jóvenes, no impulsó la organización de las mujeres, no impulsó la organización de los intelectuales, de los artistas, de los científicos…

Y un partido que en los hechos sólo sirve para echarle porras al gobierno y ganar cargos de elección, no puede evitar el entrismo oportunista, el acarreo, la rebatiña por candidaturas… Mientras Morena siga siendo un partido electoral y no el partido movimiento que por algunos años fue, su unidad siempre será precaria, el debate devendrá confrontación y en consecuencia cobrará fuerza la tentación de evitar la posible ruptura fortaleciendo el centralismo y acotando la democracia, como ocurrió en el reciente Congreso.

Que se escuche a la gente, que no se tema la crítica, que se impulse la discusión… éste es el remedio, piensan algunos. Yo pienso que no, que en el ambiente enrarecido que priva en un organismo que por años se paralizó, discutir por discutir no resuelve nada y ciertamente puede conducir a la división. Que el temor a la confrontación en el Congreso no era infundado lo prueba que el "no" a los documentos reformados no estaba distribuido entre todos los congresistas como se hubiera esperado, sino concentrado en los delegados de dos es-

tados que en bloque proclamaban su oposición y en bloque votaron en contra. Alineamientos cerrados que no auguraban un debate sensato sino el choque de posturas irreductibles.

Y es que en política la unidad, la única unidad posible y duradera es la unidad en la acción, es la unidad activa. Unidad en movimiento donde los debates surjan precisamente del movimiento y se refieran a su rumbo y conducción: sus objetivos inmediatos y mediatos, su estrategia, sus tácticas, sus aliados, sus opositores… que son las cosas que los obreros, los indígenas, los campesinos, los estudiantiles… discuten cuando luchan. En contraste, tras siete años de abstinencia, lo que en Morena calienta los ánimos es si el presidente del CEN debe o no tener secretarios de organización y de finanzas que le sean afines… Vergüenza debía de darnos…

Y porque la unidad en la acción es la salida que yo veo, en un texto que escribí antes del Congreso (*Por una Revolución de las conciencias en situación*) no me referí a los documentos básicos que se debían aprobar, ni a los dirigentes que se iban a elegir, ni a los procedimientos que habría que emplear, sino a la necesidad de que se saliera del encuentro con un plan de trabajo para transformar en militantes a los nuevos afiliados, reactivando a Morena en la línea de su inserción social. Camino en el que —de emprenderse— sin duda habría decisiones que tomar y algunas ameritarían debates: cómo articular el trabajo territorial y el sectorial, cómo apoyar a la gente en la solución de sus problemas sin caer en la gestoría clientelar, cómo promover el voto por nuestros candida-

tos entre los organizados, incurrir en corporativismo… Discusiones importantes y quizá acaloradas pero que de ningún modo conducirían a la división.

El agua encharcada huele mal y cría alimañas; volvamos a ser el torrente que fuimos y estoy seguro de que muchos de nuestros problemas se resolverán. Pongámonos de acuerdo en un plan de acción que vaya más allá de lo electoral y en ese contexto estimulemos sin temor los debates. Éste es el camino.

Adenda 1. Los gobernadores de Morena y la jefa de gobierno de la Ciudad de México estuvieron en el Congreso y algunos quedaron en importantes cargos partidistas, lo que se leyó como la confirmación de que ellos y ellas tienen el control del partido: los gobernadores no son de Morena, Morena es de los gobernadores.

Así es: fue de las bases, de los seguidores —algunos dirían de las clientelas— de quienes ocupan cargos públicos de donde salió la mayor parte de los congresistas. Y es que en ausencia de activismo partidista autónomo la 4T encarna en quienes gobiernan y en primer lugar en López Obrador. De modo que en la práctica el partido es de ellos, aunque algunos, como el presidente de la República, hayan decidido no intervenir en su vida interna.

No debiera ser así, claro, pero la solución no está en atarles las manos —¿quién se apunta?— sino en darle a Morena vida propia. Un partido con presencia en los gremios, en los movimientos sociales, en las organizaciones civiles es un partido con real autonomía respecto de quienes gobiernan. En cambio, un partido que sólo sirve para llegar a cargos de elección girará necesaria-

mente en torno a quienes los ocupan o quieren ocuparlos… aunque nos disguste.

Adenda 2. El segundo artículo transitorio de los nuevos estatutos establece que el Consejo Nacional deberá nombrar una comisión "encargada de elaborar el Proyecto de Nación para profundizar la transformación 2024-2030", proyecto con el que deberán comprometerse los aspirantes a la candidatura a la Presidencia de la República.

El acuerdo es muy pertinente si se entiende que el mandato de la futura comisión no es formular por sí misma el programa sino organizar las consultas necesarias para su elaboración participativa y consensuada. Si le vamos a preguntar a los ciudadanos cuál aspirante de Morena a la Presidencia de la República debe quedar, cuantimás hay que preguntarles cuáles han de ser las prioridades del programa que habrá de aplicar ya en el cargo.

Los servidores públicos de la 4T que saben hasta dónde pudieron llegar y lo que falta, los liderazgos sociales, los académicos y expertos progresistas… todos aquellos que tengan algo que decir deberán ser escuchados en los foros que para este fin se organicen. Porque el voto que se va a pedir en 2024 no es a ciegas o por la calidad personal de quien sea candidatx; la gente sufraga por un proyecto y por quien se compromete a cumplirlo. Entonces hacer un balance autocrítico de lo avanzado y definir los grandes trazos de la segunda etapa de la 4T es una de las tareas mayores de los próximos años.

Energía y soberanía

> *La nacionalización eléctrica es una meta alcanzada por el pueblo en el camino de la Revolución. Al tomar posesión la nación de la Compañía de Luz, se consuma un largo esfuerzo del pueblo mexicano por tener en sus manos la energía eléctrica que manos mexicanas producen en el país.*
>
> Discurso pronunciado por el presidente Adolfo López Mateos desde el balcón de Palacio Nacional el 27 de septiembre de 1960.

México tiene que avanzar a buen paso en la transición energética disminuyendo y haciendo más eficiente el uso de energía, sustituyendo la contaminante por la limpia, fomentando la autogeneración... Pero para hacerlo necesita recuperar la soberanía energética perdida, pues mientras la energía sea un negocio trasnacional no se podrán racionalizar ni su generación ni su distribución ni su consumo.

El sistema energético es un entramado de enorme complejidad y permitir que lo domine un mercado manipulado por las grandes corporaciones tiene repercusiones catastróficas en lo ambiental, lo social y lo económico como las que hoy vemos en Inglaterra con la escasez de combustibles y en España con las desmesuradas alzas de la electricidad.

Factores técnicos, económicos y sociales se entrelazan indisolublemente en el sistema de generación, distribución y consumo de energía, conformando un vasto entramado donde todo se relaciona con todo. Y los impactos que su disfuncionalidad tiene sobre el medio ambiente, la vida de las personas y la producción-distribución de bienes, son inconmensurables. Gestionarlo de manera responsable, es por tanto, una de las funciones sustantivas e irrenunciables del Estado.

Las decisiones referentes a fuentes de aprovisionamiento, a prioridades y a modalidades del consumo de la energía nos incumben a todos y deben pasar por consultas ciudadanas. Pero la gestión de un sistema extenso, complejo y articulado que en todo momento ha de informatizarse y operarse como un todo, demanda recursos y capacidades técnicas de orden Estatal. Como en las pandemias y otras catástrofes es claro que el aprovisionamiento nacional, estratégico, justo y sostenible de energía es un asunto que rebasa las posibilidades de la autogestión local… aunque sin duda la requiere.

El gobierno de López Obrador tiene el mandato ciudadano de recuperar y reordenar el sistema energético desmantelado y extranjerizado por los neoliberales. Gobiernos que en el ámbito de la energía renunciaron tanto a la autosuficiencia como a la soberanía, por lo que en el caso de los combustibles dependemos dramáticamente de las importaciones y las leyes que ellos reformaron nos atan para tomar decisiones favorables al interés nacional.

Aunque ya no tan abundante como en el pasado, México tiene petróleo. Y, sin embargo, la dependencia

en combustibles ha venido creciendo de modo que hace quince años era de 40% mientras que hoy es del 70%. En lo tocante al petróleo crudo se descuidó la exploración —con lo que disminuyeron las reservas— y se redujo la extracción, en lo tocante a los derivados se dejaron de construir refinerías y de dar mantenimiento a las existentes, de modo que cayó la producción. El saldo es que hoy somos importadores netos, pues el valor de nuestras compras al exterior de gasolina, diésel y gas es mayor que el de nuestras exportaciones de petróleo crudo.

En el caso del gas la situación es especialmente crítica, pues sólo producimos el 30% del consumo nacional y traemos del exterior el resto mientras que seguimos liberando a la atmósfera o quemando el gas asociado que nos daría autosuficiencia.

En 2018, el último año del gobierno de Peña Nieto, por compras de petrolíferos salieron del país 30 200 millones de dólares. Drenaje de divisas que ni siquiera las milagrosas remesas compensan del todo.

La reforma energética privatizadora y extranjerizante nos quitó soberanía, pero las concesiones que de ella derivaron no aumentaron ni la producción, ni la inversión ni el empleo. Los 110 contratos de extracción firmados entonces con particulares están en su mayor parte inactivos, de los 200 millones de dólares de inversión anunciados sólo se invirtieron 800 millones (el 0.4%), los tres millones de barriles a los que se iba a llegar quedaron en 1.8 millones de los que la producción privada aporta sólo el 2.3% y en cuanto a los buenos empleos que prometieron generar, ni sus luces. Un petardo.

Es claro que el resultado es malo para el país. Pero uno se pregunta también, ¿si no siempre está en la producción, dónde está para las empresas el negocio de las privatizaciones y los contratos? No hay en realidad misterio alguno, su método es el mismo que hace lucrativas las concesiones mineras, aun si no se exploran ni explotan las áreas amparadas: la especulación. Las acciones de las empresas suben con cada concesión, se use o no, y en otros casos los contratos se venden a alguien que posiblemente tampoco piensa invertir, y así.

Los neoliberales amarraron el paquete de las concesiones mediante reformas constitucionales privatizadoras, leyes a modo y tratados internacionales lesivos a la soberanía. Caso emblemático es el de la electricidad. Hoy la Comisión Federal de Electricidad (CFE) tiene la obligación legal de comprar a los particulares todo el fluido eléctrico que generen, en el momento y lugar en que lo generen y subsidiando los costos de transmisión. Pero, a la vez, la CFE tiene la responsabilidad de garantizar el servicio, manteniendo estable el sistema y equilibradas generación y consumo, conectando para esto los diversos subsistemas regionales y combinando las distintas fuentes: termoeléctrica, hidroeléctrica, eólica, fotoeléctrica, nuclear, geotérmica… cada una con diferente flexibilidad y eficiencia técnica, diferente costo económico, diferente impacto ambiental… Mientras tanto las corporaciones lucran y hasta presumen de que a veces su energía es limpia.

Un puñado de empresas que encabeza la española Iberdrola domina el mercado eléctrico. Concentración

oligopólica que pone en riesgo la seguridad del suministro, los precios al usuario y las finanzas públicas, pues los compromisos de compra a las empresas impiden que la CFE emplee completa y racionalmente su capacidad generadora, de modo que las hidroeléctricas, por ejemplo, están subutilizadas. "La CFE ha pagado 300 mil millones de pesos de más por esos contratos leoninos", informó recientemente el presidente López Obrador.

Y para corregir la aberración el presidente presentó una Ley de la Industria Eléctrica que el legislativo aprobó. De inmediato llovieron los amparos a los que un par de jueces a modo respondió con 362 suspensiones provisionales y luego definitivas. Frenada la ley, lo que queda es una reforma constitucional cuya iniciativa ya fue presentada e incluye la regulación estatal sobre el litio, insumo básico de pilas eléctricas. El problema es que para aprobarla hace falta una mayoría calificada en las cámaras, en donde está activo el "Pacto contra México". La moneda está en el aire… y mientras tanto el negocio sigue.

La importación del 70% del gas que consumimos y los ductos por los que llega, también son un gran negocio para las empresas, con quienes los anteriores gobiernos firmaron contratos desventajosos. La CFE los está renegociando y ha logrado ahorros por 6 mil 200 millones de dólares. Pero el problema de fondo es que, habiendo sido autosuficientes en este combustible, hoy somos deficitarios, pues el gas asociado se libera a la atmósfera o se quema. Y es que la dependencia es un gran negocio.

La política gubernamental orientada a recuperar la soberanía energética para asegurar el suministro, man-

tener bajos los precios, sanear las finanzas públicas e impulsar la transición energética, ha sido resistida por las corporaciones. Pero también es criticada por algunos ambientalistas, para quienes extraer y procesar petróleo en México atenta contra la descarbonización.

El argumento es torpe, pues el 83% de la energía que hoy empleamos viene de los hidrocarburos, dependencia cuya disminución urge pero que será gradual y paulatina. Pensemos por ejemplo en los 50 millones de vehículos automotores de combustión interna (la mayoría particulares) que circulan hoy aquí, sin duda una gran parte deberán ser sustituidos por transporte público no contaminante, y el resto por vehículos eléctricos o híbridos, y ciertamente hay que darse prisa, pero aun así nos llevará un buen tiempo. Y si consumimos petrolíferos y por un rato los seguiremos consumiendo lo más razonable en términos de seguridad, economía y reducción de emisiones contaminantes es producirlos aquí, pues exportar crudos e importar refinados, tiene entre otras cosas, el alto e innecesario costo energético que se origina en su transporte de acá para allá y de allá para acá. No nos engañemos, Dos Bocas es parte de la solución, no del problema.

También enoja a ciertos ambientalistas el empleo por la CFE, de las termoeléctricas que queman combustibles y son contaminantes. Lo que pasa es que las fuentes de electricidad más limpias y renovables tienen ubicaciones definidas y su producción no es continua. Tal es el caso de las hidroeléctricas que generan en lluvias cuando se llenan las presas, es decir en verano, y

de las eólicas que generan más en temporada de fuertes vientos, es decir en el invierno. Así, en el sureste, donde estos recursos abundan, ambas fuentes se pueden y deben complementar. Pero eso no basta; para mantener el servicio continuo y responder a las fluctuaciones diarias y estacionales de la demanda, hacen falta generadores flexibles como las termoeléctricas, que se activan o desactivan cuando es necesario. Los combustibles son contaminantes pero fáciles de almacenar y conservar, la electricidad no contamina, pero es un fluido cuyo almacenamiento y conservación es menos eficiente y más costoso, de modo que, cuando menos por un tiempo, el sistema deberá emplear los dos. Y ciertamente si ha de haber termoeléctricas es preferible que sean de ciclo combinado y no de las hiper contaminantes que queman carbón. Transición a energías limpias y soberanía energética: un binomio inseparable.

Adenda: ¿Un ambientalismo verde?

A las corporaciones internacionales y los gobiernos que las respaldan no les gustan las reformas legales que, para recuperar la soberanía y restablecer la capacidad regulatoria de Pemex y la CFE, impulsa López Obrador. Y así como las empresas se amparan, el gobierno estadounidense de Trump envió en sus últimos días al de México una carta de inconformidad, firmada por el secretario de Estado, Mike Pompeo, el ministro de Energía Dan Brouillete y el ministro de Comercio Wilbur Ross:

> Las recientes acciones regulatorias del gobierno mexicano han creado una incertidumbre significati-

> va… especialmente respecto al sector energético, y han dañado el clima general de inversión… Si bien respetamos el derecho soberano de México a determinar sus propias políticas energéticas, estamos obligados a insistir en que México cumpla con sus obligaciones… en defensa de nuestros intereses nacionales e inversiones.

Molesta, pero no sorprende que el gobierno de EU presione al de México en favor de las corporaciones. Inquieta más que en nombre de la preservación del medio ambiente y del cumplimiento de los compromisos de México con el Acuerdo adoptado en la Convención Marco de la Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, se escuchen en nuestro país voces que reivindican a las trasnacionales energéticas dizque generadoras de energías limpias y que apuestan a la presión de Estados Unidos para protegerlas del mal gobierno de López Obrador.

Presidente del Instituto Nacional de Ecología durante el gobierno de Felipe Calderón y desde 2013 director ejecutivo de Iniciativa Climática México, el doctor Fernández Bremauntz en una entrevista (*Proceso* 24/1/21) alerta:

> "Hay que sonar alarmas por lo que está haciendo México atacando los proyectos de energías renovables, porque su pecado original es que las traen los privados. No se lo van a permitir a México. Estados Unidos lo que va a hacer de inmediato es presionar para que México cumpla con su propia regulación doméstica y su propia Constitución. No se vale boicotear a las empresas a la mala con juego marrullero no dándoles o retrasándoles sus permisos".

El director de Iniciativa Climática México se dice preocupado por el cumplimiento, por parte de nuestro país, del acuerdo de la ONU sobre cambio climático, pero cuando el gobierno refrenda sus compromisos para 2030, que fueron reducir 22% las emisiones de gases de efecto invernadero y 51% las de carbono negro y señala la posibilidad "dependiendo de las condiciones" de alcanzar una reducción de 36 y 70% respectivamente, el doctor Fernández se indigna: "Esto significa una bofetada en la cara del resto del mundo, una burla", y denuncia airado que "López Obrador está traicionando los acuerdos de París".

¿De verdad López Obrador abofetea, burla y traiciona? ¿No será más bien que afecta los negocios de trasnacionales como Iberdrola? Me da la impresión de que más que defender los "proyectos de energías renovables", el doctor Fernández defiende a "los privados" que lucran con ellas a costa del sistema energético y de las finanzas de la nación. Pero el doctor es optimista: No habrá regulación, pues "no se lo van a permitir", pues "Estados Unidos lo que va a hacer de inmediato es presionar".

Proempresarial y filo estadunidense el ecologismo de Iniciativa Climática México se me figura una suerte de "ambientalismo verde", tan dudoso como su par, el "capitalismo verde".

Alternativas agroecológicas para el campo mexicano

> *Ya no se puede regresar a lo de antes, ya no es nada más el maíz y el frijol y la calabaza y la yuca para la engorda de los animales… Ya no es igual, ahora es distinto. Sin embargo, existe esta tradición y hay que reforzarla… Tenemos que adaptar nuestra tradición a los cambios que se han venido ocurriendo, pero no olvidar de dónde venimos.*
>
> Andrés Manuel López Obrador

La tecnociencia agrícola a debate

La gente de campo, y en particular los "agrónomos de guarache", como Efraím Hernández Xolocotzi, el "maestro Xolo", siempre supieron que la ciencia y la tecnología no son neutrales y que las formas de producir que el capitalismo impulsa en la agricultura erosionan tanto los ecosistemas como las comunidades. Decía Efraím:

> La agricultura moderna como parte del desarrollo capitalista tiende a homogeneizar a los genotipos y a los agroecosistemas. Su multiplicación de los procesos degradativos se debe al objetivo de máximas ganancias…

Que la ciencia y sus aportes tecnológicos no son imparciales y están marcados por la lógica, prioridades e

intereses dominantes en el sistema que las cobija es algo que muchos no admiten. Y es que la presunta neutralidad del conocimiento científico y su condición de intachable motor del desarrollo humano son mitos fundacionales de la modernidad; un orden prometéico donde, a lo más, se acepta que la ciencia puede usarse mal, pero no que sus propios paradigmas pudieran estar sesgados.

Es casi un lugar común criticar la iniquidad de las relaciones sociales propias de la economía capitalista, en cambio es más reciente el reconocimiento de los daños que en el trabajador y el consumidor producen el modo material de producir y la materialidad misma de los productos.

Desde siempre sabemos que las relaciones laborales que establece el orden del gran dinero son relaciones de explotación, pero hoy sabemos que también su tecnología y sistemas de trabajo dañan físicamente a los trabajadores, de la misma manera como los productos así generados enganchan y dañan a los consumidores.

El precio de un producto esconde una relación de explotación, su seductora envoltura muy probablemente oculta el daño a la vida que ocasionó su producción y ocasionará su consumo. El mal sistémico acecha tras del valor de cambio de sus mercancías, pero también tras de su valor de uso.

Por fortuna esto se ha ido reconociendo y hoy, por el etiquetado de los alimentos podemos saber si su producción fue orgánica, es decir, libre de agrotóxicos, y si contienen sodio, calorías, azúcares o grasas en exceso. Lo que hay detrás de estos avisos es un sistema produc-

tivo peligroso que en su afán de lucrar, no sólo despoja al trabajador del valor de su trabajo, sino que también daña su organismo y el de los consumidores.

Un par de ejemplos. El monopolio es económicamente pernicioso, pues aumenta sus ganancias a costa de reducir la competencia de la que depende el incremento de la productividad; el monocultivo extremo es ambientalmente pernicioso, pues aumenta los rendimientos a costa de reducir la diversidad ecosistémica de la que depende la fertilidad. Monopolio y monocultivo: perversiones económicas y agroecológicas simétricas que hay que combatir por igual.

En los ochenta del pasado siglo una parte de los campesinos mexicanos concluyó que mientras los acaparadores, la agroindustria y el sistema financiero les impusieran sus reglas, los pequeños productores serían bolseados. Y discurrieron que para liberarse era necesario "apropiarse del sistema productivo" mediante organizaciones económicas autónomas: comercializadoras, agroindustrias, financieras, aseguradoras… Y con sus asegunes, estuvo bien.

Pero con el tiempo estos y otros campesinos se dieron cuenta de que no bastaba con apropiarse del proceso productivo, era necesario revolucionarlo. No podían quedarse en controlar los eslabones económicos de la cadena, había que trasformar también los procesos tecnológicos y con ello la calidad de lo cosechado. Primero fue para acceder a mercados que demandaban productos saludables; pero pronto se dieron cuenta de que, aunque más laboriosos, los procedimientos "orgánicos" cuida-

ban la salud del productor y la salud de los ecosistemas. Entonces se volvieron ecologistas… y estuvo bien.

Así como el unilateral y asimétrico extensionismo sirvió para imponer los insumos tóxicos y la tecnología agresiva de la revolución verde, la recuperación y desarrollo de insumos inocuos y tecnologías amables demanda un esfuerzo técnico multilateral, respetuoso y dialogante en que participen tanto campesinos como portadores de conocimientos formalizados.

No es una idea nueva. Ya la predicaba hace más de cuarenta años el maestro Xolo, para quien era claro que en los conceptos, valores y prácticas de la agricultura campesina se pueden encontrar respuestas a la catástrofe provocada por el productivismo, de ahí que sus saberes deban ser reconocidos, estudiados y desarrollados con el auxilio de la ciencia formalizada.

> El sistema de investigación resultante de un enfoque tecnócrata de desarrollo agrícola no capta la importancia de la agricultura campesina para coadyuvar a resolver los problemas.
> En el estudio de la economía campesina hay que considerar su estructura y función, la racionalidad de las prácticas agrícolas aplicadas en el manejo de los recursos y los mecanismos propios de generación, de transmisión y de aceptación de conocimientos…

Por todo lo dicho es muy celebrable que la política de autosuficiencia y soberanía alimentaria de la 4T vaya di-

rigida principalmente a los campesinos, y que dos de sus principales programas —Sembrando vida y Producción para el bienestar—, tengan un enfoque expresamente agroecológico.

En el caso de Producción para el bienestar, las Escuelas campesinas son comunidades de aprendizaje donde agricultores y promotores (uno social y otro productivo), recuperan, intercambian y desarrollan conocimientos agropecuarios en un ejercicio cuyo paradigma no es el "tecnócrata" y "materialista" de la tecnociencia occidental, sino el holista y ético de los pueblos agrarios; que no es lo mismo maximizar a toda costa las ganancias que procurar el bienestar presente y futuro.

Así como los policultivos que remedan a los ecosistemas naturales son más sostenibles que las siembras de una sola planta, así los trabajos en colectivo son más eficientes que los que se realizan por separado. Y no sólo ni principalmente por economía de escala, sino también y sobre todo por la confluencia de capacidades, saberes y recursos que hacen posible. El sistema en que vivimos es hostil a los pequeños productores y los labriegos de todo el mundo han aprendido que sólo trabajando y luchando juntos es posible hacerle frente. Escasos de tierras y de capital la mayor riqueza de los campesinos es la organización.

Está bien que las transferencias monetarias de Sembrando vida y Producción para el bienestar lleguen a los campesinos directamente y no a través de organizaciones clientelares que los desviaban. Pero, así como quienes participan en las escuelas campesinas se

organizan para intercambiar y desarrollar conocimientos agrícolas, así podrían organizarse para producir los insumos, para acopiar y comercializar el producto que sale al mercado, para procesar algunas cosechas, para acceder al crédito... más todas las necesidades familiares y comunitarias que se acumulen, que sin duda serán mejor atendidas si se suman esfuerzos que si cada quien le busca por su lado.

El gobierno no puede forzar la organización de los campesinos y cuando lo hizo las agrupaciones inducidas duraron poco, véanse los casos de los presidentes Luis Echeverría y Carlos Salinas, aunque también el de Lázaro Cárdenas. Sin embargo, así como en las Comunidades de aprendizaje se aprende a mejorar semillas, hacer compostas o combatir plagas, así se podrían intercambiar experiencias de trabajo conjunto y discutir los pros y contras de las diversas formas asociativas. Porque bien vista, la organización de los productores es una ecotécnia… y la más importante porque con ella se procuran las demás.

La milpa como paradigma

Hay muchas maneras de dejar de ser campesino. Una de ellas es adoptar el modo de producir del agronegocio imitando las prácticas de la empresa rural, pero sin el tamaño ni los recursos que hacen lucrativa, aunque tóxica a la agricultura industrial. Ser campesino es una forma de vida de la que son parte esencial las prácticas agrícolas, y desecharlas es un modo silencioso de renunciar a su condición ancestral.

No firmaron un contrato que les prohíba cambiar y de hecho los campesinos de hoy son muy diferentes de los de antes, de modo que si fuera para bien habría que aplaudir que se apropiaran del paquete tecnológico de la agroempresa. El problema está en que el monocultivo extremo y el uso indiscriminado y abusivo de herbicidas, fertilizantes, semillas mejoradas y pesticidas que siempre es dañino para los suelos, los ecosistemas y los consumidores, en su caso es dañino también para la salud del agricultor y compromete la sostenibilidad técnica y económica de sus cultivos y por tanto la continuidad de su vida familiar. Como estrategia de sobrevivencia la agricultura superespecializada e intensiva en agrotóxicos es claramente contraindicada y en el fondo suicida.

A lo largo de la historia los labriegos siempre tributaron en beneficio de las clases dominantes y a través del mercado los campesinos modernos tributan a favor de los comerciantes, los industriales, los introductores de insumos, los monopolios agroalimentarios… Desde hace mucho los pequeños productores rurales trabajan *para* el capital, pero aún más grave es que muchos trabajen *como* el capital, porque si lo primero los expolia desde fuera lo segundo los carcome por dentro.

El modo de cultivar no sólo son las prácticas agrícolas que se emplean en la parcela, la huerta, el potrero, el acahual, el traspatio… es también el modo en que las familias y comunidades se apropian de los recursos del entorno y ordenan el territorio; el modo en que distribuyen a lo largo del año y asignan por sexo y edad la capacidad de trabajo familiar; el modo en que buscan

satisfacer sus necesidades previendo el monto, calidad y distribución en el tiempo de los ingresos monetarios y en especie; el modo en que buscan reducir los riesgos y asegurar el bienestar futuro; el modo en que se relacionan con sus vecinos, con la comunidad y con el mundo exterior; el modo en que toman decisiones colectivas familiares y comunitarias… Además de que en la manera de cultivar está la matriz del mundo simbólico de las culturas tradicionales y la milpa es el lugar de muchos de sus rituales…

Por más que su economía sea diversificada y hayan modernizado sus relaciones sociales, para los pueblos de raíz agrícola el modo de cultivar se corresponde con el modo de vivir. Así las cosas, una reconversión agroecológica como la que se proponen programas como Producción para el bienestar, conlleva una reconversión social y viceversa. No se trata sólo de intercambiar saberes que mejoren la manera de sembrar y cosechar, sino de replantear estrategias de vida familiares y comunitarias. Porque un cambio en la parcela, la huerta, el traspatio o el potrero tiene un efecto mariposa y lo cambia todo… Y si no lo cambia todo tengamos por seguro que la reconversión se quedará en intrascendente intercambio de recetas.

Por algo se empieza y la llamada transición agroecológica puede arrancar con el modo de cultivar. Lo que no puede es quedarse ahí, pues las mudanzas en las parcelas, las huertas, los traspatios… conllevan nuevas formas de trabajo y organización a nivel familiar, grupal, comunitario, regional, nacional… Pero sobre todo conllevan un cambio en el modo de pensar; la adopción o

más bien la recuperación de un paradigma ancestral que por milenios dio sentido a las prácticas agrícolas de los pueblos mesoamericanos y a partir de ellas a la totalidad de la vida social.

Joseph de Acosta, un hombre que a fines del siglo XVI se interesó por la naturaleza y los cultivos tanto de Perú como de México, en el libro *Historia natural y moral de Indias*, describe admirado las chinampas de Xochimilco, una de las variantes más sofisticadas de la milpa que alimentó a la enorme población del centro de México:

> Hay sementeras hechas en medio de la laguna, que están fundadas sobre la propia agua y con sus camellones llenos de mil diferencias de semillas y yerbas e infinitas flores, que si no es viéndolo no se puede bien figurar cómo es… La Ciudad de México esta fincada sobre esa laguna.

Y no sólo la Ciudad de México se fincaba en milpas, en este caso semiacuáticas, Mesoamérica entera se sustentaba en esa virtuosa manera de producir alimentos.

Entre los pueblos mesoamericanos a este añejo paradigma, como a todo lo importante, se le designa no con conceptos abstractos, sino con una imagen: "hacer milpa". Y "hacer milpa" es mucho más que sembrar milpa; es un modo de pensar, de valorar, de sentir y de actuar que está presente tanto en los quehaceres agrícolas como en los no agrícolas. Hacer milpa en la parcela, en el hogar, en la asamblea, en la organización, en la fiesta, en el movimiento reivindicativo… Hacer milpa explorando

todas las posibilidades de la diversidad entreverada; de la convergencia de los diferentes; de la pluralidad virtuosa, enriquecedora, divertida, placentera. La calabaza, el frijol, los quelites, el maíz, los chiles, el tomatillo, las habas, los chayotes… y muchos más dialogando, disputando y coincidiendo en fraternos y bulliciosos convivios vegetales que remedan los humanos y viceversa.

Que las milpas son más que milpas lo han sabido siempre los pueblos originarios y quienes trabajan con ellos. Para los tzeltales de Chiapas, por ejemplo, la milpa es escuela donde se aprende a analizar e intervenir sistemas complejos de desarrollo no lineal, dependientes de factores externos; donde se aprende a evaluar opciones, a tomar decisiones rápidas, a trazar planes estratégicos y ajustar a ellos las tácticas…

En la milpa tzeltal los niños reciben lecciones de vida. "El descubrimiento constante en compañía del padre del *bankilal* (hermano mayor), de la gente cercana experimentada y sabedora, hacen fascinante ir a la milpa para jugar, trabajar y aprender al mismo tiempo", escribe Antonio Paoli en el libro *Educación, autonomía y lekil kuxlejal*.

En la milpa se aprende, por ejemplo, "cómo definir las estrategias y las tácticas combinatorias según la pendiente, la humedad, el tipo de suelo, el cálculo de las lluvias…" Combatiendo a las plagas se valora la importancia de "la unidad frente al enemigo común" y la necesidad de no exterminar por completo y "guardar una relación equilibrada" con los *jMej Tatic*, insectos que pudiendo ser plagas sirven sin embargo para combatir otras plagas. En la milpa "la cooperación se hace natural

y motiva a tener conciencia de la propia capacidad puesta al servicio de los otros". En la milpa "el trabajo está dado como colaboración". En fin, que haciendo milpa se desarrolla un pensamiento holista y se aprende a hacer comunidad…

"La milpa es uno de los ejes fundamentales de la cultura tzeltal y actividad clave para pensar la configuración de su *k´inal* (territorio) y sus relaciones sociales", concluye Paoli.

En talleres realizados en comunidades serranas, que se grabaron en cinta, un maestro guerrerense explicaba hace años que la forma de cultivar es también una forma de pensar y que el pensamiento que nace de la milpa es un pensamiento dialéctico. Decía el maestro:

> Como muchas señoras de edad que están aquí, mi abuelita pensaba en algunas cosas de manera dialéctica. Decía: "Mira, hijo, el maíz ahorita está *agujeando"*, y es cuando asoma apenas la puntita del maíz. Después decía: "Mira el maíz, ya tiene tres hojitas, o siete, o tantas…" Luego decía: "Ya está veleando". Y después: "El maíz está muñequeando". Y después: "El maíz está en elotes". Y después: "El maíz está en camahua". Y después: "El maíz está listo para doblarse".
>
> Cuando nosotros vemos que esta mata de maíz tiene su comienzo y tiene su fin, que el maíz nunca está igual y que para poder llegar a su fin tiene que pasar por ciertas etapas, entonces nosotros reconocemos que el maíz es dialéctico.

A lo mejor ustedes no le encuentran chiste a esto… Pero si vemos cualquier injusticia, situación de hambre o de enfermedad del pueblo… pues entonces debemos pensar de esta manera: todo tiene su principio y todo tiene su fin. Sólo que para cambiar hay que pasar por ciertas etapas.

Mi abuelita sabía que hay que ver cómo comienza una cosa, cómo termina y cómo pasa por muchas etapas antes de terminar. Y es que, saben ustedes, mi abuelita pensaba con el maíz.

Con la sabiduría milpera de su abuelita el maestro trataba de explicar a quienes lo escuchaban, que para salir de la injusticia —los pueblos, como el maíz— necesitan pasar por ciertas etapas y emplear diferentes formas de lucha. El maestro se llamaba Lucio Cabañas y meses antes había agarrado monte para "hacer pueblo" y así sembrar la semilla del Partido de los Pobres.

La otra mitad de la milpa

Escribí más arriba que el maíz no se manda solo, que el maíz nació y embarneció en medio de una bulliciosa banda de colegas vegetales. Y cuando sus comadres y compadres faltan nomás no se halla. El maíz es milpa o es un cereal como cualquier otro.

He sostenido que el maíz sólo cobra su significado profundo si lo vemos en compañía del frijol, la calabaza, el chile, el tomatillo, los quelites… integrado a la prodiga diversidad de la milpa; he dicho también que la parcela biodiversa forma parte de un conjunto articulado en que

figuran igualmente la huerta, el potrero, el bosque cultivado, el acahual, el traspatio…; he afirmado finalmente que la dimensión agrícola de la pluriactividad campesina es inseparable de su dimensión económica, social, política, cultural, epistémica… Visto en su conjunto esto significa que para los mesoamericanos "hacer milpa" es un modo de vida, un paradigma civilizatorio.

Pero me quedé corto. Añado ahora que con estos abordajes estamos atendiendo sólo a la mitad del mundo que representa la milpa… y no a la mitad más importante.

La otra mitad del cosmos milpero empieza a hacerse visible cuando, siguiendo el curso de las cosechas, entramos en la esfera doméstica; en el prodigioso laboratorio donde las mujeres operan el milagro cotidiano de transformar lo cultivado en alimentos.

Ahí las preciosas mazorcas son apenas materia en bruto que hay que desgranar y nixtamalizar para luego transformar la proteica masa en sutiles tortillas, echarlas al comal, girarlas y cuando se inflan y están listas envolverlas en una nívea servilleta, meterlas en el chiquihuite y llevarlas calientes a la mesa, donde las esperan ansiosos los guisos y las infinitas salsas y moles en que previamente fueron transformados los frijoles, los chiles, el tomatillo, los quelites y los demás frutos de la parcela, de la huerta, del solar…

Los conocimientos que demanda la previsión de las lluvias, el buen manejo de los suelos, la selección de las semillas, el mantenimiento de los equilibrios agroecológicos… se antojan burdos y bastos comparados con las sutilezas que supone la selección y dosificación de

los componentes de los guisos, las infinitas combinatorias de las salsas, el punto exacto de las frituras y cocciones… Los rudos saberes de la parcela palidecen frente a los sutiles saberes de la cocina.

Y sin embargo cuando decimos milpa pensamos en maíz, frijol y calabaza entreverados en un campo de cultivo, y no en estos mismos componentes formando parte de un sofisticado guiso. Cuando decimos milpa pensamos en el campesino y no en la campesina…

Parcialidad imperdonable, pues es claro que la buena vida depende tanto de la calidad de los ecosistemas agrícolas como de las virtudes de los ecosistemas culinarios; hay que cultivar bien y hay que cocinar bien si queremos comer bien.

Si es patriarcal exaltar al padre maíz por sobre la diversidad de la familia milpera, también lo es ocuparse de lo que pasa en los campos de cultivo y olvidarse de lo que ocurre en los hogares.

Olvido tras del que subyace el sexismo específico de la modernidad capitalista; un sistema que al endiosar al mercado separó la *producción económica* resultante del trabajo presuntamente productivo asociado a lo que se vende, de la *reproducción social* resultante de las labores presuntamente no productivas asociadas con el consumo.

Separación artificiosa y perversa por la que más del ochenta por ciento de la actividad humana socialmente necesaria pero no asalariada ni mercantil, es calificada de económicamente irrelevante por no ser directamente lucrativa.

Forman parte de estas labores invisibles, inconsistentes, literalmente despreciables —pues no tienen precio—

lo que hacen los niños, lo que hacen los viejos, lo que hacemos todos fuera de los horarios laborales… y sobre todo lo que hacen las mujeres que, sean o no asalariadas, tienen que asumir íntegra la carga del presuntamente fútil trajín doméstico.

Estas labores, que abordé aquí desde la alimentación pero que incluyen salud, educación, vestido y vivienda, además de la vital tarea de preservar y transmitir la memoria comunitaria contando historias, han estado injustamente distribuidas desde tiempos inmemoriales.

Sin embargo, no siempre fueron desvalorizadas ni menos invisibilizadas, pues en la familia campesina clásica o paradigmática, producción y reproducción son partes de un continuo. Un continuo en el que todo es igualmente importante: cultivar es reproducir la vida en la parcela, cocinar es reproducir la vida en el hogar. A medio camino entre la milpa y el fogón, el traspatio o solar es emblema del estrecho engarce producción-consumo que preservan la mayoría de los hogares campesinos.

Sobre los solares escribe Lorena Paz Paredes en *Traspatio: la milpa de las mujeres*:

> A diferencia de la milpa, donde se hace biodiversidad estacional por un rato y hasta que llega el tiempo de cosecha, el del traspatio es un proceso biológico ininterrumpido, un permanente caleidoscopio de vida vegetal que supera a la milpa más compleja.

La especialización e intensificación que demanda el mercado capitalista dejan su marca primero en la dimensión

agrícola de la vida campesina, induciendo o forzando la progresiva sustitución de la milpa por el monocultivo y los agrovenenos. Y es el campesino como responsable de la viabilidad económica del hogar el que de grado o por fuerza asume las tóxicas prácticas del agronegocio.

Pero mientras que el varón va cambiando silenciosamente de paradigma, la mujer sigue haciendo milpa. No por terca sino porque la naturaleza misma de las labores domésticas dificulta, sino es que imposibilita la adopción del modelo de hogar que promueve la modernidad.

Quiera que no, la mujer campesina tiene que hacerlo todo a la vez, organizando su espacio y su tiempo para atender intercaladas las innumerables labores que constituyen su cotidiano quehacer. Agricultora, marchanta, cocinera, maestra, lavandera, afanadora, costurera, doctora, sexoservidora… la mujer campesina tiene que resolver los problemas, no con los recursos adecuados sino con lo que tiene a la mano. Las mujeres, las campesinas y las otras, son artista del bricolaje.

En las mujeres está la reserva de campesinidad que mantiene a flote a las cada vez más erosionadas comunidades rurales. El campesino mexicano tiene rostro de mujer. Las mujeres son el agro profundo.

Y esto hay que tenerlo presente cuando se impulsa una transición agroecológica. Mudanza que será no sólo una conversión técnica sino una verdadera revolución, sí y sólo si asume que su emblema y paradigma es la imagen-concepto ancestral que formulamos como "hacer milpa". Un modo de ser que incluye a la totalidad de la vida campesina y que involucra por igual a las mujeres y a los hombres.

Quizá porque era *gay*, Salvador Novo siempre valoró y practicó el arte culinario. El autor de la *Nueva grandeza mexicana* pasó literalmente del closet a la cocina y en sus textos celebra no tanto al maíz como a las tortillas y a quien las hace. En su imprescindible *Cocina mexicana: Historia gastronómica de la Ciudad de México,* escribe Novo:

> El maíz se había reblandecido toda la noche en el agua con *tequesquitl* de un barreño.
>
> Ahora la mujer lo molería en el *metatl*, como Quilaztli la germinadora molió los huesos del padre Quetzalcóatl.
>
> Bajaría con el *metlapil* una y otra vez y hasta la tersura, las oleadas de la espuma blanquísima del *nixtamal* deslizada sobre el mar negro y firme del *metatl.*
>
> Mientras tanto la leña chisporroteaba en el *tecuil*, bajo el *comalli.*
>
> Luego, con las pequeñas manos húmedas, cogería el testal para irlo engrandeciendo a palmadas rítmicas, adelgazando, redondeando… Hasta tener la tortilla perfecta que acostar, como a un recién nacido, sobre el *comalli* sostenido en alto con tres piedras rituales por Xuihtecuhtli, el dios viejo del fuego.
>
> La tortilla se inflaría como si hubiera cobrado vida, como si quisiera volar, ascender; como si Ehcátl la hubiera insuflado.
>
> Era el momento de retirarla dulcemente del *comalli*; cuando ya tuviera, sobre la carne de nues-

tra carne, de nuestro sustento, una otra delicada epidermis. El momento de ponerlas una sobre otra en el *tenate* como otros tantos pétalos de una flor comestible.

Hasta aquí Novo.

Echar tortillas ha sido ancestralmente un rito consagratorio oficiado por mujeres y echar tortillas es tan importante como sembrar y cosechar maíz. Que no se nos olvide.

Carestía alimentaria y conversión agroecológica

> *Sí hay que impulsar la producción comercial… pero vamos primero abajo, vamos a que coman los que nos dan de comer, vamos primero a ayudar a que produzcan los campesinos más pobres.*
>
> Andrés Manuel López Obrador.
> 13 de mayo de 2022.

A mediados de mayo de 2022 en medio de una inflación que encarecía particularmente los alimentos, el presidente de la República anunció una *Campaña nacional de producción para el autoconsumo,* encabezando cinco amplias reuniones regionales con agrónomos y extensionistas en Monterrey, Jalisco, Veracruz, Puebla y la Ciudad de México.

Las jornadas formaban parte del *Paquete contra la inflación y la carestía,* que en lo tocante al agro se propone la suma de esfuerzos de los programas *Producción para el bienestar* y *Sembrando vida,* la ampliación a nueve estados de *Fertilizantes para el bienestar,* el fomento a la producción de abonos orgánicos, la formación de una reserva estratégica de maíz, entre otras acciones.

El *Paquete contra la inflación y la carestía* era para tratar de controlar el alza de precios en general, pero el tema en que se centró el presidente López Obrador fue

el fortalecimiento de la producción campesina de autoconsumo que, si bien, directamente no beneficia más que a un diez por ciento de la población, se focaliza en los más pobres. "Que coman los que nos dan de comer", dijo el presidente, citando al poeta Carlos Pellicer.

Llama poderosamente la atención el énfasis presidencial en lo que he llamado "milpa ampliada", a la que él llamó "economía campesina integrada" y que incluye el clásico policultivo parcelario con maíz, frijol, calabaza…, pero también la huerta, el traspatio y la ganadería mayor y menor. "Tenemos que adaptar nuestra tradición a los cambios que se han venido ocurriendo, pero no olvidar de dónde venimos", dijo.

No siempre milpera, pero sí diversificada, en el primer año de la Covid-19 la economía campesina demostró ser notablemente resiliente. En 2020, cuando la industria y los servicios se desplomaban, la actividad agropecuaria crecía cerca del dos por ciento. Es verdad que como actividad esencial el conjunto de la agricultura no interrumpió sus labores, pero hay indicios de que los campesinos pequeños y medianos que producen bienes de consumo ese año sembraron más. En parte porque las opciones de trabajo en el turismo o la construcción se cerraron y muchos que jornaleaban se quedaron o regresaron incorporándose a las labores agrícolas, pero también porque el autoabasto es la red de protección de los campesinos ante las crisis, y en este caso la emplearon y les funcionó.

La resiliencia de la economía campesina y los plausibles apoyos que ha recibido del gobierno de la 4T son buenas noticias, lo que no significa que la autosuficiencia alimentaria que se propuso López Obrador se

esté alcanzando. De hecho, en este tema estamos igual que hace cuatro años. Desde el inicio del siglo XXI las importaciones de granos básicos como porcentaje del consumo, es decir, la dependencia alimentaria en este rubro, habían venido aumentando consistentemente. De 2019 en adelante la curva ascendente se aplanó, es decir que la diferencia entre la producción y el consumo no aumentó, pero tampoco disminuyó. La dependencia en la soya, que en 2018 era de 94%, en 2021 era de 96%; la del arroz pasó de 85 a 81%; la del trigo de 70 a 67%; la del maíz de 39 a 38%, y la del frijol se mantuvo en 12%. Preocupa particularmente que la producción de maíz que desde el arranque del siglo se había venido incrementando, de 2018 en adelante se estancó en 27 millones de toneladas mientras que el consumo sigue creciendo. El resultado es que entre 2019 y 2021 se importó un total de 50 millones de toneladas de maíz, 16.5 anuales en promedio.

El apoyo gubernamental a los pequeños agricultores parcialmente autoconsuntivos reforzado en las *Jornadas*… no conduce por sí mismo a la soberanía y seguridad alimentaria, que requiere también de lo que aportan los medianos y grandes productores. Es, sin embargo, un fomento público insoslayable, pues además de su función productiva tiene una importante función social: sacar de la pobreza a uno de los sectores más vulnerables.

Gracias al decidido enfoque agroecológico que López Obrador dio a las *Jornadas*… éstas adquirieron una relevancia adicional como espaldarazo de la Presidencia de la República a un paradigma ambiental, eco-

nómica y socialmente sustentable; un virtuoso modelo productivo que no sólo vale para la agricultura campesina, vale también para la agricultura en general.

"Ya no se puede regresar a lo de antes, ya no es nada más el maíz y el frijol y la calabaza y la yuca para la engorda de los animales… Ya no es igual, ahora es distinto. Sin embargo, existe esta tradición y hay que reforzarla", dijo López Obrador.

Y esta tradición a reforzar es un modo de producir —y de vivir— que puede incorporar los aportes tecnológicos y sociales de la modernidad sin renunciar a sus principios sustantivos.

Pero no basta recuperar y renovar las virtudes de la agricultura campesina. Debemos aspirar a que, así como los pequeños agricultores se apropian de las innovaciones valiosas, así los medianos y grandes productores agropecuarios hagan suyas algunas de las estrategias que hacen sustentables y resilientes a los campesinos.

En ciertas condiciones agroecológicas el monocultivo no sólo es admisible sino pertinente y la agricultura comercial intensiva y de gran escala no tiene por qué ser ecocida. Y si este sector de la producción agropecuaria está ahí y es parte de la estrategia de autosuficiencia en alimentos, las leyes, normas, políticas y programas públicos agropecuarios bien podrían inducir su progresiva transformación, de modo que la soberanía alimentaria empezara a caminar con sus dos piernas.

Los principios agroecológicos que han incorporado programas como Producción para el bienestar y Sembrando vida no valen sólo para los pequeños agricultores y para la producción de autoconsumo, sus conceptos

básicos son válidos también para las empresas agrícolas medianas y grandes. En esta perspectiva, pertinentes campañas como las *Jornadas nacionales para la producción de autoconsumo* podrían ampliarse y hacerse más incluyentes deviniendo *Jornadas nacionales por una producción alimentaria multimodal suficiente, adecuada y sustentable*.

Avatares, tribulaciones y reivindicación del campo chilango

> *La cual ciudad es tan grande y de gran admiración… porque es mayor que Granada… y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra que es de pan y de aves y de caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen y muy buenas… Tiene esta provincia muchos valles llanos y hermosos y todos labrados y sembrados sin haber en ello cosa vacua.*
>
> Hernán Cortés.
> *Segunda Carta de Relación*, 1520

Las brujas de Parres que salen por las noches a espantar cristianos y chupar criaturitas despiden por las axilas una luz verde como de semáforo. Y son ahorrativas esas brujas, pues cuando montan en sus escobas para revolotear por los pueblos aluzando verde, llevan la pura parte superior del cuerpo.

Historias rústicas como la anterior las cuentan los vecinos de este pueblo de Tlalpan, también conocido como El guarda, y ubicado en las orillas de la metrópoli. Y es que a pesar de que a los chilangos de banqueta luego se nos olvida, nuestra ciudad también es campo. De hecho, la mayor parte de su territorio es rural: cerca de 80 mil hectáreas de montes, bosques, ríos, lagos, humedales, manantiales, siembras y potreros, donde viven

los chilangos de surco, donde aún se escucha el náhuatl y donde de vez en cuando se apersonan nahuales, chaneques y sincréticas brujas nahualli como las de Parres.

Con 5 000 coches por cada vaca; 3 500 por cada borrego, 1 500 por cada cerdo, 400 por cada gallina y apenas uno de cada mil chilangos viviendo en el medio rural, se podría pensar que el campo de la metrópoli es extenso pero irrelevante. Grave error. Del entorno natural y agrario de la ciudad dependen el aire, el agua, el clima, el paisaje, la cultura y si no la mayor, sí la mejor parte de lo que comemos.

Hoy, cuando el cambio climático provoca sequías bíblicas importa recordar de dónde viene el agua que tomamos los chilangos. En los viejos tiempos, una veintena de ríos que descendían de la serranía Ajusco Chichinauatzin colmaban el lago donde, con los años, fuimos asentando nuestra ciudad. Desde hace mucho desaparecieron casi todos, pero la lluvia que captan las montañas sigue fluyendo por debajo y alimenta los mantos freáticos de los que extraemos tres cuartas partes del agua que se emplea en la capital. El arco montañoso del sur y el poniente aún nos da de beber y no podemos seguirlo cubriendo de cemento.

Una buena ciudad es la que tiene un buen entorno rural y se lleva bien con él. Pero una buena ciudad es también la que tiene historia y no la ha olvidado. Como los árboles, las ciudades tienen raíces. Ser habitantes de una ciudad conectada con otras muchas ciudades nos hace cosmopolitas, y está bien, pero habitar una ciudad que recuerda sus orígenes nos da identidad, y está me-

jor. Nuestra ciudad se nutre de los sedimentos culturales acumulados en el sitio donde hunde sus raíces, pero también se alimenta de la cultura de los avecindados: inmigrantes que trajeron colores, olores, sabores de sus lugares de origen. La ciudad es crisol donde se amalgama la diversidad, terruño de terruños, molcajete de todos los chiles, caldero de culturas.

Los errabundos chichimecas que fundaron la ciudad en una isleta del lago se asentaron donde pudieron. Pero el resultado fue muy afortunado, pues las bondades del entorno y el ingenio de quienes lo poblaban, permitieron alimentar una conurbación que llegó a tener 200 mil habitantes. "Hay sementeras hechas en medio de la laguna, que están fundadas sobre la propia agua y con sus camellones llenos de mil diferencias de semillas y yerbas e infinitas flores, que si no es viéndolo no se puede bien figurar cómo es… La ciudad de México esta fincada sobre esa laguna", escribió en 1590 el jesuita Joseph de Acosta, maravillado por las chinampas.

Doscientos años después ese pródigo entorno seguía alimentando a la Ciudad, ahora colonial. "¡Habitantes del Valle de México! Vivid satisfechos, porque vuestro suelo no cede a ningún otro, ya se considere su abundancia de inocentes aguas y víveres, lo benigno de su temperatura o la hermosura de sus contornos… ¿Qué felicidad mayor puede haber en el mundo que la de habitar en un lugar saludable y bien servido de alimentos? Pues éste es el Valle de México", escribió en 1790 el también sacerdote Antonio de Alzate.

Por entonces, según registros de la Real Aduana, para alimentar a la ciudad se necesitaban anualmente

dos mil toneladas de maíz en grano e incontables tortillas, chalupas, memelas, tlacoyos, totopos y tamales, que entraban procesados y sobre los que no se tenía control; también 330 mil carneros, 37 mil cerdos, 20 mil reses y cerca de 25 millones de litros de pulque… casi todo provisto por su entorno rural. El mismo Alzate menciona que del feraz agro periurbano llegaban en abundancia a la ciudad por los canales y a bordo de trajineras granos, hortalizas, fruta, miel, neutle, ganado mayor y menor, pescado, aves…

Sin embargo para fines del siglo XVIII la relación entre la voraz metrópoli y su entorno natural y agrícola ya se empezaba a torcer haciéndose evidente "lo que ha padecido y sufrirá la ciudad por haberla establecido en este sitio", como escribe el ilustrado naturalista, quien lamenta principalmente los males que ocasiona la desecación de los lagos, pues las tierras ganadas son incultivables por el tequesquite, el clima antes benigno se deteriora y disminuye la fauna lacustre —aves, peces, reptiles, insectos— de la que se alimenta la gente pobre. Por otra parte, la imparable deforestación provoca que disminuyan las lluvias y se sequen los manantiales. Finalmente el polvo que se levanta de las zonas desecadas, el humo del carbón y la leña que queman las panaderías, fábricas de jabón, tocinerías e innumerables fogones, contaminan la atmósfera. "Después de nacido el sol y antes de ocultarse se ve el cielo de México muy ofuscado, parece que una delgada nube lo cubre y ésta es señal segura de que su atmósfera no es muy sana", escribe el naturalista, señalando una "opacidad" que

empezó hace doscientos cincuenta años y no hemos logrado desvanecer.

Problemas que de momento no se agravan, pues por 50 años la ciudad se pasma territorial y demográficamente, tanto que para mediados del siglo XIX apenas ha recuperado la población que tuvo Tenochtitlán en su mejor momento. Morosidad que en la segunda mitad del siglo se torna aceleración, de modo que, al término del porfiriato ya viven en la capital cerca del medio millón de personas; la mancha urbana ha crecido cinco veces y el infausto modelo ha quedado establecido: las construcciones avanzan, el que fuera pródigo campo retrocede y la ciudad vuelta megalópolis enferma.

Pero como el dinosaurio de Monterroso, el campo chilango sigue ahí, y desde que la izquierda gobierna esta ciudad las cosas empezaron a cambiar. La Constitución chilanga de 2017 reconoce los derechos de los pueblos originarios e indígenas avecindados, lo que permitió a los primeros integrar Consejos Comunitarios que negocian sus intereses con las alcaldías. Y en lo agrario, con López Obrador en la jefatura de gobierno y Claudia Sheinbaum en la Secretaría del Medio Ambiente se aprobó una Ley que mandata la preservación del entorno natural y agrícola de la ciudad. Plausible norma que, sin embargo, no bastó para frenar su decadencia. Así, hace cuatro años, cuando la que había sido secretaria llegó a la jefatura de gobierno, el presupuesto anual para el campo era de apenas 200 millones de pesos, dinero que con frecuencia terminaba en los bolsillos de los líderes de las organizaciones clientelares.

De arranque la nueva mandataria lo quintuplicó y los mil millones asignados llegaron íntegros a su destino: la conservación de los bosques y el fomento de la producción agropecuaria.

Claudia Sheinbaum, jefa de gobierno, Marina Robles, titular de la Secretaría del Medioambiente (Sedema) y Columba López, directora de la Comisión de Recursos Naturales y Desarrollo Rural (Corenadr) son las tres mujeres responsables de que la ética del cuidado impere en las políticas rurales de la ciudad encuadradas en el programa llamado Altépetl. Y tres son sus líneas de trabajo: la que nombran *Cuautlán*, que significa lugar de árboles y se orienta a la preservación de los bosques, la que llaman *Centli,* que en náhuatl quiere decir maíz y se ocupa del fomento a la producción agropecuaria, y la que bautizaron como *Nelhuayotl*, que significa raíz, y busca la conservación y fomento del rico patrimonio biocultural de la ciudad.

Desde que era secretaria de recursos naturales y ahora como jefa de gobierno, Claudia prohibió la siembra de maíz transgénico, desalentó el uso de agrotóxicos e impulsó el empleo de insumos biológicos. El saldo: cerca de tres mil productores agroecológicos, 230 de los cuales están certificados con el Sello Verde que creó el gobierno local. Su intención es que en el campo de la ciudad se siembren sólo semillas nativas, para lo que creó un Banco de Germoplasma. Al comenzar esta administración había 1 100 hectáreas de riego, hoy hay 2 200, y 5 400 hectáreas de tierras de labor que estaban ociosas ahora se cultivan. Se está combatiendo la mancha ne-

gra que daña la importantísima producción del nopal. Para revitalizar los bosques se sembraron 26 millones de arbolitos provenientes de los viveros de Corenadr. Las mil vacas de la cuenca lechera están libres de brucelosis. El año pasado se produjeron tres millones y medio de plantas de flor de cempasúchil que se vendieron en todo el país. Particularmente relevante es que el 44% de los destinatarios de los programas son mujeres. Éstas y otras acciones se impulsan a través de Comunidades de Aprendizaje Campesino en las que participan ocho mil agricultores…

Semanas después de su toma de posesión como jefa de gobierno, Claudia firmó un convenio de colaboración con 35 núcleos agrarios. En esa ocasión ratificó su convicción de que "no se puede planear nada en suelo de conservación, si no es de acuerdo con los propietarios de las tierras" y se comprometió con ellos a invertir en el campo mil millones de pesos, no sólo ese año, sino también los siguientes.

Y la prioridad se ha mantenido en términos presupuestales, de modo que en 2022 se destinaron al campo los mil millones de pesos prometidos, más 90 mil para compensar la inflación. Pero la voluntad de una administración no es suficiente, de modo que el 27 de agosto, en San Francisco Tlalnepantla, la mandataria hizo un anuncio trascendente: "No podemos permitir que venga un gobierno de la Ciudad que no apoye al campo como lo hacemos nosotros. Entonces hay que volverlo ley. Vamos a ver si incorporamos a la Constitución de la Ciudad de México que el campo que hay en la urbe y

la conservación de los bosques siempre deben tener más recursos, y no menos".

Incorporar a la Constitución la obligación de que el monto de los recursos destinados al entorno boscoso y rural no disminuya en términos reales es reconocer que el cuidado del campo del campo —de la naturaleza, de la agricultura y de la vida campesina, que es parte sustantiva de la política de bienestar que preconiza el gobierno de López Obrador— también también vale para la ciudad. Y es particularmente relevante cuando el sexenio entra en su último tercio y tanto el presidente de la República como la jefa de gobierno comienzan a preocuparse por su herencia. Hace 25 años que la izquierda gobierna la ciudad y cuatro que gobierna el país y hoy el campo es prioritario en ambas administraciones. Debe seguirlo siendo.

En 2019 se eliminó el sesgo anticampesino y dependentista en lo alimentario que los gobiernos neoliberales habían impreso en las políticas rurales y desde entonces vamos avanzando por el rumbo correcto. Pero aún falta mucho: seguimos importando enormes cantidades de alimentos —incluyendo maíz, trigo, frijol y arroz— que son básicos, y lo hacemos a precios que la inflación globalizada, las sequías y la guerra en Ucrania elevan hasta los cielos. Producción para el bienestar, que es un programa de transferencias monetarias, tiene una vertiente de acompañamiento técnico orientada a la transición agroecológica y la producción de biofertilizantes a la que el presidente de la República apostó para evitar que la reciente carestía alimentaria golpee demasiado a

los más pobres, pero aún son muy pocos y chicos los productores agroecológicos y su aporte a la seguridad alimentaria es limitado. La agroexportación va viento en popa y genera divisas, pero su expansión se sustenta en el despojo y su modelo tecnológico es predador. Los recursos públicos para el campo ya no son interceptados por los liderazgos de las organizaciones clientelares, pero tampoco han surgido organizaciones campesinas productivas que potencien el efecto de los programas gubernamentales…

En el campo falta mucho por hacer y es necesario mantener el rumbo. Por eso es importante recalcar lo que dijo la jefa de gobierno hace unas semanas: "No podemos permitir que llegue un gobierno que no apoye al campo como lo hacemos nosotros". No sé si será Claudia, pero el campo chilango es espejo del campo nacional y quien vaya a ser deberá mantener en el próximo sexenio el espíritu y la visión ruralista con los que en la ciudad y el país se ha venido trabajando.

HEIDEGGER Y LOS ZAPATOS DE LAS CAMPESINAS

Nos hablan de la angustia ante la llegada del parto y del temblor ante el acecho de la muerte.

Martin Heidegger.
Holzwege

El principio y el fin. En los dos acontecimientos límite que son nacer y morir está presente la mujer como acompañante de quien transita: la mujer que da a luz y la mujer que amortaja. Y si en la muerte se apersona la nada en la parición se hace patente el ser.

El parto —me dicen— es una experiencia pura, dura y desnuda, donde trascendiendo la contingencia del alumbramiento, emerge la vida como revelación. Epifanía como todas universal, pero a la vez radicalmente femenina; femenina en un sentido ontológico y no sólo biológico.

La muerte como experiencia póstuma no tiene género, el nacimiento sí lo tiene. Y es que con independencia del sexo del nacido es siempre una mujer la que lo trae al mundo; la que oficia el tránsito de la biología a la humanidad, de la naturaleza encerrada en sí misma al mundo abierto de las infinitas posibilidades.

La engendradora por antonomasia no es la naturaleza en general, sino la mujer. El verdadero milagro de

la vida es el de la vida humana, y sólo por generosa analogía se lo atribuimos a una "Madre Natura" cuya creatividad es de otro orden; lo suyo es causalidad y azar, lo nuestro es imaginación y riesgo; lo suyo es evolución, lo nuestro es historia.

Porque, además, aunque que le pese al biologicismo falsamente cristiano de Provida, el auténtico origen del embarazo deseable no es físico sino metafísico, no la inseminación sino el acto de amor por un todavía inexistente. Y el parto tiene una dimensión obstétrica y otra ontológica; es en sentido estricto una iluminación.
La intransferible feminidad de la desnuda experiencia de parir —labor metafísica por la que el ser se asoma tras los entes— confiere una especial profundidad a otras manifestaciones de lo femenino.

No es casual entonces que cuando el filósofo Martin Heidegger trata de explicarnos cómo es que en las obras de arte el ser se deja ver tras los entes representados, se refiera al par de rústicos zapatos que en varias ocasiones pintó Van Gogh; unas gastadas botas de campesina, unos zapatones de mujer. Calzado usado por una mujer de la tierra, quien no tiene que aparecer en la pintura para ser parte de la alegoría que, remitiendo los zapatos al andar, nos revela un mundo regido por el nacer y el morir.

Los escritos de Heidegger son oscuros, crípticos, difíciles de entender, pero cuando tiene que poner en palabras lo que ve en la pintura de Van Gogh su voz se vuelve transparente, límpida, casi literaria… quizá porque sólo el arte puede traducir lo que hay en el arte.

Lo que sigue lo escribió el alemán a mediados de los años treinta del pasado siglo y se publicó en una compilación de textos titulada *Holzwege*, palabra que significa caminos en el bosque.

"Van Gogh pintó repetidamente esta clase de calzado. Pero, ¿qué es lo que hay que ver ahí? Por el cuadro ni siquiera podemos determinar dónde están estos zapatos. Son los zapatos de una campesina y nada más. Y sin embargo…

"Por la oscura apertura del gastado interior del zapato se avizora la fatiga en los pasos de la labradora. En su tosca pesadez se acumula la tenacidad de su lenta marcha por los surcos simétricos que se extienden a lo lejos en el campo que azota el viento. Sobre su piel se deposita la hastiada humedad del suelo. Bajo sus suelas se desliza la soledad de las veredas al caer el día. En el zapato vibra el apagado llamamiento de la tierra, su silencioso regalo de granos maduros y también su fracaso en los áridos yermos del campo invernal.

"Estos zapatos nos hablan sin lamento de la preocupación por el pan, de la silenciosa alegría por haber esquivado una vez más a la miseria. Nos hablan de la angustia ante la llegada del parto y del temblor ante el acecho de la muerte. Estos zapatos pertenecen a la tierra, pero también al mundo de la campesina que los guarda y los usa.

"Gracias al cuadro tal vez veamos todo eso en los zapatos. La campesina simplemente los lleva, en un llevar que sin embargo no tiene nada de simple. Cada vez que muy entrada la noche la campesina se quita cansada los zapatos, cada vez que al alba y aún a oscuras se los

vuelve a poner o los cambia por otros el día de la fiesta, entonces ella sabe todo esto. Lo sabe sin reflexionar. Para la campesina y para quienes viven de esa manera, la tierra existe a través de estos zapatos y de sus demás herramientas. El cuadro de Van Gogh nos muestra lo que en realidad son ese par de zapatos que relucen en la desnudez de su ser; nos muestra lo que nosotros llamamos su verdad".

La verdad de las cosas, su ser que se hace patente de muchas formas y sin que para ello haga falta reflexionar, se muestra también y con excepcional potencia en aquellos momentos límite que interrumpiendo el curso rutinario de los hechos desnudan de prejuicios intelectuales y emocionales nuestra conciencia obligándonos a intuir lo que está más allá (o más acá), lo que subyace. Me dicen que el parto es uno de esos momentos.

Verde tumulto

Somos indirítalas
Árbol frondosórolo
del verde pradórolo
que yo he soñadórolo
en mi niñez…

Juego infantil

El bosque no es sólo un lugar poblado de árboles y matas, como dice el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, el bosque es uno de los ecosistemas más sutiles, complejos y diversos del mundo vegetal. Conformado ciertamente por árboles, arbustos, palmas y matorrales, es también hábitat de innumerables especies de insectos, aves, mamíferos, reptiles, así como de helechos, líquenes, bromelias y hongos. Además de los protozoarios, bacterias y virus microscópicos que hoy tanto nos preocupan.

Sitio de pastoreo, reservorio de caza, pesca y recolección, provisión de leña, almacén de materiales para la construcción, botica comunitaria, el bosque no se agota sin embargo en su aprovechamiento diversificado, hay también en él, mito y magia. El bosque es cultura; cultura milenaria sedimentada en el imaginario colectivo de la especie.

Como los desiertos, las estepas y los mares, la floresta indómita es ámbito de experiencias metafísicas que remiten a la fragilidad de los seres humanos inmersos en la naturaleza. La civilización occidental emergió de los

bosques como otras lo hicieron de los oasis en el desierto, de manchones fértiles en la estepa, de claros en la selva.

Más allá de su dimensión biológica, social y económica, el bosque tiene una dimensión simbólica como territorio privilegiado de la otredad, como reducto de horrores y maravillas, como seducción y como espanto. La floresta es un mundo mítico poblado de faunos, cíclopes y centauros; de hadas, elfos y gnomos; de chaneques aluxes, chilobos y nahuales; presencias paganas que nos acechan desde el bosque y desde el sueño que en el fondo es lo mismo.

Reducto del inconsciente colectivo de una humanidad progresivamente arracimada en aldeas y ciudades; en el bosque vive el legendario lobo de Caperucita, pero ha sido también refugio de locos, leprosos, ermitaños y anacoretas; despoblado donde sesionaban los sismáticos y donde las brujas celebraban sus aquelarres a la luz de la luna; motel de amantes clandestinos; territorio liberado donde prófugos, bandidos generosos y conspiradores dictaban su ley.

En el tercer milenio nuestras selvas y bosques siguen preservando al México profundo: la seductora Xtabay todavía nos espera entre las ceibas; por las veredas remontadas aún se apersonan los nahuales… o de perdida el narco; bajo su protección se forjaron algunas de las utopías más seductoras de los últimos tiempos.

Y los bosques son nuestros. México tiene aún 64 millones de hectáreas arboladas que representan el 32% del territorio nacional. Bosques y selvas de los que el 80% es propiedad de unos 24 mil núcleos agrarios, nueve mil

de los cuales poseen superficies extensas de cuyo aprovechamiento podrían vivir dignamente y hasta con holgura. Sin embargo, la mayor parte de las comunidades y ejidos boscosos son pobres y nuestros recursos arbóreos se pierden a razón de 500 mil hectáreas anuales. Y es que *propiedad social* no equivale a *aprovechamiento social* y la mayor parte de las explotaciones silvícolas son negocios privados predadores, si no es que saqueos clandestinos y criminales, pues de un tiempo a esta parte el narco también se estableció en los bosques.

En un viejo escrito me referí a la "paradoja forestal de que en México los recursos silvícolas se desaprovechan y a la vez se destruyen. Dos fenómenos perversos que se muerden la cola, pues el subaprovechamiento va asociado con la explotación ecocida". Y es que cuando, por falta de permisos o de apoyos adecuados, los núcleos agrarios no pueden emprender proyectos silvícolas legales, remunerativos y sostenibles, las propias comunidades practican la tala clandestina o a cambio de un pago permiten que otros saqueen el recurso.

La salida está en impulsar una silvicultura comunitaria sustentable, que a la vez que preserve y regenere el bosque, proporcione una vida digna a sus poseedores. Una silvicultura que no se limite al corte y la venta en rollo, sino que procese la madera generando empleo y agregándole valor. En Durango, Chihuahua, Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Quintana Roo hay experiencias exitosas de este tipo, que las políticas públicas y (particularmente) la Comisión Nacional Forestal debieran impulsar.

Sembrando vida es un buen programa, que al fomentar —con acompañamiento—, insumos y transferencias

monetarias, una combinación de cultivos anuales, árboles frutales y árboles maderables en terrenos deforestados, genera ingresos sostenibles y recupera superficie arbórea. Pero los bosques son otra cosa: los auténticos bosques son ecosistemas extremadamente diversos y ancestrales que se están perdiendo y hay que preservar y restaurar. Tareas que realizarán las comunidades que son sus poseedoras si las políticas públicas les ayudan a desarrollar proyectos económica y ambientalmente sostenibles.

No todo es aprovechamiento sustentable de bosques naturales y reforestación agrosilvícola integral, también hay bosques cultivados en donde se combinan virtuosamente la vegetación originaria y la establecida en agroecosistemas de enorme diversidad. Los cafetales de montaña y bajo sombra son un buen ejemplo de este sistema de manejo agroforestal.

El *kuojtakiloyan*, que es como los náhuat de la sierra nororiental de Puebla llaman a sus cafetales, es un bosque cultivado, un agrobosque del que los macehuales obtienen una parte importante de su sustento.

En el *kuojtakiloyan* encontramos cafetos, pero también árboles maderables, cítricos, plátanos, capulines, zapotes, camotes, plantas de ornato, flores, una enorme cantidad de quelites y gran diversidad de hongos, además de innumerables insectos y animales. Una cambiante pero armónica convivencia inducida, un modelo de virtuosa y entrelazada diversidad que compite con el de la *milaj,* la milpa.

Aunque en realidad el *kuojtakiloyan* y la *milaj* no compiten, pues bosques cultivados, acahuales, milpas, traspatios, potreros y cañaverales, combinados con la

apicultura y la ganadería de especies mayores y menores, conforman lo que he llamado la "milpa ampliada", un orden productivo múltiple tan plural como lo es la naturaleza que busca aprovechar. Un paradigma agropecuario en el que se sustenta también un modo de vida comunitario, cuya fuerza radica en la polifonía concertada, cuya potencia está en lo que llaman "hacer milpa".

Los náhuat de la sierra poblana, representan con una imagen la idea que inspira el complejo formado por el bosque cultivado, la milpa, el traspatio, el potrero, el cañaveral, el acahual… Para ellos el principio de la diversidad entreverada y virtuosa encarna en el *petlasolkoat*, o veinte pies. Así se lo contaron a Patricia Moguel, quien lo transcribe:

> El *petlasolkoat* o veinte pies es un gusano que camina no sobre dos, cuatro o seis pies, sino sobre muchísimos. ¿Qué queremos decir con esto? Queremos decir que nosotros creemos que no debemos caminar o depender de un solo producto. Nuestras comunidades aprendieron a manejar sus recursos a partir del criterio de la diversidad, esto es que cuantos más productos pudiéramos obtener de varios sistemas productivos como nuestros bosques útiles *o kuajtakiloyan*, menos vulnerables estaríamos, no sólo de las condiciones del clima, sino de las bajadas y subidas de los precios.

Los macehuales de la sierra de Puebla dicen que los árboles tienen alma, un alma que se manifiesta a través de su sombra. Y porque los árboles tienen alma su crecimiento es material y a la vez espiritual. Por eso cuando

nace un niño cuelgan su cordón umbilical de las ramas de un árbol joven y vigoroso, que será su protector y crecerá junto con él.

De las calidades de las montañas

Las condiciones de las montañas son éstas: que tienen mucho heno muy verde, son airosas y ventosas, húmedas y en ellas hiela; son lugres tristes, y solitarios y llorosos, son lugares cavernosos y riscosos, y pedregosos y lodosos, y de tierra dulce y tierra amarilla; y lugares de grandes cuestas, y de grandes lomas riscosas llenas de heno, y llenas de árboles muy espesos, y también ralos.

Hay también llanuras en las montañas, y muchos maderos y árboles secos. Hay lugares sombríos en las montañas y hay piedras redondas, hay también tierras rasas en las montañas, y tierras llanas donde no hay hierbas ni heno; hay lugares peñascosos y cóncavos como valles; son también las montañas lugares espantosos y temerosos, donde moran bestias fieras, donde no hay recreación para los hombres, sino piedras secas y riscos y cuevas, donde moran tigres y osos y gatos cervales, y donde nacen magueyes silvestres y muy espinosos, y matas de zarzas y espinos, y tunas silvestres, y pinos muy recios.

Lugar donde cortan leña y madera, es lugar de donde arrastran vigas para edificar; y donde los vientos hacen grandes ruidos y remolinos.

Lugar de grandes fríos y heladas, y donde nadie vive, y donde no se hace ninguna cosa comestible; lugar de hambre y de frío, y donde se para yerto el cuerpo; lugar donde las bestias comen a los hombres y donde matan los hombres a traición.

Fray Bernardino de Sahagún. *Historia general de las cosas de la Nueva España.*

Propiedad territorial y pueblos originarios. Lo que va de *Semlia i Volia* a *Lu´um yetel Almahenil*

> *Enarbolad la bandera roja gritando con entusiasmo ¡Viva Tierra y Libertad! Pero no os conforméis con gritar: tomad la tierra y dadla al pueblo para que la trabaje sin amos.*
>
> Manifiesto de la Junta Organizadora
> del Partido Liberal Mexicano, mayo 1911.

Propiedad territorial y derechos de los pueblos originarios: dos temas diferentes pero entreverados, dos caras de una misma moneda. Porque el acceso campesino a la tierra es insuficiente sin el derecho a decidir sobre su uso y porque la autodeterminación se ejerce precisamente en los territorios. El binomio posesión del suelo que se cultiva y autonomía en la toma de decisiones se tradujo de antiguo en una fórmula entrañable que hermana a los campesinos de todo el planeta: Tierra y Libertad.

Contra la tendencia a compartimentar la vida en cajoneras temáticas autoreferenciales puede ser útil abordar las grandes cuestiones del movimiento rural contemporáneo de manera histórica e integral. Y la cuestión mayor, aquella de la que depende la existencia presente y futura de las mujeres y los hombres del campo, se resume en dos palabras raigales: Tierra y Libertad.

Por su hondura y universalidad la consigna tiene una larga historia. En México la asociamos con el zapatismo, y si bien el Ejercito Libertador del Sur nunca firmó con esa fórmula sus manifiestos y comunicados, desde 1911 Zapata y sus compañeros la utilizaban con frecuencia.

La habían tomado de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, que desde fines de 1910, empezó a emplearla sistemáticamente. Los magonistas —llamados así por el liderazgo de Ricardo Flores Magón— y los zapatistas surianos, coincidían en apostar por una revolución no sólo política, sino social. Coincidían también en que en un país marcado por el latifundismo y la dictadura, la reivindicación central y estratégica no podía ser otra que Tierra y Libertad.

Y así fue, pues la otra gran fuerza campesina que era el villismo se sumó al zapatista Plan de Ayala, y entre los dos movimientos hicieron de Tierra y Libertad la idea-fuerza de la Soberana Convención de Aguascalientes.

Pero los magonistas, cuya base social era más urbana y obrera que rural y campesina, no inventaron la consigna. La tomaron de los anarquistas españoles y la empezaron a usar a fines de 1910, cuando se dieron cuenta de que la insurgencia cada vez más extendida y radicalizada de los trabajadores del campo era el protagonista mayor y el sujeto histórico de la revolución por la que ellos venían trabajando desde 1904.

¡Tierra y Libertad! era la bandera que enarbolaban los campesinos españoles de Andalucía y Extremadura cuando en el último tercio del siglo XIX ocupaban latifundios. *Tierra y Libertad* fue el nombre del semanario ácrata que desde 1899 se publicó, primero en Madrid

y luego en Barcelona, y que Ricardo Flores Magón y sus compañeros —convertidos al anarquismo a partir de su exilio en 1904— conocían bien. De modo que, aunque no lo supieran, los campesinos morelenses recibieron la entrañable consigna de los campesinos anarquistas andaluces.

Pero el grito ¡Tierra y Libertad!, no se escuchó por vez primera en los campos españoles, llegó a la península a través de la red de activistas revolucionarios de la Asociación Internacional de los Trabajadores fundada en 1864. Y dentro de esta organización por los participantes en la corriente anarquista encabezada, por el ruso Mijail Bakunin, originario de un país donde los campesinos, los *mujiks*, no sólo eran mayoría, sino que desde el siglo XVII habían protagonizado multitudinarias revueltas contra los zares. Y cuando menos desde 1860 la bandera de estas luchas era *Semlia i Volia,* que en ruso significa Tierra y Libertad.

Semlia y Volia se llamó una fugaz organización fundada en 1862 en San Petersburgo y rápidamente diezmada por Alejandro II. Pero su nombre fue retomado por revolucionarios exiliados en Europa, como Alexander Herzen en su revista llamada *La campana*: "¿Qué necesita el pueblo? Simple y llanamente lo que el pueblo necesita es Tierra y Libertad"; y por el ideólogo y activista Bakunin, quien difundió por toda Europa la demanda del *mujik* ruso*: Semlia i Volia*. Consigna que tuvo eco en Italia y —sobre todo— en España.

Semlia i Volia-Tierra y Libertad viajó de las estepas rusas a las montañas de Morelos, pasando por los exiliados eslavos en Europa, por los campesinos insurrectos

de los campos andaluces y por los exiliados mexicanos en Estados Unidos. Y el viaje no terminó ahí, pues en 1913 un yucateco se incorporó a las filas zapatistas y cuando en 1915 regresó a su tierra se llevó muchas ideas revolucionarias y una consigna: Tierra y Libertad. El yucateco se llamaba Felipe Carrillo Puerto y con la fórmula traducida al maya como *Lu´um yetel Almehenil,* y puesta como lema del Partido Socialista del Sureste, encabezó la primera revolución indígena y socialista de América y del mundo.

Aunque Rusia es más bien Asia, se podría pensar que ese rastreo del origen de la consigna que le dio sentido a nuestra revolución es eurocéntrico: "Todo quieren que nos venga de allá —dirá alguno— hasta nuestras consignas más entrañables".

Para sacarme la espina busqué en el sur de nuestro continente genealogías geográficamente más cercanas… y las encontré. A mediados del siglo XIX, antes de que los *mujik* y Herzen hablaran de *Semlia i Volia*, los campesinos de una Venezuela ya independiente, pero aun sometida a la oligarquía colonial, se insurreccionan. Rebeldía rural retomada por el liberal radical Ezequiel Zamora, a quien le toca formular las consignas del movimiento: "Viva la libertad", "Viva el pueblo soberano", "Horror a la oligarquía", y la emblemática: "¡Tierra y hombres libres!"

Zamora sostenía que "la tierra no es de nadie, es de todos en uso y costumbre y, además, antes de la llegada de los españoles la tierra era común, como lo es el agua, el aire, el sol…", y la liberación de Barinas, en marzo de 1859, hace posible que se restituyan las tierras y por

un tiempo se establezca una suerte de comuna libertaria semejante a la que medio siglo después edificaría el zapatismo en Morelos: tierra y hombres libres.

Años más tarde, en los noventa del siglo XIX, los indios de las costas y de las sierras de Ecuador se alzan contra la expropiación de sus tierras y contra el peonaje, los encabeza Eloy Alfaro, un mestizo al que, sin embargo, los insurrectos llaman "El indio Alfaro". En sus discursos Alfaro reivindica la liberación de "la raza indígena, la oriunda y dueña del territorio antes de la conquista española, que continúa en su mayor parte sometida a la más oprobiosa esclavitud, a título de peones". Y naturalmente su consigna es: ¡Tierra y libertad!

Por cierto, tanto Zamora como Alfaro fueron acusados de anarquistas y cuando menos el primero había leído a Proudhon. "La propiedad que no proviene del trabajo, ciertamente es un robo", decía.

Devolución a las comunidades de los terrenos despojados y reconocimiento del derecho a la autogestión en esos ámbitos, es decir propiedad social y autonomías, es decir tierra y libertad… La doble dimensión de la consigna que materializa el zapatismo durante la fugaz "comuna de Morelos" al combinar restitución agraria y autogobierno. Pero la experiencia de emancipación campesina más completa, quizá porque siendo también efímera no ocurrió en medio de una guerra, sino en tiempos de paz, fue la yucateca desarrollada entre 1917 y 1923.

"Se restituirán a las comunidades las tierras y aguas que fueron despojadas. La nación reconoce el derecho tradicional e histórico que tienen los pueblos a

poseer y administrar sus terrenos en la forma en que juzguen conveniente", decía la Ley Agraria zapatista. "La revolución en Yucatán tiene un objetivo fundamental, hacer del indio maya un hombre libre, autosuficiente y seguro de sí mismo y, para esto, nuestra primera tarea ha sido redistribuir las tierras a nuestra gente, no a los individuos, sino a la comunidad" sostenía el dirigente social, líder partidario y a la postre gobernador Felipe Carrillo Puerto. Tierra y libertad, pues.

Sin embargo, en la frase emblemática falta algo. La histórica consigna obvia algo que Zapata y Carrillo Puerto tenían muy presente: entre la tierra y la libertad media la producción. Para el suriano fue la recuperación de la milpa, para el peninsular la vuelta al maíz. Porque sin apropiación productiva no se posee la tierra ni se ejerce la libertad. Así, los dos impulsaron enérgicamente la siembra de alimentos, sin olvidar el cultivo de materias primas que generan ingresos monetarios: en Morelos fue la caña destinada a los ingenios azucareros y en Yucatán el agave henequenero destinado a las desfibradoras.

En el balance que hoy hacemos sobre la situación de la tenencia de la tierra y el estado que guardan los derechos de los pueblos originarios, sería necesario incluir las condiciones en que se encuentra la agricultura campesina: tanto la producción de básicos —maíz, frijol, etc.—, como la de cultivos industriales —café, tabaco, cacao, miel, madera—. Tierra, libertad… y buena agricultura campesina. Con menos no la hacemos.

Una propuesta revolucionaria. El reordenamiento territorial de México según *El Nigromante*

> *Ya tome yo por base los hombres, ya los territorios que habitan descubro que una nueva división territorial es una necesidad imperiosa.*
>
> Ignacio Ramírez

Hace exactamente doscientos años nació Ignacio Ramírez, conocido como *El Nigromante*. Se le recuerda por muchas cosas, no —hasta donde yo sé— por una iniciativa inusitada que aquí traeré a colación.

"Reordenar los territorios" es lo de hoy. En lo académico la regionalización por ecosistemas, la irrupción de la geografía crítica y el renovado interés por espacializar las relaciones sociales; en lo político la creciente preocupación por lo territorial suscitada por las reivindicaciones autonómicas de los pueblos originarios y por la ofensiva de ciertos megaproyectos sobre las tierras de las comunidades, han dado lugar a diversas propuestas de reordenamiento de las regiones —y del país entero— con criterios ecológicos y etnográficos.

Conceptos e iniciativas muy pertinentes pero que, como de costumbre, se presentan como innovadores e inéditos cuando en verdad tienen enjundiosos antecedentes. Tal es el caso de algunas de las insólitas propues-

tas de Ignacio Ramírez, en el Congreso Constituyente de 1856-57.

Pero primero el personaje.

"No hay Dios"

La Academia de San Juan de Letrán, fundada en 1836 y que se reunía en el Colegio del que tomó su nombre en torno a escritores como Guillermo Prieto y Andrés Quintana Roo, por dos décadas congregó a literatos del más diverso pelaje político y literario, entre ellos el *think tank* de Benito Juárez, núcleo impulsor de las Leyes de Reforma.

A poco de creada la agrupación, un joven estrafalario se apersona en una de sus sesiones. Así lo cuenta Guillermo Prieto en un texto que reproduzco ligeramente abreviado.

> Una tarde de Academia, después de oscurecer, percibimos al reflejo verdoso de la bujía que nos alumbraba, en el hueco de una puerta, un bulto inmóvil y silencioso que parecía como que esperaba una voz para penetrar en nuestro recinto.
>
> Lo vio el señor Quintana y dijo: ¡adelante!
>
> Entonces vimos acercarse un personaje envuelto en un copón o barragán desgarrado, con un bosque de cabellos erizos por remate. Representaba el aparecido 18 o 20 años. Su tez era oscura, pero con el oscuro de la sombra; sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla tristísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada; boca sarcástica; el vestido era un prodigio de abandono y descuido; abundaba en rasgones y chirlos, en huelgas y descarríos…

—¿Qué mandaba usted?

—Deseo leer una composición para que ustedes decidan si puedo pertenecer a esta Academia.

En el auditorio reinaba un silencio profundo.

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puño de papeles de todos tamaños y colores; algunos impresos por un lado, otros en tiras como recortes de moldes de vestido, y avisos de toros o de teatro. Arregló esa baraja y leyó con tono seguro e insolente el título que decía: "No hay Dios".

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo no hubiera producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía dodo aquello con despreciativa inmovilidad.

El señor Iturralde dijo:

—Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; es un establecimiento de educación.

—Pues yo no presido donde hay mordaza, dijo Quintana, levantándose de su asiento.

—Triste reunión de literatos, exclamó Guevara, la que se convierte en reunión de aduaneros que declaran contrabando el pensamiento.

—Que hable Ramírez…

Y Ramírez habló. Habló de "astronomía, matemáticas, zoología, el jeroglífico y la letra, el dios… Todo sin esfuerzo y empleando el decir fluido de Heródoto o la risa franca y picaresca de Rabelais…" Era el suyo un desbordado y retador discurso unas veces oral y otras veces escrito, que se prolongaría hasta el día de su muerte y con el que se anticipó a las ideas de su tiempo sacando de quicio a los espíritus pacatos.

El Nigromante sería excepcional, si no hubiera tantos personajes extraordinarios en el siglo XIX mexicano. Ignacio Ramírez es conocido por el arriba citado discurso de ingreso a la Academia de San Juan de Letrán. Pero hay mucho más en su vida: desde 1845, en que fundó *Don Simplicio,* creó o colaboró en periódicos como *Themis Decalion* (donde publicó el artículo 1 "A los indios", por el que fue acusado y enjuiciado) *El clamor progresista, La insurrección, El Correo de México,* entre otros. Santa Anna lo encarceló en Tlatelolco, más tarde Comonfort lo mandó a prisión y luego regresó a Tlatelolco por órdenes de Tomás Mejía. Por luchar contra la intervención francesa, Maximiliano lo mando primero a los calabozos de San Juan de Ulúa y luego a los de Yucatán. Fue brillante y creativo ministro de Justicia e Instrucción Pública durante la Presidencia de Juárez, pero después se opuso a su reelección y con Lerdo otra vez fue a dar al calabozo. Además de una cuantiosa obra periodística escribió sobre historia política, pedagogía y, sorprendentemente, libros de mineralogía y meteorología. Y es que *El Nigromante* sabía de ciencias naturales, lo que se deja ver en sus intervenciones como diputado en el Constituyente de 1856-57.

Para reordenar el país

Particularmente filosas son sus observaciones críticas sobre la ausencia de propuestas de reordenamiento territorial en el proyecto de Constitución que se había presentado. Al respecto observa Ramírez: "¿Por qué la comisión no dirigió una rápida mirada hacia nuestro

trastornado territorio? Uno de sus miembros ha dicho que la división territorial no es una panacea […] Pero eso no es una razón […] ¿Qué males nos provienen, se ha dicho, de que las poblaciones sigan distribuidas del modo en que las encontró el Plan de Ayutla?" Muchos son los males —sostiene *El Nigromante*— que nos vienen de "negar la necesidad de una nueva combinación local" que tome en cuenta tanto "las exigencias de la naturaleza" como los "intereses de los pueblos". Es decir, un reordenamiento del territorio nacional sobre bases ecológicas y etnográficas.

"Ya tome yo por base los hombres, ya los territorios que habitan […] descubro que una nueva división territorial es una necesidad imperiosa". Y el congresista empieza con la dimensión natural. "Los elementos físicos de nuestro suelo se encuentran de tal suerte distribuidos que ellos solos convidan a dividir a la nación en grandes secciones con rasgos característicos muy marcados […] una nueva división tirada por la naturaleza. Desde las inmediaciones del Istmo hasta la frontera con Estados Unidos, tres fajas, una templada y dos calientes, nos aconsejan el establecimiento de tres series diversas de combinaciones territoriales […] Sobre las costas del Golfo de México descubro un vasto terreno regado por caudalosos ríos y dilatadas lagunas: la abundancia de agua navegable acerca y confunde sus poblaciones". Y se pregunta: "¿Donde naturaleza formó un solo pueblo nosotros formaremos fracciones de otros cinco? ¿Por qué conservar a Chihuahua y Durango poblaciones separadas por un peligroso desierto y una sierra intransi-

table? ¿Y por qué no se establece en el antiguo Anáhuac el Estado de los Valles?" Las propuestas específicas de Ramírez pueden ser discutibles, pero no la idea de una división territorial por cuencas, como ahora se estila.

Pero donde *El Nigromante* se muestra más penetrante y visionario es en el planteo de una división territorial que reconozca los ámbitos jurisdiccionales de los pueblos originarios. "La división territorial aparece todavía más interesante considerándola con relación a los habitantes de la República", dice. Y empieza por un diagnóstico que inicia poniendo en entredicho la idea de que somos un pueblo mestizo.

"Entre las muchas ilusiones con que nos alimentamos, una de las no menos funestas es suponer en nuestra patria una población homogénea. Levantemos ese ligero velo de la raza mixta y encontraremos cien naciones que en vano nos esforzaremos hoy por confundir en una sola […] Muchos de estos pueblos conservan las tradiciones de un origen diverso y de una nacionalidad independiente y gloriosa. El tlaxcalteca señala con orgullo los campos que oprimía la muralla que lo separaba de México. El yucateco puede preguntar al otomí si sus antepasados dejaron monumentos tan admirables como los que se conservan en Uxmal. Y cerca de nosotros, señores, esta sublime catedral que nos envanece, descubre menos saber y menos talento que la humilde piedra [en que ella busca] apoyo, el calendario de los aztecas. Estas razas conservan aún su nacionalidad protegida por el hogar doméstico y por el idioma. [Así] el amor conserva la división territorial anterior a la conquista".

A continuación, *El Nigromante* da a los atónitos congresistas una pertinente clase de etnolingüística

.

> También la diversidad de idiomas hará por mucho tiempo ficticia e irrealizable toda fusión. Los idiomas americanos se componen de radicales significativas […] partes de la oración que nunca o casi nunca se presentan solas y en una forma constante, como en los idiomas del viejo mundo; así es que el americano en vez de palabras sueltas tiene frases. Resulta aquí el notable fenómeno de que, al componer un nuevo término, el nuevo elemento se coloca de preferencia en el centro por una intersucesión propia de los cuerpos orgánicos; mientras que en los idiomas del otro hemisferio el nuevo elemento se coloca por yuxtaposición, carácter peculiar de las combinaciones inorgánicas. Estos idiomas […] no pueden manifestarse sino bajo las formas animadas y seductoras de la poesía…

Pero de inmediato el congresista regresa al tema político: la lengua como mecanismo de opresión colonial.

> Estos tesoros cada nación los disfruta ocultos por el temor, carcomidos por la ignorancia, últimos jeroglíficos que no pudo quemar el obispo Zumárraga ni destrozar la espada de los conquistadores. Encerrado en su choza y en su idioma el indígena no comunica con los de otras tribus ni con la raza mixta, sino por medio de la lengua castellana. Y en ésta, ¿a qué se reducen sus conocimientos? A las

> fórmulas estériles para el pensamiento de un mezquino trato mercantil y a las odiosas expresiones que se cruzan entre los magnates y la servidumbre.

Y concluye con una propuesta que, de haberse aprobado, hubiera instaurado en México un orden entonces —y ahora— completamente inédito.

> ¿Queréis formar una división territorial estable con los elementos que posee la nación? Elevad a los indígenas a la esfera de ciudadanos, dadles una intervención directa en los negocios públicos, pero comenzad dividiéndolos por idiomas. De otro modo no distribuirá vuestra sabiduría sino dos millones de hombres libres y seis de esclavos.

Ramírez no se sacaba las propuestas de la manga. En muchos lugares eran demandas que movilizaban a la población. Así lo reseña el congresista:

> Y si nada dice a la comisión lo que llevo expuesto, dirija siquiera sus miradas a la agitación en que se encuentra la República. Cuernavaca y Morelos quieren pertenecer al estado de Guerrero y contra sus votos prevalecen los intereses de un centenar de propietarios feudales. Hace muchos años que el Valle de México trabaja por organizarse. La Huasteca ha sufrido un saqueo por haber solicitado su independencia local. Tabasco pide posesión de su territorio presentando títulos legales… A todas estas exigencias de los pueblos contestamos: todavía

> no es tiempo; ¡Ya no es tiempo! nos contestarán los pueblos mañana, si queremos al fin complacer sus deseos para contener los horrores de la anarquía.

Hasta aquí *El Nigromante* se nos ha mostrado como un adelantado del neoindianismo decolonial del tercer milenio que reclama derechos culturales, políticos y territoriales para los pueblos originarios. Pero el problema de México a mediados del siglo XIX —como el del México del XXI— no era sólo de opresión étnica, sino también de explotación clasista. Y Ramírez resulta un certero crítico del capitalismo, nueve años después de que apareciera el *Manifiesto Comunista* (que, a juzgar por algunas de sus expresiones, había leído) y tres años antes de que Carlos Marx publicara el primer tomo de *El capital.*

> El más grave de los cargos que hago a la comisión es haber conservado la servidumbre de los jornaleros. El jornalero es un hombre que a fuerza de penosos y continuos trabajos arranca de la tierra ya la espiga que alimenta, ya la seda y el oro que engalana a los pueblos. En su mano creadora el rudo instrumento se convierte en máquina y la informe piedra en magníficos palacios. Las invenciones prodigiosas de la industria se deben a un reducido número de sabios y millones de jornaleros; donde quiera que exista un valor ahí se encuentra la efigie soberana del trabajo. Pues bien, el jornalero es esclavo. Primitivamente lo fue del hombre […] hoy se encuentra esclavo del capital que, no

necesitando sino breves horas de su vida, especula hasta con sus mismos alimentos. Antes el siervo era el árbol que se cultivaba para que produjera abundantes frutos. Hoy el trabajador es la caña que se exprime y se abandona. Así que el grande, el verdadero problema social, es emancipar a los jornaleros de los capitalistas… Sabios economistas de la comisión, en vano proclamareis la soberanía del pueblo mientras privéis a cada jornalero de todo el fruto de su trabajo… Mientras el trabajador consuma sus fondos bajo la forma de salario y ceda […] todas las utilidades de la empresa al […] capitalista, la caja de ahorros es una ilusión, el banco del pueblo es una metáfora. El inmediato productor de todas las riquezas no […] podrá ejercer los derechos de ciudadano, no podrá instruirse […] perecerá de miseria en su vejez. Los economistas completarán su obra adelantándose a las aspiraciones del socialismo el día en que concedan los derechos incuestionables […] al trabajo.

Otras visiones sobre el territorio

El Nigromante no es el único que en el Constituyente critica la gran propiedad agraria y propone entregar tierras a indios y campesinos; lo hacían también Ponciano Arriaga, Castillo Velasco e Isidoro Olvera, entre otros. Pero Ramírez ubica claramente el origen del mal en la impronta que la conquista y la colonia le impusieron al territorio mexicano. Y en consecuencia demanda rectificar la injusticia reorganizando espacialmente al país con criterios

agroecológicos, pero a partir de los ámbitos originarios de sus pueblos.

Hoy muchos piden reconocer las jurisdicciones autonómicas de las diferentes etnias, pero Ramírez iba mucho más lejos, pues quería rehacer por completo el mapa político de México desde una lógica decolonial. En esta perspectiva el cuestionamiento de la gran propiedad ya no remite sólo a su impertinencia económica o a la injusticia social que conlleva, sino también a la violencia histórica con que se impuso; un colonialismo que marcó nuestro orden económico, social y político, pero también nuestra geografía. Así lo asume Olvera: "Basta comparar lo que hoy tienen los pueblos con lo que tenían, según la tradición, después de la Conquista, para concluir que ha habido en verdad una escandalosa usurpación".

Las regionalizaciones agroecológicas, étnicas o bioculturales hoy usuales son pertinentes y útiles, pero hay que ir más allá, como lo hacía *El Nigromante,* atendiendo al origen colonial de nuestro mapa político. La división territorial de México viene de la Conquista, cuando por consideraciones geoestratégicas y para fincar en el espacio la dominación, los invasores establecieron intendencias y provincias. Y sobre esa base administrativa colonial se crearon las circunscripciones del México independiente, incluyendo algunas nuevas como Aguascalientes, Morelos, Guerrero y Colima, que respondían a situaciones coyunturales. Y siendo arbitraria la división política, fue también simulado nuestro federalismo, pues en lugar de que convinieran en él sujetos estatales autónomos deseosos de articularse, fue decretado por el poder

central e impuesto desde arriba a las flamantes entidades federativas.

El resultado fue una delimitación político espacial que además de arbitraria, resulta inadecuada desde cualquier punto de vista; una división disfuncional que ha conducido a sucesivos intentos de regionalización complementaria o sustitutiva. Algunos tienen un enfoque económico, como el de Ángel Bassols Batalla; otros aplican criterios agroecológicos como los de Efraín Hernández Xolocotzi y los de Francisco Quintanar, de principios de los años sesenta, que además de elementos morfológicos, hidrológicos, climáticos y agrícolas añade lo que llama "regiones etnográficas"; con vistas a la planeación del desarrollo se han identificado cuencas y macro cuencas hidrológicas… Por otra parte, con criterios etnográficos, Aguirre Beltrán delimitó las que llamó "regiones de refugio", ocupadas por pueblos indios y recientemente la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas definió las regiones que son su materia de trabajo, además de realizar mapeos que ubican prioridades hidrológicas, terrestres, marítimas, de aves… En la misma línea de no redistribuir espacialmente toda la República, sino identificar únicamente algunas áreas pertinentes desde una cierta atalaya, están los territorios bioculturales en cuyo diseño Eckart Boege combina criterios agroecológicos y etnográficos (que no autonómicos, pues la cuestión de los territorios históricos de los pueblos originarios le parece "pantanosa e ideológica").

Lastrada por la imposición colonial y después por el patrimonialismo de los grupos locales de poder que durante el siglo XIX crearon territorios para imperar sobre ellos, a

nuestra torpe división política se le han sobrepuesto regionalizaciones que persiguen propósitos diversos y aplican distintos criterios. En años recientes han cobrado fuerza la delimitación de áreas de importancia ambiental para fines de conservación, también las que atienden al poblamiento indígena buscando sustentar derechos autonómicos y combinaciones de ambas como las que definen territorios bioculturales en las que las poblaciones locales autóctonas aparecen como componentes y actores de la diversidad natural y domesticada, que es el punto de partida. Propuestas sugerentes que, sin embargo, no incorporan la totalidad del territorio nacional, quizá porque el ambientalismo y el etnicismo son proclives a las perspectivas localistas.

Llama entonces la atención que hace 170 años y en espacios refundacionales como el Congreso Constituyente, Ignacio Ramírez sustentara en criterios étnico-históricos y agroecológicos —es decir bioculturales— una propuesta de regionalización política que rebasando la legítima preocupación por los indios y los ecosistemas, apuntaba hacia un revolucionario proyecto de país. Propuesta alternativa que además de reivindicar a la naturaleza y a los pueblos autóctonos incorporaba cuestiones clasistas como el reconocimiento de los derechos del trabajo frente al capital, y enfatizaba temas que apenas hoy cobran visibilidad como los derechos de las mujeres, los niños y los ancianos.

Clase, etnia, género, edad…

De la propuesta de nueva Constitución, Ramírez reclama airado que "se olvida de los derechos más importantes, se olvida de los derechos sociales de la mujer, no piensa en

su emancipación y en darle funciones políticas… [Pero] el caso es que muchas desgraciadas son golpeadas por sus maridos [y] los tribunales pasan [esos atropellos] como cosas insignificantes… La mujer no es esclava, la mujer es persona, la mujer no es cosa, la mujer tiene derechos que [debe] proteger la ley porque es igual al hombre".

Reclama también que en el proyecto "nada se dice de los derechos de los niños" y recuerda que "algunos códigos antiguos duraron por siglos porque protegían a la mujer, al niño, al anciano…"

Derechos de género y edad que quedarán en el papel en tanto no se reforme el sistema socioeconómico. Dice *El Nigromante:* "Sabios economistas de la Comisión, en vano proclamaréis la soberanía del pueblo mientras privéis a cada jornalero de todo el fruto de su trabajo… mientras el trabajador consuma sus fondos bajo la forma de salario y ceda sus rentas con todas las utilidades de la empresa al socio capitalista… Así es que el grande, el verdadero problema social es emancipar al jornalero del capitalista". En consecuencia, propone lo que hoy llamaríamos un modelo de desarrollo que en nombre de la equidad social limite la codicia del gran dinero.

En cuanto al orden político, su punto de partida es la soberanía popular. Pero la verdadera, la que el pueblo

> "ejerce con acierto derribando a los tiranos y conquistando la libertad… No un orden de cosas que proclamándolo soberano, lo declara imbécil e insensato, quitándole hasta la más remota intervención en los negocios. [En un orden así] los intereses del pueblo no influirán en las elecciones, serán dirigidos por los cabecillas de partido, por los intrigan-

tes, por los que piden y prometen empleos… De ahí viene que vea con indiferencia las elecciones, pues sabe que su voluntad ha de estrellarse ante un mecanismo embrollado y artificial que huye de la influencia del pueblo porque le tiene miedo… Que los ciudadanos son electores no ha sido hasta ahora más que una vana ilusión, que es tiempo ya de realizar; pero para esto no hay que asustarse ante el pueblo…"

El Nigromante confiaba en la gente y nunca temió al pueblo. ¿De cuántos políticos de hoy podríamos decir lo mismo?

*Las citas de Ignacio Ramírez vienen de la *Crónica del Congreso Extraordinario Constituyente 1856-1857*, integrada por Francisco Zarco, la descripción de su arribo a la Academia de Letrán la tomé de *Memorias de mis tiempos*, de Guillermo Prieto.

Enrique González Rojo:
dos caminos hacia la concreción

Eduardo, Guillermo, Jaime
¿recuerdan cuando fuimos terroristas
y armábamos el delicado mecanismo
de explosivas mentadas de madre
para ponerlas en lugares clave del sistema?
¿Recuerdan cuando, con Pepe,
con la boca cosida por el mismo propósito,
levantamos una barricada de hambre?
¿Recuerdan nuestra fiebre clandestina,
al salir de una junta
poniéndonos el traje, la bufanda y el seudónimo?

Enrique González Rojo. *En pie de lucha*

Enrique ha muerto. No nos abrazaremos más en alguna de las marchas de protesta a las que solía concurrir hasta hace pocos años, como siempre de riguroso traje y corbata. Enrique ha muerto, y quisiera contarles quién era y cómo fue que lo conocí. Emplearé para ello el texto que escribí con motivo del homenaje que se le rindió hace cinco años en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ese día Enrique estaba a mi lado y de vez en cuando sonreía. Espero que ahora que lo lea, también sonría.

*

Ustedes perdonarán que no hable de Enrique González Rojo como poeta sensible, filósofo profundo y político contestatario. Y no puedo hablar de Enrique como si fuera un protagonista más de la cultura y la política mexicana porque Enrique es Enrique, pero Enrique también soy yo.

Me explico. Enrique somos nosotros: aquellos que durante vidas más o menos largas y más o menos borrascosas nos hemos empeñado en hacer del mundo un lugar más habitable. Aquellos que, como él dice en un poema, "fuimos terroristas y armábamos el delicado mecanismo de explosivas mentadas de madre para ponerlas en lugares clave del sistema". Aquellos que "salíamos a una junta poniéndonos el traje, la bufanda y el seudónimo". Aquellos que, como concluye el poeta, soñamos con que hasta el último instante y contra las arrugas y el cansancio, nuestra "voluntad aún halle la forma de levantarse en armas". Y también, por qué no, aquellos que —como él— alguna vez nos enamoramos de una trotskista… o de una leninista, de una guevarista o de una maoísta.

Y todos los de esta banda somos Enrique porque Enrique es el compromiso generoso con las mejores causas, porque Enrique es la militancia.

Nos conocimos a principios de los años sesenta, posiblemente en el departamento que Pepe Revueltas tenía o le prestaban en la colonia Juárez, cerca de la esquina de Insurgentes y Chapultepec. Fue en una reunión donde además de Pepe y Enrique estaban Eduardo, Jaime y algún otro. La reunión era política y yo estaba ahí,

no como Armando Bartra, sino como Carlos Méndez, mi nombre de batalla en tiempos de acoso policiaco y obligada clandestinidad.

Y en esa reunión discutimos. Si no recuerdo mal fue sobre la lucha por la paz y la alienación del hombre a La Bomba, a la máquina destructiva. Por ese entonces Enrique pertenecía al espartaquismo mexicano fundado entre otros por Revueltas, y yo militaba en la corriente política de al lado, no en la Liga Comunista Espartaco, que era la de ellos, sino en la Liga Leninista Espartaco, que era la nuestra. Grupúsculos ideológicamente colindantes, pero —claro está— desavenidos. Fraternalmente desavenidos, diría hoy.

Ya desde entonces Enrique tenía preocupaciones político conceptuales que lo han acompañado a lo largo de toda su vida. En los años setenta comenzó a desarrollar una teoría sobre los intelectuales como clase y, en perspectiva más amplia, sobre las tensiones entre trabajo intelectual y trabajo manual. Sobre ese asunto ha escrito, entre otros textos, *Teoría científica de la historia*, en 1977, *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual,* de ese mismo año, y *La revolución proletario-intelectual,* de 1981.

Preocupación nada gratuita, pues la propuesta de que, además de las clases canónicas, hay una clase intelectual, ilumina, cito a Enrique: "cuestiones que la concepción binaria del marxismo tradicional dejaba sin explicar u ocultaba". Y, entre otras cosas, sigo citando: "lleva obligatoriamente a negar el carácter socialista del gran número de países que, después de la revolución de

octubre [en Rusia] y antes de la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la URRS, decían hallarse construyendo el régimen socialista".

Sus publicaciones sobre este tema son viejas, treinta o cuarenta años, aunque se encuentran y pueden consultarse. Pero sucede que Enrique ya se ocupaba de esos menesteres veinte años antes, a fines de los cincuenta, cuando militaba en el Partido Comunista Mexicano (PCM). Y pienso que pocos tendrán alguna copia de la revista donde aparecieron.

Se trata del número tres de *Revolución,* publicación mensual que se imprimía en Morelia, Michoacán durante 1961, dirigida por Enrique Álvarez Magaña y animada por Pepe Revueltas. Ahí aparece el artículo *Los intelectuales y el partido*, escrito por Enrique en 1959. En el texto señala, por una parte, la necesidad de la formación política en un partido supuestamente marxista, el PCM, donde, cito: "el Manifiesto Comunista es conocido sólo por el 25% de los militantes". Pero el texto alerta también contra los riesgos del intelectualismo, al respecto habla de: "enfermizo amor a las citas, y a la cultura en el sentido burgués", además de "personalismo" e "indisciplina". En este ensayo Enrique se remite a Kautsky, quien en su libro sobre Franz Mehing, aborda el "antagonismo entre los intelectuales y el proletariado".

Ideas, éstas, que prefiguran las que desarrollará 20 años después y que ha venido ampliando y profundizando hasta nuestros días. Debe quedar claro, sin embargo, que Enrique no rechaza a los intelectuales sino su fetichización. En un texto reciente sostiene su necesidad, aunque reconoce que "el intelectual antiintelectualista,

o sea el que sale fuera de sí para hacerse solidario de los intereses históricos del trabajo manual, más que una realidad es un proyecto, más que existir empíricamente es una necesidad histórica". Lo que coincide con algunas de las ideas del espartaquismo mexicano sobre la importancia de construir una conciencia proletaria, un intelectual colectivo, propuestas sin duda debatibles por su vanguardismo, pero brillantemente expuestas por Revueltas en *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, libro aparecido en 1963.

Hace cuatro o cinco años Enrique se ocupaba en escribir un libro sobre el socialismo en México. Y me da mucho gusto ver en algunos avances del trabajo que he podido leer, que se ocupa entre otros de uno de mis personajes históricos favoritos: Ricardo Flores Magón. Me da gusto también que en sus análisis sobre el anarquismo del Partido Liberal Mexicano (PLM) y sus relaciones sobre el socialismo, haga referencia a una conferencia mía sobre el tema, que fue publicada en 1980 con el título *La revolución mexicana de 1910 en la perspectiva del magonismo*. Pero lo que más gusto me da es que la lectura que hace Enrique del PLM no concuerda para nada con mis puntos de vista sobre ese tema. Cincuenta años después de que practicábamos la esgrima verbal, uno desde la Liga Comunista y el otro desde la Liga Leninista, Enrique y yo seguiremos debatiendo. Medio siglo de batallar en la construcción de un pensamiento libertario a través de la polémica fraterna. Y es que mientras haya vida habrá discrepancia. Por fortuna.

Naturalmente también tenemos muchas concordancias. Algunas de ellas referentes a la coyuntura po-

lítica. Recuerdo bien que en 1994 coincidimos políticamente como miembros del grupo de cien personas que "hacía cabeza" —es un decir— en la Convención Nacional Democrática convocada por el entonces debutante Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Y hoy, en el arranque del tercer milenio, sucede que concuerdo en lo fundamental con los análisis que hace Enrique de la coyuntura mexicana. Leo algunos párrafos de uno escrito a principios de 2012:

> Las dictaduras acaban por generar un anhelo de recambio y de alternancia en el pueblo sojuzgado. Lo mismo ocurre, aunque con diferente desenlace, cuando el pueblo soporta durante años y años no a un tirano sino a un partido gobierno como es el caso, en nuestro país, del partido único o casi único (PNR, PRM, PRI) que estuvo en el poder por más de 70 años. Cuando se suma el "cansancio" de los gobernados con la evidencia de un fraude electoral, se crean las condiciones para un estallido social. En la época de Madero esto último tomó la forma de lucha armada. Después de los fraudes —más seguros que probables— de 1988 contra Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y de 2006 contra Andrés Manuel López Obrador tornaron a presentarse similares condiciones de descontento, pero las circunstancias habían cambiado de tal manera, que entre las posibilidades reales de canalización de esta rebeldía latente no estaba la guerra civil. Pero algo que revela la comparación de estos tres mo-

> mentos es que la evidencia del manotazo fraudulento eleva a primer plano el problema de la democracia electoral, como un problema de interés generalizado.

Esto fue redactado antes de que el PRI comprara la elección que llevó a Peña Nieto a Los Pinos. Pero hoy las conclusiones de Enrique me siguen pareciendo válidas.

Termino esta celebratoria disertación con algunas reflexiones sobre dos estelas mayores de las muchas que Enrique va dejando a su paso: la filosofía y la poesía.

En marcha hacia la concreción. En torno a una filosofía del infinito, libro de Enrique publicado en 2007, es un extenso y penetrante trabajo de altos vuelos intelectuales que se interroga nada menos que por el ser. Específicamente por los retos conceptuales que plantea la gran contradicción alma-cuerpo. La pregunta es: "como trascender la correlación de principio" sin estacionarnos en la inmediatez singular y abstracta de la díada sujeto-objeto ni en la también abstracta universalidad de la dupla ser-nada.

La respuesta de Enrique es de inspiración tanto hegeliana como marxista. De lo que se trata, dice, es de marchar de lo singular abstracto a lo universal concreto, entendido este último como síntesis de múltiples determinaciones. Contra lo que parece decirnos el sentido común, en su inmediatez las singularidades son abstractas, vacías, gnoseológicamente pobres, en cambio el concepto universal, laboriosamente construido en un proceso dialéctico de sucesivas negaciones y desdobla-

mientos, es la expresión más rica y densa de lo concreto pensado. Éste es el método de Hegel en *La fenomenología del espíritu* y de Marx en *El capital*.

En la marcha que propone Enrique hay algo de Kant, pues espacio y tiempo se le presentan como formas apriorísticas insoslayables. Pero lo son no del conocer sino del ser: la espacio-temporalidad es condición de toda experiencia posible. Sin embargo, como antinomia también ésta es abstracta y tiene que ser trascendida, ha de ser superada en un movimiento dialéctico que —como Hegel— Enrique llama devenir. Pero no se trata del curso del espíritu como pensamiento, sino del ser ahí, del existente de un sujeto-objeto que es cuerpo y alma, intelecto y pasión.

Pero en este curso hay extravíos, momentos en que el desdoblamiento deviene extrañamiento y la relación con el otro, alienación, pérdida de sí. Para Enrique la posibilidad de enajenación está en el existente. No es como en el cristianismo y el islamismo una caída de la que nos recuperaremos cuando la trompeta de Israfil nos llame a la reconciliación final, ni tampoco como el marxismo-morganismo y los comunalismos mesiánicos que postulan una impoluta comunidad originaria que algún día restauraremos en una forma aun superior, cuando nos llame a ello la trompeta de la revolución.

La que llama "pulsión apropiativa" está en nosotros, nos es consustancial, y no sólo bajo la forma económica de la propiedad privada. Y aquí Enrique explora esta dimensión del existente con los conceptos de la sicología. El afán de poseer no sólo proviene del *ello* y es refrenado por cul-

tura en tanto que presunto dominio de lo genérico, al contrario, es el propio *superyó*, es la cultura de las sociedades alienadas la que nos llama a poseer, a consumir, a dominar. Pulsión social posesiva muy semejante al obsceno superyó propuesto por Lacan y Zizek, imperativo que desde las sombras nos convoca a violar la norma superficial para cumplir la tanática norma profunda.

¿Cómo evitar la compulsión al goce, que es la muerte del deseo? ¿Cómo ser uno con el otro sin apropiárselo y de este modo destruirlo? Enrique encuentra la respuesta en el amor no posesivo. Y estoy de acuerdo. Aunque pienso que es cuento de nunca acabar. Que estamos hechos a la mala vida y que la posibilidad del extrañamiento y la cosificación estará siempre en nosotros. De modo que si bajamos la guardia de nuevo nos ganará la pulsión posesiva. Porque lo nuestro es caer y levantarse… para volver a caer y levantarse de nuevo… Y está bien, mientras no dejemos de caminar.

Entonces ¿cómo trascender la dicotomía sujeto-objeto? Enrique nos propone marchar de las singularidades abstractas al universal concreto, realización de la universalidad que en un sentido ético-político podemos entender como la progresiva realización del género humano. Esto en un curso marcado por la alienación, no porque nos hayamos desviado sino porque la pulsión apropiativa está en nosotros y en la sociedad. Extrañamiento superable si, como en el amor no posesivo, aprendemos a hacernos uno con el otro sin pretender poseerlo y agotarlo.

En estos razonamientos y muchos más que se despliegan en las 620 páginas de *En marcha hacia la con-*

creción, Enrique encuentra lo que llama "una puerta de salida posible" para trascender las grandes dicotomías ontológicas. Y sí. Probablemente lo es. Pero pienso que hay otra puerta, otra vía hacia la plenitud del ser. Una vía que no es la del concepto sino la de la imagen. Una vía que también nos muestra Enrique, pues además de filósofo es poeta.

Porque la existencia tiene también una "Dimensión imaginaria", para usar el nombre de un viejo poemario de Enrique. De modo que además de marchar hacia la universalidad concreta a través de la razón dialéctica, podemos asomarnos a ella en revelaciones instantáneas, en iluminaciones. Y aquí el vehículo no es el concepto sino la imagen, la metáfora, la parábola, la alegoría.

Alegorías como la del *Discurso de José Revueltas a los perros del parque hundido*; como la de *La clase obrera va al paraíso*; o como la de *El diluvio*, un poema que como *En marcha hacia la concreción,* es un homenaje a Hegel, pero aquí en sólo 17 auráticos renglones. Y es que, como diría Enrique, "para deletrear el infinito" tanto vale un tratado como un poemario.

Y es que quizá los filósofos son los escribientes de Dios, los *ghost writers* que le redactan al supremo sus obras completas; memoria del mundo que ocupa innumerables volúmenes porque marchar hacia la concreción paso a paso y a golpe de dialéctica es tardadito. Pero para "deletrear el infinito" también hay vías cortas. Y éstas son las de la intuición, el mito, la alegoría, la metáfora, la imagen… Porque, como dice el propio Enrique en los versos de *Humilde reconocimiento a los demiurgos*,

los poetas son los "correctores de estilo de Dios, son su fe de erratas".

Por eso el título de este despeinado encomio al camarada Enrique es *Dos caminos hacia la concreción,* y los dos son suyos.

Hasta luego, Enrique.

Rosario Ibarra de Piedra: una militancia ecuménica

> *Moriré terca, no puedo ser más que terca. Aunque mi hijo esté muerto tercamente seguiré, para que aparezcan los otros, que también son mis hijos.*
>
> Rosario Ibarra de Piedra

El 25 de noviembre de 1973 Jesús salió a un mandado y ya no regresó. Semanas más tarde sus padres recibieron una carta: "Me encuentro bien. Supongo que deben imaginarse en qué ando, espero que no los hayan molestado. Estoy lejos y no sé si volveremos a vernos. De ser así espero que lo comprendan". Cuatro meses después su padre fue sacado de su consultorio por la policía y torturado por agentes federales. Querían saber el paradero de su hijo. El 30 de abril de 1975 la prensa informó que Jesús Piedra Ibarra, miembro de la Liga Comunista 23 de Septiembre, había sido capturado por la Policía Judicial. Sin embargo, las autoridades no lo presentaron ni reconocieron su detención. Su madre, Rosario Ibarra de Piedra inició entonces una búsqueda que va para medio siglo.

Jesús no fue el primer desaparecido ni Rosario la primera madre que salió en busca de un hijo secuestrado por la policía o el ejército, pero su incansable ac-

tivismo fue el disparador de una lucha cada vez más visible contra las desapariciones forzadas: "¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!" fue y es la consigna. Eran los tiempos de la "guerra sucia". La masacre del 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas había convencido a muchos jóvenes de que la solución estaba en las armas. Pero todos los luchadores sociales, no sólo los prospectos de guerrilleros, eran asesinados, encarcelados o desaparecidos por la fuerza pública. Eran los tiempos de la Dirección Federal de Seguridad y de la paramilitar Brigada Blanca. Eran los tiempos del siniestro torturador que se llamó Miguel Nassar Haro.

Rosario deja casa y familia en Monterrey y se muda a la Ciudad de México, donde va de Los Pinos a la Secretaría de Gobernación, a la Procuraduría, al Campo Militar número 1, a los separos de Tlaxcoaque… Se entrevista con el presidente Echeverría, con Ojeda Paullada, con Gutiérrez Barrios, con Nassar Haro… Ruega, demanda, exige, emplaza… sin resultados.

Pero no sólo falta Jesús Piedra Ibarra, faltan también Rafael Ramírez Duarte, Javier Gaytán Saldívar, Jacob Nájera Hernández, Jacobo Gámiz García, José Sayeg Nevares, José de Jesús Corral García, Francisco Gómez Magdaleno y muchos, muchos más. De modo que las madres, esposas y hermanas que se encuentran en la búsqueda infructuosa deciden que es mejor caminar juntas y en 1977, por iniciativa de Rosario crean el Comité pro Defensa de Presos Políticos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos conocido como Comité ¡Eureka!

Cansadas de ver muertos ajenos en las planchas de las morgues, hartas de escuchar expresiones como la del federal que les dijo: "Es para que escarmienten. Para que les digan a sus hijos que mejor no se metan con el gobierno", el 28 de agosto de 1978 las del Comité organizan una huelga de hambre en el atrio de la catedral metropolitana.

—¿Usted cree que es normal que en un país desaparezca la gente? —le revira Rosario a Elena Poniatowska, que la entrevista—. A nosotras pueden llamarnos las locas de la catedral… no me importa; hemos llegado al límite, éste es nuestro último recurso. No nos queda otra, al gobierno hay que arrancarle las cosas. Algunos me insistieron en que la huelga es un error político, que íbamos a frenar la amnistía. Pero yo no podía detener ya a las demás mujeres, a las 83 que aquí nos encontramos y que hace mucho queríamos tener una huelga de hambre. ¡Algo teníamos que hacer por nuestros muchachos! Ya basta, ¿no? Ya es mucho peregrinar, mucho aguantar…

—¿Y si están muertos? —pregunta la periodista.

—Entonces queremos sus cadáveres, que sepamos quién, cuándo, cómo y dónde los mataron.

Únicamente cuatro varones acompañan a las 83 mujeres en su huelga de hambre y no es el único caso en que la presencia femenina es mayoritaria. Y uno se pregunta: ¿Por qué en la búsqueda de los desaparecidos predominan tanto las mujeres? ¿Qué no tienen padres, esposos, hermanos? La respuesta me la dio una buscadora de la Costa Grande de Guerrero: "Sí

tienen y también se agüitan. Pero es que ellos no pueden andar en esto como nosotras las mujeres, porque los hombres no soportan tanto dolor. Ellos no aguantan, ellos se quiebran. Nosotras no". Tal parece que sólo las que dan a luz y amortajan, que sólo las gestoras de la vida y de la muerte tienen la fuerza necesaria para buscar incansablemente señales de vida o, en la de malas, señales de muerte.

En 1978 el presidente López Portillo firma la Ley de Amnistía. Pero los desparecidos no aparecen, de modo después de la que se hizo en la catedral, hay otras seis huelgas de hambre. En 1981 se integra el Frente Nacional contra la Represión y más tarde la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos y Desaparecidos. Incansable, Rosario da a conocer su caso en universidades de 80 ciudades de Estados Unidos, asiste a las sesiones de Amnesty International en Londres, lleva su denuncia a Helsinki, Bonn, Berlín, Estocolmo…

En el último tercio del siglo XX tanto en México como en América Latina los incontables asesinatos y desapariciones forzadas de la llamada "guerra sucia" auspiciada por Estados Unidos fueron obra de los gobiernos, pero en el cruce de los milenios el crimen organizado asume su parte de la cuota de muerte. Así ocurre en México, donde en 2010 la Comisión Nacional de Derechos Humanos documenta 11 333 casos de migrantes secuestrados por el narcotráfico. De modo que ahora predomina aquí la búsqueda e identificación de los cuerpos. Pero la lucha por encontrarlos se mantiene y Rosario sigue siendo su emblema.

En los años en que ella inicia su periplo, el activismo social todavía no se fragmentaba en innumerables causas particulares —como ocurrió después con el *boom* de las ONG— de modo que pronto Rosario ya no está luchando sólo por su hijo y otros desaparecidos, sino también por los presos políticos, los perseguidos, los exilados… y de ahí a la causa de las mujeres, de la diversidad, de los indígenas, de los obreros, de la democracia, del medioambiente…

Al término de los años setenta del pasado siglo la regiomontana se ha vuelto una de las activistas sociales más visibles de México, y como se usaba en tiempos pre *onegeneros,* su militancia no es estrechamente temática sino comprensiva y ecuménica. A Rosario ya ninguna causa justa le es ajena, de modo que en 1982 y 1988 acepta ser candidata a la Presidencia de la República por el Partido Revolucionario de los Trabajadores que había apoyado la huelga de la catedral, de 1985 a 1988 es diputada federal por este mismo partido y de 2006 a 2012 senadora por el Partido de la Revolución Democrática, candidaturas y cargos en los que hay que trabajar no sólo por los desaparecidos sino por todas las causas justas y en última instancia por proyectos de país integrales e incluyentes.

A Rosario la conocí de cerca en 1994 cuando presidía el grupo de cien que presuntamente encabezábamos la Convención Nacional Democrática convocada por el EZLN. Y en esa calidad un día me invitó a encaramarme con ella en el techo de la cabina de un camión de redilas para desde ahí arengar a los cientos de convencionistas

concentrados en San Cristóbal de Las Casas que a empujones trataban de abrir la puerta metálica del local en que íbamos a sesionar y que nos habíamos cerrado. Por fin la puerta cedió y Rosario y yo pudimos bajar de la cabina del camión. Para entonces ella tenía sesenta y siete años y una energía de treinta.

Volvimos a platicar largo 18 años después en el Club de Periodistas y en el marco del encuentro llamado "Los grandes problemas nacionales. Diálogos para la regeneración de México", realizado en 2012, donde ella dio una conferencia magistral. Entre otras cosas ahí Rosario dijo:

> "Todos los esfuerzos particulares que hacemos para la creación de mecanismos que protejan los derechos humanos se topan con una barrera inexpugnable que no nos permite avanzar. Lo que se requiere ya es sacar a este gobierno. Por supuesto, tenemos que seguir luchando por la presentación de los desaparecidos, pero a corto plazo no hay más solución que sacar del poder a este grupo y con un gobierno legítimo identificado con los derechos sociales como el que esperamos con López Obrador empezar la reconstrucción. Por eso a todos los activistas de derechos humanos los invitamos que concentren ahora todos sus esfuerzos en tener un nuevo gobierno que rompa con el viejo régimen".

Rosario nunca ha dejado de buscar a su hijo, pero desde hace mucho entendió que sólo trabajando todos

juntos por la transformación integral del país podrán avanzar las causas particulares. Para Rosario, Jesús somos todos.

Muerte por fuego
Un agravio canónico

Quince mil personas, aproximadamente tres mil familias, fueron sistemáticamente desarraigadas y expulsadas, y sus pueblos destruidos e incendiados para transformar los campos en praderas. Soldados con órdenes de respaldar a la empresa chocaron con los pobladores que resistían. Una anciana murió quemada entre las llamas de la choza que se había negado a abandonar.

C. M.

El epígrafe y lo que ahí se narra lo tomé de un viejo artículo periodístico y no ocurrió por estos días y en alguno de nuestros países, sino hace dos siglos y en Inglaterra. El desalojo fue en 1820 y su denuncia causó cierto escándalo en la prensa. Pero el texto citado, que se titula *La duquesa de Sutherland y la esclavitud*, es muy posterior y fue escrito con motivo de que en la recepción en Londres de la estadounidense Harriet Beecher-Stowe, autora de la célebre novela antiesclavista *La cabaña del tío Tom*, la duquesa de Sutherland se había mostrado escandalizada por el trato que se daba a los negros en Estados Unidos, cuando unos años antes ella se había hecho de sus vertiginosas propiedades en Escocia quemando ancianas y masacrando a los campesinos gaélicos.

La duquesa de Sutherland y la esclavitud apareció primero en *The New York Daily Tribune,* y meses más tarde en el periódico obrero *The People's Paper.* Su autor es un alemán exiliado en Londres que para ganarse la vida escribía artículos periodísticos, mientras tomaba notas para un gran estudio sobre economía política y militaba en organizaciones de trabajadores. Su nombre: Karl Marx.

Como nos cuenta Marx en ese artículo, la expropiación de los pobladores gaélicos venía de muy atrás, sin embargo el golpe definitivo fue el despojo de alrededor de 322 mil hectáreas, donde unas 131 mil ovejas llegaron a sustituir a los 15 mil campesinos que antes las cultivaban. Los desalojados, a quienes asignaron tierras junto al mar a razón de 0.8 hectáreas por familia, trataron de vivir de la pesca. Pero "cuando el olor a pescado se elevó hasta las narices de los grandes hombres, estos husmearon la posibilidad de lucrar con el asunto y arrendaron la orilla del mar a los grandes comerciantes londinenses de pescado. Así, los gaélicos fueron expulsados por segunda vez".

La denuncia publicada en *New York Daily Tribune* fue incorporada por Marx al capítulo XXIV de *El capital,* titulado *La llamada acumulación originaria*. Y no es casual, pues en un libro cuyo tema es la lógica económica del sistema capitalista y, por tanto, se mueve en el terreno de los conceptos y de la universalidad, el capítulo XXIV resulta atípico al narrar un proceso histórico específico: la expropiación de los productores directos que precedió al establecimiento del orden

del gran dinero. En *La llamada acumulación originaria,* Marx se ocupa del capitalismo desde el mirador de los agravios, desde la perspectiva del dolor y el sufrimiento que desde sus orígenes ocasiona un sistema que nació quemando ancianas y derramando sangre.

Un agravio es un perjuicio con fecha, con lugar, con rostro; un daño personalizado, una ofensa que indigna más porque tiene la concreción de los hechos y no la vaga universalidad de los conceptos. La explicación de los mecanismos de la "plusvalía absoluta" o de la "acumulación por desposesión" nos ilustra, pero no nos conmueve, la descripción de un despojo sí. Y sacude porque apela a nuestros sentimientos y no sólo a nuestra razón.

Por esto Marx sugiere a los lectores no entrenados que empiecen a leer *El capital* por el capítulo XXIV. No por el primero sino por un capítulo narrativo y casi novelado donde no desentona un airado artículo periodístico de denuncia, como es *La duquesa de Sutherland y la esclavitud,* pues ahí de lo que se trata es precisamente de exhibir los muertos que el capitalismo oculta en el closet, las víctimas que quedaron y siguen quedando a la orilla del camino, la sangre derramada en el proceso de implantar el totalitarismo del mercado.

La exposición de los agravios ilumina los males del sistema de un modo distinto al de crítica teórica que los devela conceptualmente. Los dos acercamientos son irrenunciables y complementarios: ni pura razón ni pura indignación. Pero su método es distinto: el del agravio

es la denuncia de corte periodístico; el reclamo sostenido por imágenes fuertes, chocantes, conmovedoras… Y en el despojo de los campesinos de Escocia hay una situación extrema que se constituye en el vórtice de la denuncia, en la singularidad que estalla y universaliza el agravio: la vieja gaélica que se niega a marcharse y es quemada viva dentro de su casa.

La muerte de la anciana —que es a la vez la imagen extrema del despojo y la imagen extrema de la resistencia— ya había circulado mucho cuando la recuperó Marx en su artículo y luego en *El capital*. Por los meses en que ocurrieron los hechos escribieron sobre ellos, entre otros, el abogado y periodista irlandés Georges Ensor y el economista Leonard Simon de Sismondi. Y sin duda los conoció Johann W. Goethe, quien por entonces había retomado su inconcluso *Fausto*, un poema dramático cuya segunda parte ya no se ocupa, como la primera, de las pasiones amorosas del protagonista, sino de sus afanes posesivos. Una pulsión estrictamente económica que hace del Fausto crepuscular el paradigma, ya no del burgués genérico, sino específicamente del empresario, del acumulador compulsivo, del acaparador insaciable de todo lo que se pueda poseer. "¿Ambicionas la gloria?", le pregunta Mefistófeles. "Quiero dominarlo todo, quiero poseerlo todo…. La gloria en sí no es nada", contesta Fausto.

La acumulación como signo de la época es el tema de la segunda parte de *Fausto*. Lo que ahí el viejo Goethe quiere mostrar es la insatisfacción ontológica que acompaña a la incontinencia posesiva. Pero esto no le basta. Además de documentar la íntima desazón del

expropiador quiere dar cuenta del mal social, del sufrimiento de los expropiados. Y para esto necesita una imagen vigorosa que haga patentes los padecimientos de las víctimas, el infinito dolor de los atropellados por el afán empresarial. Y esa imagen es la de la anciana gaélica que no quiso ceder y fue quemada viva.

En el poema dramático la víctima no es una vieja sino una pareja de ancianos: Baucis y Filemón, pero la idea es la misma. Fausto, que está construyendo unos inmensos diques para ganarle terrenos al mar y edificar nuevos fraccionamientos habitacionales, contempla desde un mirador la enormidad de sus propiedades que se extienden hasta el horizonte. Pero una pequeña capilla, una casita y un bosque de tilos que no le pertenecen le impiden disfrutar plenamente de su imperio.

En ese momento suena la campana de la capilla: "¡Se extiende ante mí un reino sin límites, pero el insoportable sonido de la campana me recuerda que no están completos mis inmensos bienes! Ni el bosque de tilos, ni la casita que junto a ellos se levanta, ni la capilla cubierta de musgo me pertenecen… Quisiera cortar esos árboles para contemplar lo que he hecho, para abarcar de una mirada la obra maestra del espíritu humano. Quiero animar los inmensos espacios conquistados estableciendo en ellos infinitas viviendas…"

Pero, igual que la anciana gaélica, Baucis y Filemón no aceptan ser reubicados a la que podemos imaginar como una versión de época de las actuales viviendas "de interés social". "La resistencia y la obstinación hacen incompleta la posesión más bella", sos-

tiene frustrado Fausto. Y decidido a ponerle remedio instruye a su cómplice Mefistófeles: "Ve y haz que se marchen. Ya sabes cuál es el pequeño edén que he elegido para esos dos ancianos". "Se les sacará de ahí", responde acomedido y servicial su satánico socio.

Mefistófeles y sus tres matones se apersonan en la casa, golpean la puerta y como los viejos no abren le prenden fuego. Baucis y Filemón mueren abrasados. Enterado de los hechos, Fausto pretende evadir su responsabilidad: "No habéis entendido mis órdenes. Os mandé cambiarlos de casa, no quemarlos…" Pero las diosas de la justicia no entienden de excusas y esa noche se apersonan en su casa y lo dejan ciego para que de esta manera ya no pueda contemplar su obra.

La segunda parte de Fausto ha sido interpretada de muchas maneras, pero una de las lecturas más frecuentes es la que ve en el poema el drama de los "daños colaterales"; la incómoda evidencia de que, siendo necesario y deseable, el progreso causa dolor, pues el viejo mundo se resiste a desaparecer. Alguien ha dicho que Goethe fue un adelantado del desarrollismo: cautivado por la modernidad, pero apesadumbrado por lo que con su establecimiento se pierde.

Quizá… pero es dudoso. Porque sucede que para terminar su obra el poeta eligió un agravio terrible, una acción obscena que ninguna presunta necesidad histórica puede justificar. El argumento de que el dolor de unos cuantos es aceptable porque abre paso al bien de muchos se desmorona frente a la imagen de una pareja de viejos muriendo entre las llamas de la casa

que estorbaba el establecimiento de un desarrollo habitacional.

Los proyectos de transformación se defienden o se cuestionan, los agravios se asumen porque su desafío no es económico, social o político, sino ético.

Nuestra América va

América entera estaba como despertando

Con la elección de López Obrador en México, el regreso del progresismo al gobierno de Argentina, la reversión del golpe en Bolivia y los triunfos comiciales de la izquierda en Perú, Honduras, Chile y Colombia, Nuestra América ha entrado en el segundo ciclo del largo curso emancipatorio iniciado hace casi 25 años con el triunfo electoral de Hugo Chávez en Venezuela. La agenda de esta nueva etapa está apenas definiéndose y para ello es necesario mirar hacia adelante, pero también hacia atrás pues no podemos pensar el futuro si no recuperamos las enseñanzas del pasado.

Empezaré, pues, este comentario con algunas tesis sobre el primer ciclo para esbozar después unas cuantas ideas sobre el segundo.

1. En lo que va del siglo XXI Nuestra América ha sido el laboratorio de la revolución.

Mientras que en el resto del mundo el desgaste del neoliberalismo canónico alimentaba movimientos y gobiernos xenofóbicos y neofascistas, en el subcontinente se abría paso un posneoliberalismo de izquierda.

2. Los movimientos sociales y los gobiernos progresistas, en diferentes combinaciones han sido los pilares del proceso emancipatorio.

Sin movimientos que empoderaban a los pueblos y desfondaban a las oligarquías no hubiera sido posible el cambio, pero sin partidos y gobiernos impulsores de proyectos estratégicos e incluyentes, la lucha se hubiera estancado en los particularismos y el inmediatismo.

3. La primera tarea política de la izquierda gobernante fue darle institucionalidad a la democracia que ya se ejercía en las calles y los campos.

Al llegar al poder por una combinación de movimientos y elecciones, la izquierda de tradición social buscó gobernar participativamente; además, en tres países —Venezuela, Bolivia y Ecuador— cambió las reglas del juego, consensando y promulgando nuevas constituciones.

4. Por su reconocimiento de la plurinacionalidad y la agencia de la naturaleza, el nuevo constitucionalismo latinoamericano representa una revolución en el derecho.

Fueron, sobre todo, los pueblos originarios de Bolivia y Ecuador los que impulsaron tanto el reconocimiento de sus autonomías territoriales como el reconocimiento de la naturaleza como sujeto de derecho. De ellos es el mérito.

5. La primera tarea económica de la izquierda gobernante fue restablecer la soberanía y recuperar para el Estado los recursos naturales y sus rentas, antes cedidos a trasnacionales y oligarquías.

Los fondos así captados fueron cuantiosos porque las rentas derivadas del usufructo de los recursos naturales siempre han sido enormes, pero también porque la fase expansiva de la economía mundial elevó los precios de las materias primas. En sus primeros años los gobiernos progresistas fueron gobiernos ricos.

6. La primera tarea social de la izquierda gobernante fue reducir la pobreza y la desigualdad mediante la redistribución del ingreso y el mejoramiento de los servicios públicos.

Era ést una operación justiciera insoslayable y la encomienda mayor que les habían hecho los que por ellos votaron. No puede haber dudas: redistribuir la riqueza con equidad es el primer paso para distanciarse de un sistema excluyente y concentrador.

7. El resultado fueron las que he llamado "revoluciones de bienestar", dramáticamente contrastantes con las revoluciones de la penuria que se dieron en el siglo XX.

Durante la pasada centuria todas las revoluciones sociales transitaron por largos períodos de estrechez, precariedad y hambruna. Al principio había que apretarse el cinturón, el bienestar quizá vendría después. En Nuestra América la decisión de los gobiernos y la coyuntura favorable permitió cambiar la dramaturgia… cuando menos por un tiempo.

8. Muy lejos de las "dictaduras revolucionarias" de la pasada centuria, nuestras revoluciones reivindicaron la democracia directa, pero preservaron la electoral y el pluralismo político.

Llegadas al poder por movimientos y elecciones, nuestras izquierdas tenían que reconocer la democracia directa pero también la comicial. Y si va a haber elecciones éstas se pueden ganar o perder…

9. La alternancia en el gobierno impone a nuestras revoluciones cursos fluctuantes, cuya direccionalidad se preserva construyendo hegemonía, de modo que se puede perder el poder arriba y conservar al menos parte del poder abajo.

La linealidad de las revoluciones canónicas de partido único condujo en el pasado a la dictadura, una tentación siempre presente cuando el Imperio interviene y las oposiciones son golpistas. Sin embargo, la democracia es hoy bandera de las izquierdas latinoamericanas y hasta ahora nos ha ido bien, pues en los comicios ganamos más que perdemos.

10. Las izquierdas de Nuestra América inauguraron una vía emancipatoria inédita: las revoluciones lentas y fluctuantes, pero persistentes y acumulativas, que demanda el nuevo milenio.

Porque combinaron partidos y movimientos se las acusó de eclécticas. Porque preservaron la democracia electoral se las acusó de ingenuas. Porque no expropiaron a sus burguesías se las acusó de tibias. Porque recuperaron y valorizaron recursos naturales se las acusó de extractivistas. Porque redistribuyeron el ingreso mediante programas sociales se las acusó de asistencialistas y de clientelares. Porque derramaron poca sangre y no hubo ajusticiamientos ni expropiaciones, los ortodoxos duda-

ron de que fueran auténticas revoluciones. Pero lo fueron, y ahora el reto es que lo sigan siendo.

11. El ascenso revolucionario se mantuvo por diez años, luego perdió fuerza y se transformó en un reflujo que dio fin al primer ciclo del proceso emancipatorio de Nuestra América.

La recesión económica de 2009, la depreciación de las materias primas y la consecuente estrechez presupuestal redujeron el margen de maniobra de los gobiernos progresistas, lo que, sumado al desgaste, al cambio de signo de los movimientos sociales y la ausencia de verdaderos partidos, facilitaron el avance de las derechas que, auspiciadas por el Imperio, recuperaron espacios. En elecciones, golpes o traiciones, las izquierdas perdieron los gobiernos de Brasil, Argentina, Uruguay, Ecuador, Bolivia, como antes se habían perdido los de Paraguay y Honduras. Aunque acosados resistían Cuba, Venezuela y el dudosamente progresista gobierno de Ortega en Nicaragua.

12. Tras un corto invierno neoliberal, con el resurgimiento de los movimientos sociales y los triunfos electorales de las izquierdas, en 2018 da inicio el segundo ciclo del curso emancipatorio. Nuestra América de nuevo va.

El neoliberalismo político vive de oponerse a la izquierda, pero nada tiene que ofrecer a los pueblos y más tarda en llegar al poder que en desfondarse. De modo que pronto la izquierda regresó al gobierno en Argentina y Bolivia, ganó las elecciones en México, Perú,

Chile y Honduras y tiene posibilidades de hacerlo en Colombia y Brasil. Si a esto añadimos las nuevas emergencias sociales, es claro que Nuestra América vive un nuevo ascenso revolucionario: la segunda oleada del ciclo emancipatorio iniciado con el siglo.

13. En lo económico el primer ciclo tuvo viento a favor, hoy lo tendrá en contra. Por ésta y otras razones el espíritu y la orientación pueden ser los mismos, pero las fórmulas de entonces no sirven más y habrá que inventar nuevas.

Financiar el combate a la pobreza con la puesta en valor de los recursos naturales no es un pecado, pero es insostenible. Y en México, simplemente imposible, porque no somos primario-exportadores ("extractivistas" que dicen algunos) sino principalmente exportadores de manufacturas que incorporan insumos importados, lo que nos hace industrializados pero maquiladores. Nuestra economía se finca, más que en el saqueo de los recursos naturales, en la explotación de mano de obra barata, lo que es injusto y también insostenible.

14. La segunda fase del ciclo emancipatorio tendrá que buscar nuevos caminos. En lo económico habrá que crecer, pues sin crecimiento no se puede sostener la redistribución. Pero una cosa es el desarrollo productivo y otra distinta la expansión a toda costa, propia de la modernidad urbano industrial.

El crecimiento que necesitamos es el de la economía real y productiva que tiene su palanca en el trabajo,

y no tanto de la rentista que lucra con la disponibilidad de recursos naturales. Una producción incluyente que vaya erradicando la pobreza, no mediante los subsidios sino gracias a la justa retribución del trabajo y la equitativa satisfacción de las necesidades. Inserción productiva de los más, que a su vez es condición de una economía autocentrada y de un desarrollo, que sin darle la espalda a los mercados globales, se apoye principalmente en el mercado interno.

Una economía atenta a las ventajas comparativas y competitivas, que sin embargo priorice los sectores estratégicos: soberanía alimentaria para asegurar que nadie se quede sin comer, soberanía energética que sustente la marcha de nuestra producción y consumo, soberanía laboral que garantice a todos empleos o trabajos dignos y remuneradores.

Una economía respetuosa de las personas y de las cosas sostenida en una producción que en vez de descomponer y polarizar a las comunidades humanas fortalezca la justicia y la cohesión social; en una producción que en vez de erosionar y degradar a los ecosistemas se desarrolle en armonía con la naturaleza. Es decir, una economía solidaria tanto en lo social como en lo ambiental…

Un modelo económico que no cancela al mercado ni excluye al capital, pero que los acota mediante la acción conjunta de la sociedad y del Estado.

Un nuevo orden que habremos de edificar entre todos, pues el bolivarianisno sigue siendo la consigna.

La gente del desierto

Aunque es bello pintar de blanco el tronco de los árboles,
la raíces, allá abajo, permanecen negras.

Aimé Césaire

Sabemos muy poco del pueblo saharaui, pese a que, como nosotros habla castellano, como nosotros padeció el colonialismo español y como nosotros perdió parte de su territorio usurpado por países vecinos. Y es que sabemos muy poco de África, un continente con el que, sin embargo, en muchos aspectos nos espejeamos. Ignorancia, sino es que desinterés, que es parte del eurocentrismo que nos heredó la colonización: acostumbramos mirar hacia arriba y no hacia los lados, hacia el norte y no hacia el sur, hacia nuestros dominadores, no hacia nuestros hermanos dominados.

Y el diálogo con los pueblos africanos podría ser muy fructífero porque ellos, como nosotros, quieren modos de vivir que les sean propios y no impuestos, ellos como nosotros sueñan futuros distintos a los que nos ha vendido la cultura occidental, ellos como nosotros buscan caminos nuevos para alcanzarlos.

En Nuestra América nos ha dado por ser "decoloniales" y descubrir "epistemologías desde el sur",

pero ellos que tienen menos tiempo que nosotros de haber logrado la independencia política, desde el principio batallaron por sostener sus proyectos emancipatorios en una cosmovisión africana.

En la segunda mitad del siglo XX nosotros criticamos el "desarrollismo" que nos uncía a la modernización capitalista al modo estadounidense, mientras que casi al mismo tiempo ellos rechazaban que su destino fuera hacer de África otra Europa.

Aquí apenas en lo que lleva el siglo XXI vamos tratando de recuperar el bolivarianismo y vernos como un pueblo de pueblos, mientras que ellos, desde que lograron la independencia de naciones —con frecuencia postizas—, apelaron a la negritud como identidad compartida y al panafricanismo como proyecto.

Y así como nosotros hemos descubierto en el comunitarismo una socialización en resistencia y una fuente de inspiración civilizatoria, los pueblos africanos han buscado y buscan el sustento de la comunidad y hasta del buen tribalismo para construir una nueva cohesión social.

En el continente americano dejamos de ser colonias desde el siglo XIX mientras que los pueblos africanos emprenden el camino de la liberación nacional apenas en el siglo XX y los sudsaharianos en la segunda mitad. Pero desde el principio rechazan tajantemente las visiones eurocéntricas.

Descendiente de esclavos, Frantz Fanon nació en Martinica, pero participó en el movimiento independentista argelino y dedicó su esfuerzo y pensamiento a la revolución africana. En *Los condenados de la tierra*, un texto

escrito a fines de los años cincuenta escribe: "Compañeros: hay que decidir desde ahora un cambio de ruta. No perdamos el tiempo en estériles mimetismos. Dejemos a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina. El juego europeo ha terminado y hay que encontrar otra cosa… Decidamos no imitar a Europa y orientemos nuestros músculos y nuestros cerebros en una nueva dirección. Si no queremos transformar a África en una nueva Europa entonces habrá que inventar, habrá que descubrir".

Y quizá porque para entonces ya había países socialistas, algunas naciones africanas debutantes como Senegal, Ghana, Guinea y Tanganica buscaron avanzar por ese camino. Pero, aunque lo llamaron socialista, su proyecto no era el de Marx y los socialistas europeos. Si acaso se parecía al socialismo comunitario que deseaban los campesinos rusos y que el gobierno de los soviets frustró.

Julius K. Nyerere, presidente de Tanganica y, luego de la unión con Zanzíbar, de la nueva República de Tanzania, en una conferencia sobre socialismo africano de 1962, retoma la crítica al determinismo histórico del marxismo eurocéntrico que ya otros le habían hecho.

"El socialista europeo no puede concebir su socialismo sin su padre el capitalismo. Criado en el socialismo tribal, tengo que decir que encuentro esta contradicción totalmente intolerable. Da al capitalismo una posición filosófica que ni pide ni merece, porque dice virtualmente: 'Sin capitalismo y sin el an-

tagonismo que el capitalismo creó en la sociedad, no puede haber socialismo'. Esta glorificación del capital por los socialistas europeos doctrinarios me parece, lo repito, intolerable".

Por su parte Sékou Touré, presidente de Guinea, dice: "El desarrollo africano se caracteriza por una concepción subyacente del hombre no individualista sino personalista que florece en la coherencia de una sociedad viva, de una comunidad orgánica. Por eso es que nuestro modo de desarrollo lleva a un socialismo centrado en la comunidad, un socialismo no de coacción sino de solidaridad y cooperación".

En su intento de transitar de sociedades aún no capitalistas a sociedades ya no capitalistas, los africanos se apoyan en una cosmovisión que tiene su base en la comunidad, de modo que su peculiar socialismo es enfáticamente comunalista. Dice Nyerere en la intervención ya citada: "El primer paso debe ser recuperar nuestra antigua actitud mental. En nuestra sociedad africana tradicional éramos individuos dentro de una comunidad. Cuidábamos de la comunidad y la comunidad cuidaba de nosotros".

Marxista comunalista, el ghanés George Padmore escribe: "Nuestro punto de partida debe ser la tierra con su propiedad y su producción comunales y su factor de autoayuda cooperativa. Ésta es la piedra básica sobre la cual hemos de construir el nuevo tipo de sociedad socialista en Ghana".

Un delegado originario del Congo Leopoldville al Coloquio de Dakar de 1962 profundiza la idea

en una breve y sustanciosa fórmula: "El socialismo africano es el florecimiento completo del individuo mediante el florecimiento de la comunidad en la que eligió vivir y trabajar". Con lo que deja claro que la comunidad no es destino adquirido por nacimiento sino elección y que no hay que negar la comunidad para crecer como individuos.

Como en Nuestra América, el proceso de independencia política africano produjo en muchos casos países artificiales, lo que llamaron "naciones prisión", que construidas desde fuera y desde arriba no representaban a los pueblos originarios. Algunas, en la lucha por la autonomía fueron forjando una verdadera identidad nacional, pero la base seguía siendo una gran diversidad de pueblos que no acababan de sentirse cómodos en los nuevos estados nación.

Pero a diferencia del arraigo nacional, que era débil, algunos líderes se fueron dando cuenta de que cuando menos en el área sudsahariana donde no había mucha conciencia de ser ghanés o senegalés, sí la había de ser negro-africano, base de una posible identidad continental: la "africanidad".

El impulsor intelectual del proyecto panafricano es George Padmore, quien escribe: "La revolución que se está realizando en África es triple. Hay en primer lugar la lucha por la independencia nacional. En segundo lugar, hay una revolución social que sigue a la consecución de la independencia. Y en tercer lugar los africanos buscan alguna forma de unidad regional como precursora de unos Estados Unidos de África".

En los sesenta del siglo XX impulsaron este proyecto el presidente de Senegal, Leopold Sengohore; el de Ghana, Nwame Ktumah, y el de Tanganica, Julius K. Nyerere, que fueron en África el equivalente del panamericanismo bolivariano del siglo XIX.

Todo esto ocurría en los años cincuenta y sesenta de la pasada centuria, al calor de las exitosas luchas de liberación nacional que se desplegaron después de la guerra. Y la mayor parte de los proyectos no cuajaron o se pervirtieron. Lo que no les quita valor, pues son la herencia política de los pueblos de ese continente y debieran serlo también del nuestro, que tanto se le asemeja. Que la liberación africana podía descarrilar lo entendía bien Fanón, quien analizó ese peligro en muchos de sus escritos:

"Los pueblos africanos se han descubierto recientemente y han decidido, en nombre del continente, pensar de manera radical sobre el régimen colonial… Pero se multiplican los obstáculos para lograr esta utopía, hay intereses decididos a cerrar el camino a esa unidad, a ese esfuerzo coordinado de doscientos cincuenta millones de personas… El colonialismo que se tambaleó frente al nacimiento de la unidad africana se recupera y trata ahora de quebrantar esta voluntad utilizando todas las debilidades del movimiento… Las colonizaciones han revestido formas múltiples y hay que distinguir una verdadera descolonización de una falsa descolonización… Son los pueblos coloniales los que deben liberarse de la dominación colonialista. La verdadera liberación no es la seudo independencia política…"

Palabra saharaui *

El lenguaje con que chillan los
intestinos del Sur es un enigma
para los oídos del Norte.

Liman Boisha

Me apena ser tan viejo y saber tan poco del pueblo saharaui. Por eso en la presentación de hoy dejaré que hablen los que saben y yo leeré fragmentos de poesía saharaui.

Según un viejo dicho saharaui "todo poeta lleva un duende en la lengua". Y el duende que llevan en la lengua los poetas saharauis es un duende combatiente, un duende rebelde. Porque el pueblo saharaui ha tenido que luchar y sigue luchando para que lo dejen ser el pueblo que es y habitar su propio territorio.

Dice Ljandra, una poetisa saharaui: "La revolución nos convirtió a todos en poetas". Y dice verdad. Poetas que cantan a la vida desde la inminencia de la muerte.

Así lo escribe Ahmed Mahmud en el libro *Treinta años de guerra de liberación contra España*:

Como de costumbre
nuestra muerte es ineludible.

Compatriotas,
es preferible el martirio que morir en
vano…

Y en el libro *Di que no me lo has contado,* Liman Boisha se pregunta:

¿Existiría el Sahara sin la envidia de la
memoria del viento,
sin las señales de fuego,
sin la libertad de los pastos,
sin la sombra de las acacias?
¿Existiría el Sahara sin el muro que separa
nuestra carne,
sin los alambres que siembran la muerte,
sin nuestra sangre?
¿Existiríamos?
¿Existiría el desierto si no hubieran
intentado enterrarnos en él?

El mismo Boisha en *Los versos de madera* escribe:

Un beso, sólo un beso,
separa la boca de África
de los labios de Europa.

Pero en *Ritos de Jaima* el poeta tiene que reconocer que un beso sería suficiente… y sin embargo:

El lenguaje con que chillan los intestinos
del Sur

es un enigma para los oídos del Norte.

En el mismo libro Boisha se pregunta, ¿de qué se alimenta la poesía saharaui? Y él mismo se contesta.

> Se alimenta de la oralidad que crepita a cualquier hora,
> del viento que esculpe la acacia,
> del humo azulado de las hogueras,
> de la sensualidad de las miradas…
> Se alimenta de los desiertos individuales
> y del desierto colectivo.
>
> Pero también se alimenta de las heridas de la guerra
> y del hedor de la ocupación.
>
> Nuestra poesía se alimenta del crepúsculo en cada vaso de té y de la tenacidad de un pueblo por ser libre.

En lucha contra la ocupación española, nace en 1969 la Organización Avanzada para la Liberación del Sahara, OALS, encabezada por Mohamet Sidi Brahim Basir, llamado Basiri y reconocido como emblema del movimiento independentista saharaui.

Sobre la situación que se vivía entonces y sobre el papel del líder, escribe Mustafá Salem Mohamet Lemin Abdelahi, conocido como Badi.

> En las ciudades y en los campos aumenta la presión.

Secuestrados los pozos y las fuentes,
no se salvan ni el agua ni el aguador.

Tenemos prohibido reunirnos,
nos limitan los combustibles
y hay toque de queda al anochecer.

Nos prohíben conversar
y está prohibida la palabra del sabio
alfaquí.

Viendo todo esto Basiri no tuvo dudas,
urdió las redes de la ruptura con la
ocupación
y se convirtió en la proa de la revolución
del Sahara.

Con él se levantaron las tiendas de la
nación saharaui,
él tejió los vientos.
él cuidó las fronteras…

La política de Basiri y de la OALS era de resistencia pacífica y negociación. Y en esa línea en 1970 convocaron a una reunión en el barrio de Zemla en El Aaiún.. Los legionarios españoles la disolvieron a tiros. Hubo numerosos muertos y heridos. Basiri fue detenido, torturado y presumiblemente asesinado. Pero nunca se encontró el cadáver.

Escribe Badí, que fuera su amigo y compañero.

Acaso desde el día de Zemla
Basiri se convirtió en un joven
dromedario
y empezó a caminar hacia el viento de
mayo
hasta convertirse en un fuerte y
robusto camello.

El hecho es que pocos años después de la muerte de Basiri, en 1973, se forma el Frente Polisario, que retoma la lucha de la OALS por la independencia.

Y en el tercer milenio, la plena autonomía y el reconocimiento territorial del pueblo saharaui sigue siendo una asignatura pendiente. Escribe Bahía Awad en un poema de 2015.

Los he visto huyendo de sus hogares,
los he visto muriendo en su larga huida.
También he visto telarañas, treinta años
después,
en aquellas puertas que no se cerraban.

Se esconden los crímenes,
se negocian los principios
y se intenta, sigilosamente,
matar a la esperanza.

Entonces ¿qué es la carta magna del
mundo?
¿un derecho elemental en desuso?
¿un veredicto contra nuestra razón legal?

Resoluciones con lágrimas de
desplazados
que tras cada sesión firman
las corbatas azules de la ONU
en Nueva York.

El mundo, las Naciones Unidas,
el Consejo de Seguridad…
no pueden estar todos tan locos para
ignorar mi palabra.
Al menos déjenme gritar.
¡Quiero ser yo mismo!

Termino con un poema de Uld Ali Abdelrahman, que se hace una pregunta y nos la hace a nosotros:

Otros días más sin ti, otros meses.
¿Otros años más sin ti?
¿Qué hago?

¿Me desespero o me radicalizo?
Pintaré con pintura verde:
¡Fuera de mi casa intrusos!
en la fachada azul del mundo.

Y si no me escuchan otra vez
¿qué hago?

*Leído en la presentación del Suplemento *La Jornada del Campo,* del diario *La Jornada,* dedicado al pueblo saharaui.

Raíz y razón del negacionismo frente a la crisis ontológica por la Covid-19

> *El encubridor esquivarse de la muerte domina la cotidianidad, es un tranquilizarse que aparta al "ser ahí" de la muerte, que no deja brotar la angustia ante la muerte. En el morir de los otros llega a verse una inconveniencia social.*
>
> Martin Heidegger
> *El ser y el tiempo*

El franco negacionismo de quienes rechazan que exista una pandemia, el conspiracionismo de quienes la atribuyen a un complot, el evasionismo de quienes la trivializan al no ver en ella más que la oportunidad de repetir narrativas previas, son comportamientos que prolongan posturas de otros tiempos en las que como ahora se evadía reconocer que tras el desafío epidemiológico está el desafío existencial que supone reconocer la fragilidad, la finitud, la poquedad de la vida humana.

La pandemia es una crisis sanitaria, social, económica, política, cultural y moral, pero es también una crisis ontológica que remite a nuestro ser en el mundo. Refiriéndose a la pandemia del sida y a otras epidemias, Susan Sontag habló de "lo difícil que se ha vuelto convivir con la muerte en las sociedades modernas", los nuevos negacionismos respecto de la Covid-19 confirman su aserto.

Para profundizar en esta dificultad empezaré ocupándome de otras pandemias que también la ejemplifican.

Durante el siglo XX ocurrió una gigantesca catástrofe, con mucho el mayor cataclismo de la historia humana, el acontecimiento más mortífero que jamás hayamos vivido como especie. Y no fueron las masacres de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, no fue el cruel holocausto del pueblo judío; fue una crisis sanitaria, la influenza española que mató a cien millones de personas, muchas más que las dos guerras y el genocidio juntos.

En muy poco tiempo uno de cada veinte de los seres humanos que entonces vivían pereció a causa del virus. Catástrofe humanitaria sin par que, sin embargo, la historiografía registró como un evento ciertamente disruptivo pero menor, comparado con el trauma que representaron las dos grandes guerras, el holocausto y hasta las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki; acontecimientos que junto con las grandes revoluciones marcaron con fuerza el imaginario colectivo, mientras que la hecatombe sanitaria se iba borrando.

Olvido de un evento crucial en la historia de la especie humana que quizá se explica porque las guerras responden a intereses y tienen causas, y de los genocidios hay responsables, mientras que las mortandades pandémicas son obra de un enemigo invisible, de un agresor sin rostro cuyo origen está en nuestra biología y en el ecosistema del que formamos parte. El problema que tenemos para recordarlas es que en sentido estricto, de las pandemias no hay culpables.

El sufrimiento causado por el belicismo, el racismo, la injusticia y otros males sociales nos indigna, el dolor causado por la enfermedad y la muerte nos angustia. Y para escapar de la angustia las barremos debajo de la alfombra, las arrumbamos en el fondo del closet, tratamos de olvidarlas.

Así ocurrió con la influenza española hasta que una rápida sucesión de nuevas pandemias nos obligó a recordarla. Y así puede ocurrir con la Covid-19.

De hecho, ya está ocurriendo. Por una parte, tenemos al negacionismo abierto, franco que de plano niega la pandemia o la minimiza. Pero hay también un negacionismo sutil que de dientes para fuera la reconoce, pero en vez de mirarla de frente y aceptar lo inédito del reto, la emplea para repetir lo mismo que venía diciendo antes: "Con motivo de la terrible pandemia déjenme hablarles del neoliberalismo, del fascismo, del extractivismo, del racismo, del machismo, del ecocidio, de la necropolítica, del estado de excepción.

Cuestiones todas de enorme importancia y de las que sin duda hay seguir hablando, pero que repetidas tal cual, en el contexto de la pandemia resultan zonas de confort intelectual desde las que soslayamos la emergencia sanitaria global. Cómoda operación de cortar y pegar con la que consciente o inconscientemente negamos un acontecimiento inédito para las últimas generaciones; un acontecimiento retador ante el que quedan cortos nuestros anteriores conceptos. Dar viejas respuestas a nuevas preguntas es una forma de negacionismo, un negacionismo más insidioso

que el de quienes de plano rechazan que haya nuevas preguntas.

Ya no hay chistes, hay memes, pero déjenme que les cuente uno. A Pepito no le gustaba estudiar y para el examen de zoología no preparó más que el tema de la lombriz. Pero el maestro le preguntó por el elefante. Sin inmutarse Pepito respondió: "El elefante es un animal enorme y gris con una cola que en la punta semeja una lombriz". Y de ahí se arrancó: "Porque la lombriz…"

A principios de 2020 al notable pensador italiano Giorgio Agamben, que siguiendo a Karl Smith y a Walter Benjamin sostiene la paradoja de que vivimos en un "permanente estado de excepción", le preguntaron su opinión sobre la pandemia. "La pandemia no existe —contestó—, es un invento, una patraña. Lo que en verdad existe es un estado de excepción planetario —y continuó—, porque el estado de excepción…" y así siguió don Giorgio repitiendo lo que ha venido diciendo en los últimos años… y que por cierto es muy penetrante y pertinente.

Otros no niegan la pandemia, pero hacen lo mismo que Pepito y Giorgio: no ven en ella más que la oportunidad de reiterar lo que siempre han dicho. Y no; la lombriz es un bicho muy importante y lo sabemos, pero hoy nos toca hablar del enorme elefante gris que es la pandemia.

En un libro reciente sobre la Covid-19 y el neoliberalismo, donde escriben cerca de 30 personajes relevantes de la política y las ciencias sociales, se dicen

cosas muy importantes sobre el sistema imperante y sobre las vías para salir de él, pero se habla muy poco la pandemia en cuanto tal. Y es que, como dicen los coordinadores: "La pandemia es una oportunidad para avanzar en la agenda social". Pero en verdad la pandemia es mucho más que una "oportunidad" para pasar a otra cosa; la pandemia es una crisis ontológica que nos enfrenta a nuestra finitud como individuos y como especie. Y sin embargo la palabra muerte apenas aparece en un libro de casi 500 páginas escrito con motivo de la pandemia… Esto pese a que a uno de los autores lo mató el virus, deceso lamentable y terriblemente significativo que apenas amerita una nota de pie de página.

Las pandemias matan y no hablar de ello, sino de la injusticia y otros males es una táctica de evasión ante la muerte, un mecanismo para evitar la angustia aferrándose a la indignación.

En los dos últimos años y desde el encierro, he tratado de reflexionar sobre la experiencia desnuda planetaria que es la pandemia. Resumo algo de lo que pude concluir y que publiqué en un libro titulado *Exceso de muerte. De la peste de Atenas a la Covid-19*.

Vivimos tiempos axiales, liminares, ruptúricos, a principios del 2020 nos enfrentamos al ominoso quiebre de los tiempos que representa la pandemia de Covid-19 y ahora tenemos una guerra en Europa, que amenaza hacerse mundial. ¿Y luego, qué? Sospecho que luego habrá más sorpresas, más acontecimientos globales imprevistos y desquiciantes, más experien-

cias desnudas, más trances colectivos vertiginosos, espantables, iluminadores…

Igual que las que he llamado experiencias desnudas, las incontrolables pandemias, los eventos catastróficos del cambio climático, las desquiciantes recesiones económicas, las guerras abiertas o subrepticias son fenómenos globales y recurrentes. Son sacudidas civilizatorias que sabemos de cierto que vendrán, pero no sabemos a qué horas llegan ni en qué plan vienen. Son acontecimientos súbitos y colosales que desquician el conjunto de nuestros modos de vida. Sacuden sistemas tecnocientíficos, estructuras productivas y distributivas, relaciones sociales, órdenes políticos, mundos simbólicos, jerarquías de valores, hábitos emocionales, comportamientos… Y los alteran en todas las escalas: en lo individual, en lo familiar, en lo comunitario, en lo nacional y en lo global…

Podemos llamarlas experiencias desnudas, puras, duras, radicales… si por experiencias *a ráiz* entendemos aquellas vivencias cuya intensidad pone en crisis nuestros reflejos intelectuales, valorativos y emocionales desmontando los filtros y tamices con que antes de la sacudida procesábamos y normalizábamos lo que nos llegaba del entorno. Como que de pronto la realidad se desacomodó y ya no sabemos qué onda…

Todos hemos tenido alguna vez iluminaciones, revelaciones, momentos extáticos que cambian nuestras vidas, pero ahora se trata de la humanidad toda. Es ésta una experiencia desnuda planetaria que pone en cuestión no sólo el presente sino el pasado y el fu-

turo; tiempos idos y por venir que crisis globales recurrentes como las que nos tocaron, iluminan con otra luz cambiando su significado.

Por ejemplo, la idea de que las pestes y plagas eran asunto del mundo antiguo y que la pandemia de influenza española que hace un siglo mato a cien millones no se podía repetir pues nuestros recursos sanitarios son más potentes, se derrumba ante el arribo del SARS-COV-2 y la evidencia de que aun con vacunas el nuevo virus llegó para quedarse.

Emergencias sanitarias, siniestros climáticos planetarios, desplomes económicos, guerras… son evidencias que desacreditan la idea de un porvenir sin riesgos, sin catástrofes, sin crisis humanitarias (si alguien piensa que en su altermundismo predilecto no habrá virus o que a las heroicas comunidades en resistencia las pandemias les hacen los mandados, siento decirle que está equivocado). No hay tal futuro idílico, los seres humanos vivímos y viviremos en peligro; la idea, cara al racionalismo, de que al poner en orden a la naturaleza y a la sociedad estamos construyendo un mundo de seguridades, es uno de los dogmas de la modernidad que se derrumban. Debemos aprender a esperar lo inesperado, hay que irse acostumbrando a vivir en la incertidumbre… Hay que asumir que la historia es muchas cosas, entre ellas una sucesión de desquiciantes experiencias desnudas.

La nueva realidad que emerja de la Covid-19 deberá recoger la experiencia dura y pura no sólo de ésta y otras pandemias (infecciosas y crónico degenerativas), también de las recurrentes emergencias cli-

máticas y de los ramalazos endógenos que a cada rato nos receta la economía; deberá asumir la evidencia de que las crisis forman parte insoslayable de la vida personal y colectiva.

Debiéramos aceptar que así será, pero como nos pasa con los rayos y los truenos, las iluminaciones demasiado intensas y los tronidos demasiado fuertes nos espantan y quisiéramos taparnos los ojos y los oídos. En el fondo quisiéramos que hubiera una vacuna espiritual contra los efectos desquiciantes y vertiginosos de las que llamo experiencias desnudas.

Desde el siglo VI la gente asoció la peste negra con el martirio de San Sebastián: las flechas eran el mal y en el santo que milagrosamente se sobreponía a ellas estaba la salvación. Desde entonces, cuando nos sentimos amenazados buscamos nuestro sansebastián: nuestra estampita; nuestra tranquilizadora explicación y nuestro santo remedio.

Lo bueno de los sansebastianes es que tranquilizan y sabiendo que los llevamos en la cartera nos decimos que lo que pasa no es nada nuevo, que estaba previsto, que ya lo sabíamos, que se los dijimos… Lo malo de los sansebastianes es que planchan, pasteurizan, normalizan un acontecimiento radicalmente disruptivo que nos tuvo a todos encerrados viendo cómo se acababa el mundo. El problema de estas retóricas sansebastiánicas no es que sean falsas, sino que dan respuestas añejas a preguntas recién nacidas.

Dice el calificado economista: "La recesión económica ya la habíamos pronosticado, la pandemia no es más que un acelerador…"

Sostiene el actualizado politólogo: “La pandemia es parte de la nueva biopolítica que es la necropolítica, los gobiernos la exageran para justificar la profundización del autoritarismo…”

Afirma el filósofo esclarecido: “Es una forma de prolongar el 'permanente estado de excepción', ya lo decía Benjamin…”

Proclama el comunalista profundo: “La pandemia se origina en la globalización salvaje, de modo que su salida está en lo local, en las autonomías, en los Caracoles…”

Anuncia el ambientalista pachamámico: “La madre naturaleza nos pasa la factura, tanto habíamos degradado el entorno del murcielaguito que…”

Pontifica el marxista: “La pandemia oculta problemas estructurales como la explotación, la pobreza y la exclusión, que matan más que el virus…”

Convoca el izquierdista radical: “Hay que transformar a la pandemia en un llamado a la revolución, el capitalismo está tocado de muerte, éste es el momento de…”

El reflejo reduccionista de los expertos es entendible y aceptable, pues son gente de buena fe que trata de decir la verdad —la verdad de cada quien—, aunque no toda la verdad ni la verdad más urgente a la hora de la verdad.

Regreso a la pandemia: nunca nos había pasado algo así, nadie de quienes hoy vivimos había tenido una experiencia desnuda semejante; enfrentamos la catástrofe biosocial del siglo y quizá de varios si-

glos: más global que las guerras mundiales, más ubicua que la gran depresión, más retadora que el neoliberalismo… Y de ésta saldremos cambiados. Pero para ello necesitamos reflexionar sobre lo que nos está pasando. Las doce tesis que siguen pretenden abonar a esta reflexión.

1. La actual emergencia sanitaria como componente de la Gran Crisis multifacética que padecemos le confiere a ésta un carácter ontológico. No sólo porque amenaza nuestra existencia como individuos y como especie poniendo en cuestión nuestro ser en el mundo, sino también porque es una experiencia desnuda planetaria de la que nadie escapa.

2. Las pandemias como los terremotos, tsunamis y erupciones volcánicas quebrantan nuestros cuerpos, pero como hace 2 400 años dijo Tucídides de la peste de Atenas, también "quebrantan nuestros corazones". Y los quebrantan porque vienen de fuera y nos sorprenden. A diferencia de las guerras y las revoluciones, las enfermedades —y muy claramente las infecciosas de origen zoonótico— no resultan directamente de procesos sociales, sino de eventos naturales: la mutación de un virus.

3. Ciertamente la frecuencia con que aparecen las epidemias y pandemias, el modo como se transmiten y el daño que causan depende de cómo están organizadas las sociedades en que ocurren y de la manera como las emergencias se manejan. Podemos hablar entonces de

enfermedades "injustas", dolencias del cuerpo que se ensañan con las personas y regiones más vulnerables, inequidad sanitaria que nos convoca a transformar el orden social.

4. Pero si bien las enfermedades profundizan la injusticia, no se originan en la injusticia, sino en nuestra condición biológica y en el orden natural del que formamos parte. Las enfermedades son asunto del cuerpo. La pregunta entonces es: ¿Morimos por culpa del sistema social o morimos porque somos mortales? Las dos cosas son ciertas, pero si lo primero nos indigna lo segundo nos angustia. Y al parecer preferimos indignarnos.

5. La muerte por enfermedad —más cuando es sorpresiva y multitudinaria, como en las epidemias— nos desquicia y abisma al confrontarnos con nuestra finitud ontológica, con la insoportable brevedad del ser. Y para escapar de la angustia existencial le buscamos explicaciones sociales a la enfermedad —a veces individuales (nuestros malos hábitos), a veces sistémicas (el afán de lucro, el ecocidio)—. Y sí, hay que vivir de otra manera y hay que cambiar de sistema socioeconómico, pues con esto mitigaremos los males y reduciremos el dolor… pero seguiremos enfermando y seguiremos muriendo. Porque así son las cosas, qué le vamos a hacer.

6. El negacionismo y las teorías conspirativas son en el fondo tácticas de evasión. Echarle la culpa del sida

a los negros que comen monos o al imperialismo que desarrolló el virus en Maryland para acabar con los africanos pobres; responsabilizar de la Covid-19 a los chinos que dejaron escapar un virus que estaban manipulando con fines aviesos, son maneras de transformar la angustia en indignación. Y no se vale.

7. Para hacerle frente a las epidemias hay que partir del dolor. En la emergencia, la primera tarea es mitigar el sufrimiento y, si es posible, evitar la muerte. En ese momento se trata de combatir la enfermedad, no de erradicar sus causas sociales, el enfermo quiere que lo curen, no que lo regañen o que lo instruyan sobre la injusticia que subyace tras de su dolencia.

8. En las emergencias (yo diría que siempre), el dolor humano —y no una abstracción— debe ser el punto de partida y el punto de llegada. No que las ideologías políticas sean inútiles, sin duda son muy necesarias… Pero las definiciones políticas son derivadas; lo primero es la compasión, la solidaridad, la empatía práctica con el que sufre. Lo primero no son las abstracciones sino el cuidado, la cura cuyo emblema son los trabajadores de la salud. No el político que saca raja, no el académico que quiere lucirse… el médico, el que cuida, el que cura. Seamos médicos.

9. Como todos los vivientes nosotros somos mortales, la enfermedad es nuestra marca de fábrica, nuestro sino. Pero nosotros somos humanos y como tales so-

mos responsables de nuestra vida… y somos responsables de nuestra muerte. Porque nuestro tiempo no es el de la evolución, sino el de la historia. Sin dejar de ser biología, nosotros los humanos nos rebelamos contra la fatalidad biológica; sin dejar de ser parte del ecosistema, nosotros los humanos nos rebelamos contra los designios de nuestra madre naturaleza.

10. La codicia y el absolutismo mercantil prostituyeron a la modernidad, pero su sueño era generoso: acabar con el horror y el espanto, acabar con las pestes y hambrunas que nos arrasaban imponiéndose para ello sobre los ciegos designios de la naturaleza. Hoy criticamos acremente los desfiguros de la modernidad. Y está bien, pero este sueño suyo debe ser preservado.

11. La Covid-19 y sus secuelas evidencian que la Gran Crisis es una, es grande y es fea. La debacle ontológica que nos aqueja no es sumatoria de tropiezos parciales: recesión económica, descomposición social, decadencia del paradigma político liberal, astringencia energética, cambio climático, estrés hídrico, clasismo, racismo, sexismo, adultocentrismo… más lo que se acumule; no hay interseccionalidad que valga, no se trata de volver a juntar lo que antes desarticulamos, la Gran Crisis es un colapso integral y los acostumbrados abordajes fragmentados y disciplinarios ocultan su integralidad. Reconocer su condición de descalabro ontológico es importante, pues es reconocer su integralidad, lo que nos permitirá abordarla como un todo.

12. La crisis ontológica es ya una experiencia trascendental de la humanidad entera; que sea también históricamente trascendente depende de nosotros, de todos nosotros. Las experiencias desnudas ocurren en el tiempo instantáneo de Kairós y son de suyo trascendentales, pero para que sean trascendentes en términos históricos tienen que incorporarse al tiempo de la duración, al tiempo cronológico, al tiempo de Cronos. Y esto sucede cuando se narran, cuando se socializan, cuando se incorporan organizadamente al imaginario de todos e inspiran acciones colectivas. Dicho llanamente, la Covid-19 con su cauda de dolor y muerte, pero también de solidaridad tiene que contarse, tiene que reflexionarse, tiene que rememorarse en relatos elocuentes y poderosos que nos convoquen a actuar… Y en eso estamos.

La pandemia plantea nuevos interrogantes para los que no son suficientes las viejas respuestas, propongo algunos.

¿Cómo vivir individual y colectivamente con la incertidumbre que genera el tsunami de muerte provocado de la Covid-19?

¿Qué previsiones tomar como sociedades ante la recurrente irrupción de lo imprevisto?

¿Qué tipo de Estado será capaz de hacer frente a desafíos de la magnitud del cambio climático o las pandemias?

¿Cuáles son las nuevas solidaridades a las que convocan crisis como la de la Covid-19, que retan a la especie humana?

¿La necesidad de hacer frente a una amenaza cuyo origen último está en nuestra biología y en el ecosistema del que formamos parte, obligará a repensar la crítica que muchos hicimos a la pretensión de "dominar a la naturaleza", propia de la modernidad?

Bibliografía

• Ackerman, John M., Ramírez Gallegos, Enrique y Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (coordinadores). *Pos-COVID. Pos-Neoliberalismo*, Siglo XXI Editores, México, 2021.
• Agamben, Giorgio. *La invención de una pandemia*, https://tinejurl.com/s5pua93
• Baker, Nicholson. https://tinejurl/yxkj2j35
• Bartra, Armando. "Tiempos turbulentos", en *Argumentos*, Nueva Época, año 23, mayo-agosto 2010, número 63, UAM-X, México.
• Bartra, Armando. *El hombre de hierro. Límites naturales y sociales del capital en la perspectiva de la gran crisis*, UAM-X,UACM, Editorial Itaca, México, 2014.
• Bartra, Armando. *Experiencias desnudas. El lugar del acontecimiento en la historia,* UAM-X, México, 2018.
• Bartra, Armando. *Exceso de muerte. De la peste de Atenas a la Covid-19*, Fondo de Cultura Económica, México, 2021.
• Berandi, Franco. *The Third Unconscious*. Editorial Verso Books, Londres, 2021.
• Davis, Mike. *Llega el monstruo. Covid-19, gripe aviar y las plagas del capitalismo*, Capitán Swing Libros, Barcelona, 2020.
• Greenpeace, greenpeace.org/colombia/noticia/issues/clima y energía/vínculos-entre-coronavirus-clima-y-medioambiente
• Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
• Quarmmen, David. *Contagio*, Penguin Random House, Barcelona, 2010.
• Ramonet, Ignacio. *La pandemia y el sistema mundo*, Editorial La Jornada, 2020.
• Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, Editoral Debolsillo, Barcelona, 1992.
• Spinney, Laura. *El jinete pálido. 1918. La epidemia que cambió al mundo,* Editorial Crítica, Barcelona, 2020.
• Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Editorial Porrúa, México, 1980.
• Woolf, Virginia. *Estar enfermo*, Alba Editorial, Barcelona, 2019.
• Zizek, Slavoj. *Pandemia.* Editorial Anagrama, Barcelona, 2020.

Los rumbos de la revolución en el arranque del siglo XXI*

Se trata de cómo podemos pensar, a partir del presente, programas no solamente para resistir más, sino para empezar a cambiar la sociedad, a sembrar relaciones que nos ayuden a construir un mundo más justo.

Silvia Federici. *Reproducción y lucha de las mujeres en una época de nueva acumulación originaria.*

La presencia en el Seminario titulado "Cuál es el futuro del capitalismo" de Silvia Federici, la feminista que mejor ha ubicado a las mujeres en el marco de la crítica de la economía política y de la historia crítica del capitalismo, fue para mí la oportunidad de reflexionar con ella sobre las y los orilleros. Sobre aquellas y aquellos que siendo pieza clave del sistema son, sin embargo, vistos como marginales en términos de acumulación de capital; aquellos y aquellas que son catalogados de no productivos por quienes no admiten otro valor económico que el que genera el capital al explotar trabajo asalariado. Pienso en las mujeres amas de casa y los campesinos, pero también en los artesanos, los variopintos cuentapropistas, los viejos, los niños… más de dos terceras partes del esfuerzo laboral humano.

Trabajo que siendo esencial para la reproducción de la vida y (naturalmente) para la acumulación de capital es, sin embargo, parcial o totalmente invisibilizado en las cuentas nacionales y en los cálculos económicos.

Dos ejemplos: educar a los niños en las escuelas y cuidar a los enfermos en los hospitales aparece como gasto en los cálculos económicos, pero cuando la reducción del tiempo escolar y de hospitalización operados por las políticas neoliberales traslada estas labores al ámbito doméstico donde son realizadas por las mujeres, el resultado es visto como un ahorro neto. Lo mismo podría decirse de los gastos de subsistencia de los jornaleros estacionales: cuando se cubren con el salario que paga el contratante son un costo, cuando los asume la familia campesina de la que provienen se invisibilizan económicamente.

La periferia en el centro

Me ocupé, pues, de la explotación del trabajo no asalariado, sobre todo el de las mujeres y el de los campesinos. Pero me ocupé también de luchas sociales que en la perspectiva del marxismo clásico del que vengo resultarían excéntricas, pues para los ortodoxos sólo el proletariado y su insurgencia son centrales. Luchas que, sin embargo, fueron protagónicas en las grandes gestas emancipatorias del siglo pasado y lo siguen siendo en el presente.

Pienso que en el siglo XX y lo que va del XXI se hizo evidente que la periferia es el centro y la clave está en los bordes. Durante la última centuria, las re-

voluciones y los grandes movimientos libertarios ocurrieron todos en las orillas: la revolución mexicana, la revolución rusa, la revolución china, la revolución anticolonial en la India, las revoluciones africanas y asiáticas de liberación nacional. Insurgencias desplegadas en regiones donde el capitalismo había sentado de antiguo sus reales, pero donde dominaban la ruralidad, las comunidades y los campesinos; de modo que las contradicciones de clase se entreveraban con la dominación colonial y con el racismo.

Mientras tanto, en las metrópolis cobraban fuerza movimientos pacifistas, feministas, ambientalistas, estudiantiles… que desde cierto marxismo aparecían como simples agregados multiclasistas, pero que sin duda tenían identidad política propia.

En lo que va del siglo XXI, el protagonismo contestatario corrió, al principio, por cuenta de omnipresentes movimientos juveniles, destacadamente la llamada "primavera árabe" y los diversos "ocupa". Oleada que, sin embargo, después se fue apagando.

En Nuestra América lo más notable han sido y siguen siendo las revoluciones cívico sociales, primero del Cono Sur y ahora, con el triunfo de la izquierda, en México y Honduras del centro y también del norte. Curso complejo y prolongado en que se combinan los movimientos sociales con las elecciones y en el que se ha ido conformando el posneoliberalismo de izquierda característico de los llamados "gobiernos progresistas".

Paralelamente emerge en muchos países un amplio y difuso movimiento de resistencia territo-

rial a los llamados "megaproyectos", por lo general extractivos. Emprendimientos con los que un capital cada vez más rentista y predador, enfrenta la civilizatoria crisis de escasez y la consecuente revalorización de las materias primas, una rapiña que es confrontada principalmente por los indígenas y los campesinos.

Y, por último, que no al final, se ha hecho presente un poderoso y globalizado movimiento de mujeres animado, que no conducido, por los más diversos y creativos feminismos. Una irrefrenable ola verde y guinda que ya irradia sobre el conjunto de la vida social.

Así, junto a la proverbial lucha entre burgueses y proletarios –que no remite– tenemos otra serie de conflictos y movimientos cuyos disparadores son formas de opresión no estrictamente económicas. Porque la joda es múltiple y, en consecuencia, también la resistencia es diversa.

En el comienzo, la resistencia

Y así fue desde el principio. Con luchas de resistencia fue recibido el orden del gran dinero cuando aún era debutante. El capitalismo europeo nace en medio de la hostilidad de quienes se negaban a perder espacios de autonomía. Ámbitos autogestionados que subsistían en medio de unas relaciones feudales que no eran justas ni libres, sino terriblemente opresivas, pero que tenían rostro humano: el señor feudal que te requisaba la cosecha era de carne y hueso y podías hacerle un verso procaz, patearle el culo o quemarle el granero.

Hostilidad al nuevo absolutismo mercantil que se manifiesta con particular intensidad en la resisten-

cia de los pueblos a la conquista y la colonización, y se prolonga más tarde en rebeliones indígenas de corte milenarista. No porque las sociedades periféricas avasalladas por los imperios coloniales fueran fraternas e igualitarias, que no lo eran, sino porque el mercantilismo y el capitalismo no liberan, sino que suman cadenas a las cadenas.

Grilletes, saqueos e imposiciones capitalistas peores que los anteriores, dado que su razón es cuantitativa y, por tanto, insaciable. El nuevo amo oculto tras de sus acorazados personeros no quería palacios, ropajes, manjares, halagos y sumisión como los anteriores. El gran dinero que gobernaba desde ultramar sólo quería oro; una riqueza tan sin calidad que para acrecentarla se fundían las joyas más bellas. La metafísica codicia de la modernidad mercantil capitalista encarnaba en el rapaz conquistador o el expoliador agente colonial, pero en el fondo era gélida y desalmada como la fuerza invisible que mueve a Don dinero.

La batalla es contra el monstruo

Y el rechazo original al monstruo frío del mercado absoluto no ha cesado. Mi impresión es que persistimos en esa misma y ancestral resistencia: las batallas nocturnas de insumisos legendarios como Ludd, que rompía maquinas en las ciudades industriales, como Swing, que quemaba trilladoras en los campos agrícolas, como Dorothy, que se inconformaba en los ámbitos femeninos, continúan. Continúan ahora contra los transgénicos, los agrotóxicos, las motoconforma-

doras, el acoso, la violación... Las brujas siguen celebrando aquelarres y preparando sus pócimas; los epidérmicamente cristianizados no han dejado de visitar a sus dioses ocultos; los salteadores, los locos y los enfermos merodean por los bosques y los parques; tras de cruzar a nado mares y ríos, los bárbaros asedian nuestras costas y fronteras; el *chemo* te mira desde su escondrijo; el *homeless* duerme sobre un cartón en el quicio de tu puerta; los de afuera siguen ahí, por eso las fronteras y los fraccionamientos exclusivos tienen rejas y muros.

Están también los de adentro: el proletariado y otros asalariados, obligados a pelear por una tasa de explotación soportable y condiciones mínimas de subsistencia, contra un capital insaciable que desde siempre –pero sobre todo en los tiempos canallas del neoliberalismo– es capaz de matar de hambre a la gallina de los huevos de oro, si no nos alzamos para impedírselo.

Pero la clase obrera no tiene la patente del inconformismo. Los movimientos sociales contestatarios son casi siempre multiclasistas y en las orillas o las rendijas del sistema habitan y resisten los subsumidos al sesgo: aquellos que ciertamente están incluidos en el sistema, pero bajo la forma de la exclusión. Y todos, integrados o apocalípticos, formamos comunidades. Colectivos grandes o pequeños donde se cultivan los valores de uso en un mundo de valores de cambio, donde se preserva la vida en medio de la muerte.

Junto al proletariado que –dicen– no tiene nada que perder más que sus cadenas, están aquellos que ha-

bitando también en las entrañas del monstruo, sí tienen algo que perder, pues conservan espacios de autonomía, reductos de comunidad, ámbitos de convivencia, reservorios de valores de uso. Pienso en sociedades precarias y a contrapelo; en colectividades amenazadas y bajo asedio, pero siempre en guardia, siempre en resistencia. No tengo que enumerarlas, están en todas partes y cada uno de nosotros tiene las suyas.

Pero si nos diera por las cajoneras sociológicas, podríamos decir que tanto los movimientos contestatarios como los colectivos rebeldes más o menos estructurados, nacen en oposición a los principales males sistémicos: explotación, opresión, violencias, pobreza, exclusión, depredación del entorno, emparejamiento de las culturas, racismo, sexismo, adultocentrismo, ecocidio, consumismo... Y haciéndoles frente encontramos comunidades campesinas e indígenas en vilo; resistencias en red; combativas convergencias feministas, pacifistas, ambientalistas, del arcoíris; luchonas organizaciones gremiales; asociaciones civiles críticas; grupos culturales y contraculturales; redes sociales contestatarias que rompen lanzas en el ciberespacio; niños y adolescentes en rebeldía convocados por una solitaria autista sueca; *hackers* libertarios; ocupas; indignados; MeToo…

Orilleros

Las socializaciones solidarias son omnipresentes, pero florecen sobre todo en las orillas, en los huecos, en los bordes del sistema, donde la relativa exterioridad de

los procesos de reproducción social no sólo permite, sino que demanda, que exige prácticas autogestionarias. Porque ahí en el cerro o en la ciudad perdida nadie te paga la quincena ni pasa el camión de la basura ni hay hospitales ni agua entubada ni electricidad... Y es que el mundo de las comunidades orilleras y de las economías domésticas no es ordenado, clasificado y etiquetado, como el otro, sino barroco, oscilante, incierto.

Fractalidad que se origina en la prodigiosa naturaleza en que está inmerso: los campesinos que cultivan, recolectan, cazan, pescan; las mujeres que se embarazan, paren, amamantan. Y la naturaleza puede ser domesticada —hasta cierto punto— pero no sometida, no amaestrada, de modo que ahí la especialización, tan cara a la modernidad, no sirve para abrirse paso. Por eso los campesinos hacen milpa, un cultivo biodiverso, y las amas de casa recurren al bricolaje, a resolver los problemas improvisando y con lo que hay.

Los rústicos y las mujeres habitan espacios ciertamente penetrados por el sistema pero, en última instancia, irreductibles a los valores de cambio y al mercado. De modo que, para la razón capitalista, sus territorios sociales son un no-lugar, un hoyo negro que escapa a las leyes de la acumulación; leyes que para el gran dinero son las normas que rigen la vida. Los campesinos y las mujeres no son disciplinables borregos sino cabras locas; seres extraños, desorbitados, imprevisibles. Entes desquiciados que piensan y actúan irracionalmente ¿Qué tanto murmuran allá atrás…? ¿De qué se ríen…? ¿Por qué saltan y gritan? ¡Son salvajes…! ¡Están locas…!

Y digo campesinos y mujeres porque son alegoría de la externalidad, de la parte de la vida que transcurre en las orillas del sistema, pero también en sus huecos, en sus rendijas. Para encontrar espacios de autonomía no necesitas irte a una comunidad remota, a una isla o a la punta de un cerro. Hasta en la férrea disciplina de fábrica los trabajadores italianos de los años setenta del siglo XX lograban construir "poder obrero".

Preservar, crear y fortalecer espacios de resistencia; territorios más o menos liberados, más o menos autónomos, es tarea impostergable si queremos sobrevivir, si no queremos ser arrollados. Y en esto las comunidades neozapatistas en resistencia son maestras, son artistas de la autogestión.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y sus bases nos han mostrado que, dentro de un orden neoliberal y autoritario, como lo fue el mexicano hasta 2018, puede haber territorios liberados extensos y persistentes. Socialidades a contracorriente que me remiten a las "zonas liberadas" durante la guerra popular china y a la experiencia de Marquetalia en Colombia.

Pienso, sin embargo, que el gran riesgo que corren estos casos extremos de autonomía político militar es el de encuevarse. Un autoencapsulamiento defensivo que las trasforma en burbujas sociales; seductoras quizá para quienes las observan desde fuera o las visitan en un *zapatour,* pero difícilmente replicables y, por tanto, en última instancia, inocuas. Discontinuidades

en un campo sistémico que pese a la incómoda presencia de los Caracoles se mantuvo imperturbable por décadas, y si cayó y está siendo desmantelado es por obra de otros actores y de otras estrategias, no de las neozapatistas. Entonces, mi conclusión es que además de encuevarse, además de resistir, hay que hacer otras cosas.

Autonomías otras

Y otra de las cosas que se pueden hacer desde la resistencia es construir organizaciones celosas de su autonomía y decididamente autogestivas, pero no al margen del mercado y no de espaldas al Estado, como las neozapatistas de Chiapas, sino insertas en el mercado y negociando con el Estado. Lo digo porque conozco algunas firmemente arraigadas en la Sierra Nororiental de Puebla, en la Sierra Juárez de Oaxaca y en otras regiones rurales, y gracias a ellas he podido darme cuenta de que edificar y defender la autonomía —la autonomía posible aquí y ahora— resulta más emancipador y más contestatario que proclamar a voz en cuello la completa exterioridad, la autonomía absoluta, la rebeldía total.

Una opción, esta última que, salvo en el formal estado de excepción en que se encuentran las comunidades del EZLN, es impracticable para quienes no viven de la academia o de la Cooperación Internacional y tienen que alimentar a sus hijos. Hace algunos años dije que los "apocalípticos" y los "integrados" son las dos piernas de la insurgencia rural. Hoy sigo pensando lo mismo.

Pero también pienso que las autonomías –duras o negociadoras– no bastan. No bastan porque si bien preservan espacios y a veces construyen formas de vida plausibles, a la larga son severamente desgastadas por el neoliberalismo. Puestas a la defensiva en una desigual batalla cuya última trinchera es la defensa de los territorios; ámbitos que en casi todos los casos han sido previamente desertados por la mayoría de los jóvenes y, por tanto, han quedado debilitados. Creo en la resistencia que trata de preservar la vida, pero no la idealizo ni fetichizo.

La autogestión local o regional, el poder popular abajo y a la izquierda serían suficientes si fuera cierta la hipótesis en que se fundó el abstencionismo político inaugurado en México a principios de este siglo, cuando durante el gobierno de Vicente Fox fracasamos en el intento de llevar a la Constitución los derechos de los pueblos originarios.

"Allá, arriba, no hay nada que hacer", "Hay que trabajar abajo y a la izquierda", "Todos los políticos son iguales", "Todos los gobiernos son capataces", fueron consignas que entonces se acuñaron. Apoliticismo de izquierda según el cual los Estados nacionales se desfondaron con la globalización, de modo que no tiene sentido formar partidos, participar en elecciones, debatir en los congresos y, en general, disputar o ejercer un poder que en realidad no existe.

Nuestra América

Pero esta lectura de la circunstancia nacional y global es errónea. Y para quienes la sostenían fue un severo

revés político el que mientras proclamaban su descreimiento en los partidos políticos, en las elecciones y en los Estados nacionales, en casi todos los países del Cono Sur de Nuestra América se desplegaban los procesos libertarios y justicieros más concurridos, apasionados y trascendentes del último medio siglo. Un generalizado vuelco a la izquierda, resultante de la combinación de movimientos sociales, partidos de nuevo cuño y gobiernos "progresistas". Un giro a favor de los pueblos que se encamina a la superación democrática e incluyente del obsceno neoliberalismo. Un quiebre libertario, dado precisamente cuando en el resto del mundo el descrédito de la globalización librecambista se traducía en neofascistas populismos de derecha: Trump en Estados Unidos, triunfos electorales de los ultraconservadores en Europa, Brexit…

Así, mientras primero en Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Uruguay, y por un corto lapso Paraguay, y más tarde en México, Colombia, Honduras y Chile, los pueblos adquirían dignidad y los Estados soberanía; mientras que en muchos de los países de Nuestra América se recuperaban los recursos naturales antes privatizados y se activaban los Estados como rectores de la economía y redistribuidores del ingreso; mientras que en Venezuela, Bolivia y Ecuador se promulgaban nuevas las constituciones políticas —en algunas de las cuales se reconocen la plurinacionalidad y los derechos de la naturaleza—; mientras todo esto ocurría en Nuestra América, en el norte del mundo cobraban fuerza el populismo facho,

el proteccionismo de gran potencia, el armamentismo belicista, el supremacismo blanco, el sexismo, el racismo, el antiambientalismo...

El curso emancipador iniciado con el siglo en Nuestra América se construyó desde abajo y es tanto local como global, no podía ser de otra manera. Pero le pese a quien le pese, su escenario principal fue el de los Estados nacionales y su disputa decisiva fue por los gobiernos. Estados y gobiernos en los que la gente sigue creyendo y, por tanto, disputándolos apasionadamente.

En Bolivia se empezó simbólicamente con la "guerra del agua", la "guerra de la coca", la "guerra del gas", las reivindicaciones autonómicas de los amazónicos. Pero la autogestión hídrica en Cochabamba, el reconocimiento de que la coca es cultura, la aceptación de que los pueblos originarios tienen derechos y, más aún, la defensa del gas como recurso de la nación eran parcialidades reivindicativas o localismos. Parcialidades, localismos, es decir particularismos sin duda legítimos pero que no tenían futuro sin un proyecto de país de carácter general, incluyente y estratégico cuya materialización pasaba forzosamente por la conquista del gobierno y la refundación de las instituciones públicas. Y los bolivianos ganaron la Presidencia y mediante un "Pacto de Unidad" y un Constituyente, construyeron un nuevo poder gubernamental y los fundamentos de un nuevo Estado.

En Argentina se pasó de los "piquetes" y el "¡Que se vayan todos!", a los gobiernos peronistas de izquierda de Néstor Kirchner, primero, y luego de

Cristina Fernández, pues de otro modo no era posible romper el cerco del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, ni reactivar la economía revertiendo, la exclusión generada por el desempleo y el "corralito".

Los inspiradores campamentos de los Sin Tierra de Brasil necesitaban que gobernara el Partido de los Trabajadores para mejorar a su favor la correlación de fuerzas. Y si bien, los gobiernos de Lula y de Dilma no cumplieron ni con mucho sus expectativas agrarias, sin duda encontraron en ellos mejores interlocutores que los del pasado.

En Ecuador era necesario transitar del indigenismo fundamentalista de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) y su brazo político Pachakutik, al posneoliberalismo, nacionalista y redistributivo de Correa. Transición que no entendió la organización de los originarios ecuatorianos, de modo que se confrontó duramente con el gobierno progresista.

Como podemos ver, el milagro conosureño fue impulsado inicialmente por los movimientos: piqueteros, sin tierra, cocaleros, defensores del agua, pueblos originarios… Pero en un segundo momento sus indudables protagonistas fueron los gobiernos y sus cabezas visibles: Chávez, Maduro, Evo, Lula, Dilma, Correa, Mujica, Tabaré, Néstor, Cristina. Gobiernos a los que podemos señalar insuficiencias, torpezas, errores… pero reconociendo que el cuestionamiento es posible precisamente porque abrieron brecha, porque hicieron camino, porque fijaron el rumbo en el mar

embravecido del neoliberalismo. Podemos criticarlos con provecho porque no se quedaron en la resistencia y se atrevieron a inventar y empezar a construir un mundo nuevo.

La primera oleada del curso emancipatorio de Nuestra América comenzó a debilitarse durante el tercer lustro del siglo, cuando un golpe parlamentario impidió que Dilma terminara su mandato, siendo sustituida por el ultraconservador Temer y luego por el impresentable Bolsonaro, un neoliberal duro que sólo pudo ganar las elecciones porque Lula, el candidato natural del Partido de los Trabajadores y seguro vencedor, estaba en la cárcel. Poco después, en Argentina, el neoliberal Macri le ganó las elecciones al peronismo de izquierda. Más tarde, en Ecuador, Lenín Moreno, sucesor de Correa y candidateado también por su partido, Alianza País, traicionó al proyecto y regresó al neoliberalismo.

En Bolivia, el ajustado pero cierto triunfo electoral de Evo Morales, fue revertido por un cruento golpe de Estado. Y finalmente en Uruguay, la izquierda que había ganado ya tres veces —Tabaré, Mujica, Tabaré—, perdió la elección.

Cayeron Brasil, Argentina Ecuador, Bolivia, Uruguay… pero, contra lo que podría pensarse, el curso emancipatorio de Nuestra América no se canceló, y pronto, al primer ciclo progresista siguió el segundo.

El neoliberalismo no tiene proyecto, lo que fue evidente en el rápido descrédito de Macri en Argentina y el regreso al poder del peronismo de izquierda, ahora con Alberto Fernández como presidente y

Cristina Fernández como vicepresidenta. El golpe de Estado en Bolivia se revirtió al poco tiempo, con el nuevo triunfo electoral del Movimiento al Socialismo y su candidato Luis Arauz. Pero lo más relevante en la perspectiva libertaria fue que en 2018, con el arrollador triunfo de las izquierdas en México, la parte norte del subcontinente se incorporó a un proceso que se había desarrollado únicamente en el Cono Sur. Veinte años después del inicio del primer ciclo del curso emancipatorio de Nuestra América con la elección de Hugo Chávez a la Presidencia de Venezuela en 1998, se da, en 2018, la elección de López Obrador en México. Triunfo con el que simbólica y realmente arranca el segundo ciclo de dicho curso.

La elección del indígena Pedro Castillo a la Presidencia de Perú y la derrota de la ultraderechista Keiko Fujimori, confirman una tendencia subcontinental. Vuelco progresista que se confirmó con los triunfos de Gabriel Boric en Chile, de Gustavo Petro en Colombia y de Xiomara Castro en Honduras.

Es verdad que en la más reciente elección, la izquierda perdió en Ecuador. Derrota de la que sin embargo se desprenden lecciones importantes. El caso de Ecuador dramatiza el costoso desencuentro entre el particularismo indígena y el reformismo progresista con proyecto nacional. La Conaie y su expresión política Pachakutik apoyaron en un principio el viraje neoliberal del sucesor de Correa, Lenín Moreno, sólo porque éste era anticorreista. Luego, cuando fue evidente la derechización de Moreno, salieron a la calle junto con los correistas, pero con tal de que estos

no se fortalecieran negociaron unilateralmente con el presidente, dándole con esto una salida al acoso en que se encontraba. En la elección de enero de este año la izquierda correista y Pachakutik participaron con diferentes candidatos, y el correista Andrés Arauz obtuvo una clara mayoría en la primera vuelta. Y posiblemente hubiera ganado también en la segunda si la Conaie y Pachakutik se hubieran sumado a la candidatura progresista… Pero, en vez, de esto llamaron a la abstención. El resultado fue el triunfo del ultraderechista Guillermo Lasso, por apenas cuatro puntos porcentuales, que posiblemente con el voto de la organización indígena y su cauda, se hubieran podido remontar.

Reinventando la revolución

Los cursos emancipatorios —y más si son subcontinentales— son de larga duración, sus protagonistas históricos son los pueblos, no los gobiernos, y en su curso encontramos ascensos y descensos, flujos y reflujos sociales. Y hay avances y retrocesos porque en Nuestra América, por fortuna la conversión liberadora no se está dando a través de "dictaduras revolucionarias" como en el siglo XX, sino por vía comicial y preservando el pluralismo político. De modo que es natural que a veces se ganen y a veces se pierdan presidencias y legislaturas.

No se me escapa que es difícil seguirle apostando al ejercicio de la democracia formal cuando las derechas son golpistas y el *imperio* mete mano, pero sigo creyendo que por ahora es la mejor opción. Como

lo creía Rosa Luxenburgo, aun en tiempos en que la revolución rusa moría de hambre y era acosada militarmente por las potencias y por la derecha interna.

A más de veinte años de iniciado el curso emancipatorio de Nuestra América, Venezuela resiste, en Argentina y Bolivia la restauración neoliberal duró poco y hoy de nuevo gobierna el progresismo, mientras que México, Perú, Chile, Colombia y Honduras se incorporaron al proceso con gobiernos de izquierda. No cabe duda, el segundo ciclo del curso emancipatorio de Nuestra América va. Y va bien.

No sé cuál será el futuro del capitalismo, pero tengo claro que en Nuestra América el capitalismo canalla y desmecatado que fue el neoliberalismo no tiene futuro. Tengo claro también, que el que la salida del neoliberalismo sea el principio del fin del capitalismo, depende de nosotros.

Todo es personal

Voy concluyendo esta exposición con algunas consideraciones de índole personal y hasta autobiográfica. Yo, como muchos de mi alarmante edad, vengo del vanguardismo doctrinario de los primeros años sesenta del siglo pasado: sectas, grupúsculos, escisiones, eventuales coqueteos guevaristas con la guerrilla guerrerense. El movimiento del 68, el encuentro con el bullicioso y multitudinario movimiento social de los jóvenes, fue para nosotros una catarsis que a algunos nos sacó de las catacumbas. ¡La revolución estaba en las calles!

La insurgencia libertaria irrumpía en los campus universitarios gringos, en el barrio latino de París,

en el Japón de los Zengakuren, en Checoeslovaquia, en México... Antes del 68 yo escribía en un cuaderno, con letra muy pequeña, la palabra "revolución" y a veces me atrevía a ponerla en volantes que multicopiábamos con los rústicos mimeógrafos de rodillo marca *Tempo*. En cambio, en las marchas mayores del 68 podías caminar por las céntricas y resonantes calles de Madero gritando con cien mil personas: "¡¡No queremos olimpiadas, queremos re-vo-lu-ción!!"

Y cuando ves que en verdad no estás solo, te olvidas de las sectas y de la construcción del partido de vanguardia y —como los narodnikis rusos del siglo XIX— te dispones a acompañar a la gente que conforma los movimientos populares. Movilizaciones multitudinarias que en los años setenta y los años ochenta del pasado siglo no faltaban; ahí estaban la "insurgencia" obrera que luchaba por democratizar las organizaciones gremiales, la campesina que demandaba tierras, la urbano popular que quería casa, la magisterial que peleaba el sindicato...

Pero las insurgencias topan con pared. Limitado por su particularismo, inmediatismo y gremialismo el movimiento social se encuentra con un gobierno intransigente y se va desgastando y desgranando. Sin embargo, a fines de los años ochenta las desalentadas insurgencias sectoriales se trasmutan en un movimiento cívico general que ya no quiere salarios, tierra o casa, sino cambiar de gobierno. Su emblema es Cuauhtémoc Cárdenas —el reconocido heredero del General— y su motor es la nostalgia por un pasado vuelto leyenda: el gobierno nacionalista y revolucionario de Lázaro Cár-

denas del Río. Y a fuerza de nostalgia, en 1988 le ganamos los comicios al único, al omnipotente, al Partido Revolucionario Institucional. Fue un milagro –porque la política también se hace con milagros– pero por lo mismo no había con qué sostenerlo, de modo que el sistema nos robó la elección. Y llegaron los tecnócratas. Y se instauró el neoliberalismo.

Pero desde 1988 quedamos picados. Habíamos descubierto que era posible ganarle las elecciones al sistema y treinta años después, el primero de julio de 2018, por fin se nos hizo: le ganamos tan abrumadoramente –treinta millones de votos– que no le quedó más que ceder el mando. Claro, entre el triunfo frustrado de Cárdenas y el irrefrenable de López Obrador está el neoliberalismo, oscuro túnel en que, sin embargo, no dejamos de luchar.

En la resistencia surgió el EZLN que, abandonado el guerrillerismo inicial, devino emblema de los pueblos originarios e inspirado por ellos introdujo conceptos políticos renovadores. Hubo otras insurgencias importantes, curiosamente también rurales, como el movimiento "El campo no aguanta más", que unificó a casi todas las organizaciones agrarias y movilizó en Ciudad de México a más de cien mil labriegos. Y tanto los pueblos originarios como los campesinos buscaron pactar con el gobierno cambios que los favorecieran. Lo acordado por el EZLN consta en la llamada Ley Cocopa, lo acordado por "El campo no aguanta más" figura en el Acuerdo Nacional para el Campo. Pero en ninguno de los dos casos el gobierno honró su firma. Incumplimiento del que los

defraudados sacaron diferentes conclusiones: el EZLN decidió que con los gobiernos no tenía caso tratar, los campesinos organizados concluyeron que había que cambiar de gobierno.

No sólo los campesinos llegaron a esa conclusión, en las dos décadas pasadas fue ganando adeptos la idea de que podíamos cambiar el país de manera pacífica, mediante las elecciones, y pese al fraude de 2006 y la compra de votos de 2012, la candidatura de López Obrador siguió cobrando fuerza y organizando a la gente, lo que culminó con la formación del Partido Movimiento Regeneración Nacional (Morena) en 2015 y el triunfo electoral de 2018.

¿Qué hacer, olvidarse del gobierno o cambiar de gobierno? Yo elegí la segunda opción. Y creo que fue una decisión correcta, pues el primero de julio treinta millones de mexicanas y mexicanos fuimos a las urnas y ganamos sobradamente las elecciones. De modo que ahora pudimos pasar del no al sí, de reactivos a proactivos, de la resistencia a la construcción. Lo que no es poca cosa.

¿Vamos a tropezar? ¿Vamos a cometer errores? ¿Podemos incluso fracasar y darles la razón a los que desde la orilla del camino nos gritan "ilusos", sino es que *chairos, pejezombis* y *amlovers*? Podemos, sin duda. Pero vale la pena intentarlo.

*Fragmentos de la ponencia presentada en el seminario "¿Cuál es el futuro del capitalismo?", realizado en el Instituto de Relaciones Económicas de la UNAM, en octubre de 2018.

Muerte y resurrección de la historia

Soy mi futuro en la perspectiva constante de la posibilidad de no serlo. De ahí la angustia.
Jean-Paul Sartre

Pórtico: pérdida y recuperación de la memoria mexica

Interrogados acerca de su origen, los informantes nahuas de Sahagún le respondieron con un relato, un mito que habla de la importancia que la historia tenía para los que occidente llamó "pueblos sin historia", una alegoría que refiere cómo la pérdida de la memoria de un pueblo equivale al extravío de su ser, de su identidad.

Éste es un montaje abreviado del relato recogido por Fray Bernardino en Tlatelolco y transmitido por León Portilla en *Los antiguos mexicanos*:

> Y allí en Tamoanchan también estaban
> los sabedores de cosas,
> los llamados poseedores de códices.
> Pero estos no duraron mucho tiempo,
> los sabios luego se fueron,
> otra vez se embarcaron,

y se llevaron consigo lo negro y lo rojo,
los códices y las pinturas
(…)
se llevaron la sabiduría,
todo se llevaron consigo.
(…)
—¿Brillará el sol, amanecerá?
¿Cómo irán, cómo se establecerán los macehuales?
Porque se han ido, porque se han llevado la tinta negra y roja.
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que habrá de gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz? (p. 52)

Desolación, extravío de un pueblo que ha perdido su pasado y con él su rumbo. Por fortuna para los macehuales, cuatro sabios quedaron en Temoanchan para reavivar las brasas de la memoria.

Entonces inventaron la cuenta de los destinos,

los anales y la cuenta de los años,
el libro de los sueños,
lo ordenaron como se ha guardado
y como se ha seguido.
El tiempo que duró
el señorío de los toltecas,
el señorío de los tepanecas,
el señorío de los mexicas
y todos los señoríos chichimecas. (p. 53)

Y los macehuales salieron del pasmo, de las sombras, del desconsuelo existencial porque recuperaron su historia, porque restauraron "la cuenta de los años" y, con ella, la "tea y la luz" que iluminaban su camino. Los nahuas vivían embebidos en la historia; en una historia ciertamente mítica y recurrente pero no circular. Los "pueblos sin historia" estaban obsesionados por el transcurrir de los tiempos y, sobre todo, por el pasado, pues entendían que éste alumbra el porvenir.

En cambio, nosotros los "hombres verdaderos", los que presumimos de ser los únicos "pueblos con historia", los hijos de la modernidad occidental fuimos inducidos a abominar del Pasado y de lo viejo, y así —desarraigados— nos lanzaron al torrente del tiempo, al fluir tumultuoso de la Historia, con mayúscula. Una historia que ya no es mítica al modo antiguo, sino desencantada y teleológica, una historia locomotora que corre desbocada hacia el Futuro.

Y acerca del futuro hay debate entre los modernos: para unos es la prolongación perfeccionada del

presente, mientras que para otros es la negación del presente en lo que tiene de irracional para liberar lo que el propio presente contiene de razón. Pero unos y otros rinden culto al bello porvenir, a un mundo futuro de leche y miel, tiempo feliz donde las carencias y los conflictos que nos abruman se habrán superado.

De la utopía a la ucronía

En el mundo antiguo la aventura, la novedad, la diferencia, lo inesperado, lo imposible, la imaginación estaba en el espacio y se experimentaba en el viaje; en el desplazamiento geográfico que era a la vez un desplazamiento ontológico por la infinita y abierta diversidad del ser. Las utopías eran entonces en verdad utopías, pues remitían a lugares imaginarios, a sociedades (otras) distantes en el espacio, pero simultáneas a la que las soñaba.

En el mundo moderno la diversidad, la invención, la aventura, se mudaron al tiempo. Ya no habitan en lo recóndito, en las orillas, en los parajes exóticos, sino en el futuro. Para los modernícolas el hoy no es igual que el ayer y el mañana será diferente del hoy. Y así las utopías devinieron ucronías: tiempos imaginarios avizorados en lo porvenir.

Los hijos dialécticos de la revolución francesa, como Guillermo Federico Hegel y Carlos Marx —y a su modo el positivista Augusto Comte con su teoría de los tres Estados progresivos del género humano—, se sumergieron en el tiempo; un tiempo fuerte que entonces aún era lleno, cualitativo, apasionante; apostaron a la verdad y al bien común como cursos,

como sagas, como procesos; concibieron la historia como tránsito de la teología a la metafísica, y de ahí a la ciencia positiva, como despliegue del espíritu hasta su consumación en el saber absoluto o como devenir del género humano hasta su plena realización comunista.

El problema con esto es que, obsesionados por los cambios que rige el calendario, vieron la diversidad en la periférica del mundo europeo en que vivían como horrendo arrabal, como falencia, como inmadurez, como barbarie, como anacronismo respecto de un presente privilegiado que, a su vez, era la única puerta al futuro. Para Hegel, como para Marx, lo diferente era lo atrasado y cuanto antes se pusiera al día mejor. Porque si hay un solo futuro y solo un camino que a él conduce, toda desviación respecto del presente por antonomasia es falla, es insuficiencia, es demora en la perentoria y unilineal marcha hacia el porvenir.

Y así, quizá no en los tercos hechos, pero sí en el imaginario de la modernidad, la globalidad del mercado que al principio llevaba al encuentro de toda clase de quimeras y maravillas, fue dejando paso a la uniformidad, al progresivo emparejamiento. Ya no el exotismo sino al endotismo.

El colonialismo y el imperialismo exhiben la idea de que la modernidad tiene de los espacios geográficos. Física, económica y espiritualmente intrusivo, el curso imperial es guerra, saqueo, sumisión y un ominoso proyecto civilizatorio orientado a pasteurizar las infecciosas sociedades orilleras y domar los broncos territorios de ultramar, de modo que alla-

nado el espacio social sea posible también unificar el tiempo histórico y así, convergentes los calendarios y enviadas al archivo muerto las entrañables sagas de los pueblos, ingresar formaditos en el verdadero transcurrir humano; un curso unánime que dejando atrás chismes de familia y anecdotarios provincianos, inaugure la gran Historia Universal, según unos, o la culmine, según otros.

Proceso de homogenización planetaria que ni siquiera promete a sus víctimas una verdadera aventura histórica, pues el camino modernizador por el que se les encarrila es el mismo que habían transitado antes los otros, los auténticos contemporáneos: los occidentales europeos habitantes del único presente verdadero. Y es que lo que en el siglo XX llamaron "desarrollo", no era más que el remedo periférico del curso *disque* progresivo ya recorrido por los centrales.

Emparejar el mundo, globalizar la modernidad, desarrollar a los subdesarrollados, prepararse en todas partes para la revolución mundial, poner a la misma hora todos los relojes del planeta, eran prerrequisitos del inicio de la gran aventura, del arranque de la verdadera historia. Porque es sabido que para zarpar los barcos esperan a que el último de los pasajeros esté a bordo, y sólo cuando todos hubiésemos llegado a la cumbre empezaríamos a volar.

Para la modernidad el espacio no es más que el trampolín del tiempo y la geografía, el escenario unificado o unificable en el que se interpreta el drama de la historia. Narrativa privilegiada, la historia es, además,

emblema de la única diversidad deseable: la que se despliega en la secuencia, en la sucesión, en el tiempo.

¿Nuestro fin de la historia?

Así las cosas, la crisis de la modernidad significó descrédito del futuro, ruina del tiempo, acabose de la historia progresiva… porque sus promesas estaban en el porvenir y nos defraudaron. Desilusión que no proviene de que se haya pospuesto demasiado su cumplimiento sino, al contrario, de que su realización durante el siglo XX resultó anticlimática: las sociedades de la abundancia y de la libertad individual no condujeron a la plenitud, sino al vacío existencial, y las sociedades igualitarias y equitativas resultaron opresivas y siniestras. Más allá del corte de pelo y el maquillaje, el futuro resultó más de lo mismo: un presente *reload*, una copia digital apenas intervenida, un indiferenciado punto cualquiera del proverbial círculo vicioso.

Huérfanos de la historia, los posmodernos de izquierda nos refugiamos en la geografía. Desilusionados por el tiempo, apostamos de nuevo por el espacio y sustituimos la sucesión por la simultaneidad. Dado que la variación resultó vacía, retornamos a la variedad, a la pluralidad sincrónica. Y en el ámbito de las utopías redescubrimos las módicas arcadias locales que habitan en el presente y florecen en los intersticios: pueblos originarios, comunas, caracoles, variopintos colectivos, nuevos falansterios... Porque está visto que hoy es como ayer y seguramente mañana será como hoy, pero por fortuna, allá no es igual que aquí…

¡Queremos diversidad y la queremos ahora! ¡Preservemos la pluralidad que ya somos! ¡Deseamos un mundo donde quepan muchos mundos! Consignas de una humanidad desencantada que extravió el sentido de la historia. Hombres y mujeres que no creen más en el cambio progresivo ni en el futuro esperanzador, de modo que se anclan en el pasado, en la multiplicidad de los presentes, en la permanencia, en la resistencia. Y así, en las izquierdas de a pie, el diferencismo sincrónico fue ocupando el lugar del viejo y diacrónico igualitarismo. Me dirán que se lucha por la igualdad en la diferencia. Y es verdad, pero hoy el énfasis se pone en preservar lo que aquí y ahora nos hace distintos y no, como antes, en alcanzar una igualdad futura que las utopías colapsadas volvieron dudosa.

Es la de hoy una utopía radicalmente conservadora en un doble sentido. Por una parte, sostiene que la virtuosa diversidad existente ha de preservase y las inevitables mudanzas no deben tocar su esencia. Por otra parte, asume que las raíces de dicha diversidad están en el pasado y que, por tanto, éste debe restaurarse.

Pero degradar la potencia que en la época heroica de la modernidad tenía el tiempo fuerte, y recuperar la historia sólo como compromiso con lo que fue y no se ha perdido del todo, conduce inevitablemente a absolutizar la opción preferencial por el espacio y, con ello, a fetichizar los territorios como antes se fetichizó el porvenir. Según esto, ya no somos nuestro proyecto —como el proletariado cuya identidad era el socialismo— ya ni siquiera somos nuestro pasado mí-

tico y recurrente pero histórico —como los "pueblos originarios" a cuyo Quinto Sol seguía un inédito Sexto Sol—, ahora somos nuestros terruños: no un tiempo sino un lugar y, en el mejor de los casos, un tiempo vivido, un tiempo coagulado, un tiempo depositado en la memoria del cuerpo, en el hipocampo del lóbulo cerebral derecho y en los relieves del entorno.

Surgidas de la crisis de la modernidad y sustentadas en argumentos de consideración, fórmulas habituales como "crecimiento cero", "vivir bien, no vivir mejor" y la aspiración a un mundo definido simplemente porque en él "quepan muchos mundos", que son revires al descreimiento en el cambio progresista, quizá tienen miga, pero nadie negará que a primera vista parecen una apuesta por la inmovilidad.

Este acabose del tiempo fuerte es nuestro propio pronóstico del fin de la historia. No el de Fukuyama y los desafanados posmodernos, sino el fin de la historia de las nuevas izquierdas rústicas y pachamámicas. Apuesta por un presente perpetuo en que —aun si de vario pelaje— en el fondo todos los gatos son pardos. Un presente aparcado donde los muchos mundos permanecen, confraternizan, dialogan diatópicamente conformando una amistosa diversidad.

Una pluralidad que bien vista ni siquiera es la nuestra —la de la cultura—, sino la de una naturaleza variopinta que es la que nos hace distintos los unos de los otros: porque la madre naturaleza, que en su diversidad nos diversifica, es el verdadero sujeto de los nuevos pluralismos más o menos panteístas. Un

interculturalismo estático en el que se paran todos los relojes: vivir bien aquí, ahora y por siempre jamás…

Creo que ya va siendo tiempo de sacar al tiempo fuerte del closet en que lo arrumbamos. No para reanudar el culto al futuro fetichizado o para que nos unzan de nuevo a la carreta del progreso, sino para darle otra vez su lugar a la historia, a la memoria y el olvido, a la imaginación, a la libertad... a la angustia del "ser ahí" enfrentado a sus posibles.

Y es que el presente podrá ser la utopía vivida que algunos queremos que sea sólo si es tensión entre el pasado y el futuro. No el pasado petrificado sino el pasado vivo, elocuente, demandante; no el futuro de dichas posdatadas que se alejan con el horizonte sino el futuro imposible donde habita el duende de García Lorca, el futuro impensable de donde viene el mesías de Benjamin.

Bienvenida sea la nueva geografía, bienvenidos los territorios del entorno y los territorios del cuerpo, pero para abrirle paso a un continuum espacio-temporal realmente habitable necesitamos, junto a ellos, una nueva historia que reivindique el vértigo de la imaginación y la angustia del proyecto…

La historicidad del "ser ahí" como "ser en el mundo"

La modernidad satanizó el pasado, relativizó el presente y nos encadenó al porvenir como los bueyes al yugo. Las utopías de abundancia, armonía universal y plenitud eran nuestro paraíso prometido, de modo que la muerte de la Gran Esperanza fue para nosotros la muerte de Dios. Huérfanos de un futuro que nunca fue —y que

cuando fue no resultó como nos habían dicho— vivimos el descreimiento en la historia, o cuando menos, en su versión providencialista que era la dominante.

En el ocaso del segundo milenio, además de agobiantes cataclismos materiales, cursamos un profundo descentramiento espiritual. Una crisis metafísica que dio sus primeros coletazos a mediados del siglo pasado en la resaca de una Segunda Guerra Mundial que confirmaba los más siniestros pronósticos de la primera. Desde entonces nos resulta cada vez más cuesta arriba creer en el progreso y sus diversos providencialismos. Y es que vivimos un tiempo nietzscheano de "monstruos fríos", estamos atrapados por la "razón instrumental" de la que hablaba Heidegger y por el creciente imperio de lo "práctico inerte" del que abominaba Sartre.

Y cuando esto sucede, el gran desafío es recuperar la historia, no sumergirnos en un nuevo revisionismo historiográfico —lo que no estaría mal, pero es accesorio— sino recuperar nuestra historicidad constitutiva, nuestro ser en el tiempo.

De la misma manera en que las nuevas geografías se ocupan más en la forma en que los sujetos construyen y disputan los territorios que en las minuciosas cartografías descriptivas, recalar de nuevo en el tiempo y hacerlo de un modo distinto al de la modernidad no es cometido de la historiografía, sino materia ontológica, asunto filosófico de primera necesidad, cuestión que en rigor es de vida y muerte, pues supone tanto un modo de vivir como un modo de morir.

Lo primero es establecer de una vez por todas que no nos movemos en espacios y tiempos dados. En tanto que sujetos, somos espacio y somos tiempo, somos territorio y somos historia, somos cuerpo y somos memoria. Seguiré en esto a Heidegger y a Sartre, hombres que lo fueron de su tiempo, quienes en medio del vendaval del medio siglo asumieron con radicalidad el momento histórico que les tocó vivir. Y lo hicieron no sólo a través del compromiso político —ámbito en que Heidegger *patinó gacho*—, sino buscando reflexivamente restituirle a la historia su fundamento. Punto en que el alemán y el francés coinciden: la condición de toda historia posible es la radical historicidad del sujeto: nuestra condición originaria de seres en el tiempo. Y hablo aquí del tiempo fuerte, cambiante y transgresor, y no del tiempo débil, repetitivo y rutinario.

El sujeto no "dispone" de un mundo, el sujeto no "está" en un mundo, el sujeto humano al que Heidegger llama "ser ahí" tiene como condición óntico-existencial, el ser mundano. Y el mundo es tiempo, es historia. Dice el alemán en *El Ser y el Tiempo*: "El análisis de la historicidad del 'ser ahí' trata de mostrar que este ente no es 'temporal' por "estar dentro de la historia" sino que, a la inversa, sólo existe y puede existir históricamente por ser temporal en el fondo de su ser". En la misma tónica escribe Sartre en el *libro I* de la *Crítica de la razón dialéctica*: "El tiempo, como carácter concreto de la historia, está hecho por los hombres sobre la base de su temporalidad original". Ya lo había dicho, y más bonito, en *El ser y la nada*: "por la

realidad humana llega al mundo el futuro". Gran verdad, pues el futuro habita en la imaginación y ésta es la vertiginosa mutación que nos define como género.

Fundar de verdad la historia en el sujeto, en la "temporalidad original" del humano, es la forma más radical de atajar los hegelianismos de diferente corte que postulan la existencia de algún tipo de Razón histórica trascendente: la potencia dialéctica de espíritu, en Hegel; la potencia del trabajo humano materializado en las fuerzas productivas, en Marx; la potencia de la naturaleza en el nuevo panteísmo. Determinismo idealista, fatalismo materialista o naturalismo metafísico que sustancializan a la Historia, haciendo de ella un poder suprahumano, una Razón trascendente que nos subyuga o que nos arropa y cobija, pero a la que estamos sometidos.

Y en cierto modo lo estábamos. Con el fin de la "primavera de los pueblos" y de los tiempos heroicos de la modernidad, la historia comenzó a arrollarnos como la locomotora del progreso al pobre de Walter Benjamin. Alienación a un devenir cosificado y fetichizado de la que ahora tratamos de zafarnos rechazando la historia como curso presuntamente objetivo al que deberíamos someternos. Forcejeo plausible pero que también puede llevarnos al extremo de abdicar de nuestra radical historicidad.

La Historia providencial era el nuevo Dios de la modernidad y la Historia ha muerto. "¿Brillará el sol, amanecerá? … ¿Permanecerá la tierra? … ¿Cuál será nuestra norma? ¿Cuál nuestra medida?",

se preguntaban los nahuas, dejados al garete por la deserción de los dueños de la memoria. Los mexicas salieron del pasmo gracias a que cuatro sabios —*Tlaltetecuin, Xochicahuaca, Oxomoco y Cipactónal*— preservaron la tinta negra y la tinta roja de los códices. A nosotros en cambio no nos salvarán las bibliotecas, los bancos de datos o la Wikipedia, tampoco la *Biblia* o el *Popol vuh,* o *El capital* de Carlos Marx. Si hemos de salir de la oscuridad será por nosotros mismos: gracias a nuestra redescubierta urgencia de pensar y soñar por cuenta propia, a nuestra disposición para correr riesgos, a nuestra capacidad de *hacer de tripas corazón* y tragarnos el miedo… no sólo el miedo al enemigo, también el gran miedo: el miedo a la libertad.

Porque es "sabia la virtud de conocer el tiempo", como escribió Renato Leduc, pero asumirse como hacedores de la historia es sacar boleto, un boleto muy cabrón. Particularmente ahora que, descontinuadas las certezas que nos ofrecían el Dios de Progreso y (en la otra banqueta) el Socialismo Científico, el porvenir devino albur, moneda en el aire, apuesta. "El futuro es lo que tengo-de-ser en tanto que puedo no serlo", escribe Sartre. Quien también dice que "ser libre es estar condenado a ser libre". Y todos sabemos que la libertad da susto, provoca vértigo, causa angustia.

Para controlar las ñáñaras, vencer el miedo a las alturas de la libertad y manejar la angustia es bueno, de vez en cuando, mirar al pasado. Pero no en busca de certezas o recetas, sino para encontrar compañía e inspiración en quienes nos precedieron. Mujeres y hombres que, andando a campo traviesa,

hicieron camino. Pueblos que, contra lo que predican algunas grandes narrativas metafísicas, no forjaron una marmórea Historia Universal, una férrea cadena de eslabones causales. Al contrario, los alivianados de antes le dieron *vuelo a la hilacha*, soltaron los canes de la imaginación y encontraron la forma de condensar sus sueños.

¿Que se volvieron pesadillas? *A güevo.* Pero, ¿es que alguien dijo que todo en la historia sería coser, cantar y de vez en cuando pincharse un dedo?

El momento de la pasión

Asumirnos introductores del futuro y —más aún— hacedores del tiempo todo, no significa pasársela al filo de la nada y en la zozobra perpetua. Significa, sí, estar preparados para las brechas, los quiebres, los fractales, los presentes liminares que, según Víctor Turner, son "tierra de nadie entre el pasado y el futuro". Momentos en los que "domina el modo subjuntivo", no el "fue", no el "es", no el "será", ni siquiera el "debe ser", sino el "podría ser"; el tiempo verbal de la angustia sartreana.

Porque es patente que hay en la historia momentos privilegiados —por lo general gestados por acciones colectivas— que suspenden la moral imperante y apuntan a una nueva, que interrumpen el sentido preexistente y resignifican. Frenesí multitudinario, exaltación, exceso, euforia masiva, son los sentimientos asociados al momento nihilizante y, por ello, ontocreador, al descentramiento del imaginario com-

partido, al desquiciamiento simbólico. Es verdad que después del estallido el mundo "objetivo" sigue igual y el veredicto de la *realpolitik* es: "Ya ven, fracasaron". Pero, no. Ahora la subjetividad social está fracturada en un punto. Y las grietas corren, las mudanzas espirituales de unos cuantos irradian, contaminan, se contagian… También es verdad que en ocasiones lo que se quebró suelda de nuevo y la promisoria renovación moral remite pero, por lo general, los cambios en el talante espiritual de los pueblos son acumulativos y trabajan como el viejo topo.

Estoy hablando de política, claro, pero no de la instrumental y utilitarista sino de la política de la imaginación (Bachelard). Hablo de poesía, no de prosa (Bartra), de los dominios del duende y no del andamiaje (García Lorca), de acciones tumultuarias con aura en las que se apersona el mesías (Benjamin), de situaciones carismáticas (Weber), de momentos de efervescencia social en que se tocan lo sagrado y lo profano (Durkheim), de saltos fuera del férreo curso del progreso (Horkheimer), de catarsis política (Gramsci), de pasión (Croce), de deseo (Freud, Lacan, Deleuce), de profanación (Agamben), de violencia divina (otra vez Benjamin), del grupo en fusión y sus angustias (Sartre), de ritos políticos que actualizan mitos revolucionarios (Sorel, Mariátegui), de acción creativa corporizada y contingente (Joas), de brujas y aquelarres (Michelet, Ginsburg), del carnaval y la carcajada popular (Bajtín).

Y hablo de estar ahí (Geertz), porque cuando estás ahí –y sólo cuando estás ahí– arma el rompecabezas, te cae el veinte y por unos instantes todo embona…

Aunque luego despiertas, te apeas de la nube en que andabas (Reyna) y gana otra vez lo instrumental (Heidegger), lo desencantado (Weber), lo profano (Durkheim), lo serial y lo práctico inerte (Sartre). Se imponen entonces el cálculo costo/beneficio y la acción racional y normativa (Parsons, Olson), lo políticamente correcto, la institucionalización de los partidos, los cargos públicos… Y en otro ámbito, lo académicamente pertinente, el marco teórico, el aparato probatorio, el SNI…

En la vida, lo importante sucede en la exacta mitad del salto. Entonces, hay que tener los pies bien puestos sobre la tierra, pero sobre todo, hay que atreverse a saltar.

Autores y obras citados o mencionados

• Agamben, Giorgio. *Profanaciones,* Adriana Hidalgo (editora), Buenos Aires, 2005.

• Bachelar, Gastón. *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

• Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la edad media y el renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

• Bartra, Armando. *Hambre. Carnaval*, UAM-X, México, 2013.

• Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, UACM, Editorial Itaca, México, 2008.

• Deleuce, Gilles y Guattari, Félix. *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Colegio de México, México, 1972.

• Durkheim, Émile. *Las formas elementales de la vida religiosa*, Colofón Libros, México, s.f.

• Freud, Sigmund. *Inhibición, síntoma y angustia*, Juan Grijalbo Editor, México.

• García Lorca, Federico. "Teoría y juego del duende".
• García Lorca, Federico, *Obras completas*, Editorial Aguilar, Madrid, 1965.
• Geertz, Clifford. *El antropólogo como autor*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1997.
• Ginsburg, Carlo. *El hilo y las huellas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010.
• Hegel, Guillermo Federico. *Fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México/Buenos Aires, 1966.
• Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1958.
• Heidegger, Martin, *El Ser y el Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
• Horkheimer, Max. *Estado autoritario*, Editorial Itaca, México, 2006.
• Joas, Hans. *Creatividad, acción y valores. Hacia una teoría sociológica de la contingencia,* UAM, México, 2002.
• Lacan, Jacques, *Escritos 1,* Siglo XXI Editores, México, 2009.
• Leduc, Renato. "Soneto del tiempo", en Gabriel Zaid (compilador), *Ómnibus de poesía mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1972.

• León-Portilla, Miguel. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
• Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Ediciones ERA, México, 2002.
• Marx, Carlos. "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", en Carlos Marx y Federico Engels, *Escritos económicos varios*, Ediciones Grijalbo, México, 1966.
• Michelet, Jules. *La bruja,* Ediciones Akal, Madrid, 1987.
• Olson, Mancur. *La lógica de la acción colectiva*, Editorial Limusa, México, 1999.
• Parsons, Talcott. *La estructura de la acción social*, Siglo XXI, México, 1968.
• Sartre, Jean-Paul. *Crítica de la razón dialéctica,* tomo I, Libro I, Editorial Losada, Buenos Aires, 1963.
• *El ser y la nada,* Editorial Losada, Buenos Aires, 1972.
• Sorel, Georges. *Reflexiones sobre la violencia*, Editorial Actualidades, Montevideo, 1963.
• Thompson. E. P. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*, tomo I, Editorial LAIA, Barcelona, 1977.

• Turner, Víctor. *Antropología del ritual*, Editorial INAH, México, 2008.
• Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Editorial Colofón, México, 2007.

Armando Bartra

Filósofo y catedrático, especialista en sociología y desarrollo rural. Nacido en Barcelona, España, en 1941, nacionalizado mexicano, residente en la Ciudad de México.

Doctor honoris causa por la Universidad de Córdoba, Argentina (2011). Dirigió el Instituto de Estudios para el Desarrollo Maya (1983 a 2007). Fue profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Actualmente es profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana. Gran parte de sus estudios se centran en la cuestión campesina de México y América Latina.

Es colaborador recurrente en distintos medios, cuenta con múltiples ensayos, artículos periodísticos, de análisis y divulgación, y más de 30 libros, entre ellos: *El capital en su laberinto; De la renta de la tierra a la renta de la vida; Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado,* y *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital.*

En Para Leer en Libertad ha publicado: *1968. El mayo de la revolución; A medio camino; La revolución magonista; Guerrero Bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande; La oveja negra; La revolución magonista. Crónica narrativa* (en colaboración con Jacinto Barrera)*, Zapatismo con vista al mar. El socialismo maya de Yucatán; Un año ya y la cuarta va; Los nuevos herederos de Zapata. Campesinos en movimiento 1920-2012; Llegó el coronavirus y mandó parar. Apuntes desde el encierro: La 4T en el año de la pandemia; El principio. Los primeros cuatro meses; Las nuevas luchas por la tierra. Defendiendo el territorio y el patrimonio (2000-2015);Las milpas de la ira* y *Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica.*

Descarga más de 250 libros de manera
gratuita en formato pdf en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Todos los derechos reservados.
Prohibida su venta.